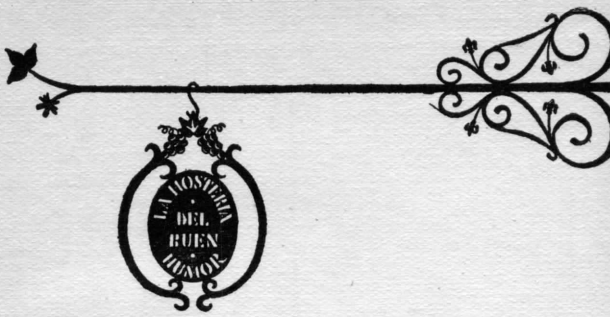
LA POSTERIA
DEL
BUEN
HUMOR

LA HISTORIA
DEL
BUEN
HUMOR



José Janés

DIRECTOR

ALYENE PORTER

PAPÁ ERA PREDICADOR

1947
JOSÉ JANÉS, EDITOR

PROPIEDAD LITERARIA RESERVADA

TRADUCCIÓN DEL INGLÉS POR
A. MARTÍNEZ DEL ROSCÓN

•

TÍTULO DE LA OBRA ORIGINAL
PAPA WAS A PREACHER

•

SOBRECUBIERTA E ILUSTRACIONES DE
JANET SMALLEY

•

PRIMERA EDICIÓN
Febrero 1947

Tipografía La Académica, Enrique Granados, 112 - Barcelona

PREFACIO

UNA solterona conocida mía ha colocado en la pared encima de su escritorio, esta inscripción en un marco para los que, condescendientes, la compadecen por no haberse casado:

"EL SENTIMIENTO POR LO QUE HE PERDIDO ESTA COMPENSADO POR EL DESCANSO DE LO QUE HE EVITADO."

Esto es poco más o menos lo que nosotros experimentamos por haber crecido en una casa parroquial. No cabe duda de que en su limitada atmósfera nos hemos perdido muchas cosas; pero no es menos cierto que el ambiente de su dignidad nos ha permitido evitar otras muchas.

Además, en ella había amor, sinceridad y alegría.

¿Qué más nos podía ofrecer la vida?

Cuando expuse a papá mi intención de escribir este libro, contestó:

—¡Chist! Si lo haces, voy a tener que dejar de predicar.

Por eso al exhibir algunos esqueletos de la familia, me apresuré a impedir que dos o tres de ellos salieran de su reducto y di un portazo. Aun así, presento estas páginas temblando de miedo al pensar que en la galería de retratos de nuestra familia siempre habrá uno de cara a la pared: el mío.

ALYENE PORTER

A mi Madre

VE A PREDICAR

PAPÁ era predicador. Mejor dicho: lo es aún, y tan fiel a sus convicciones como el día en que, arrojando definitivamente su pipa a un campo de trigo, subió al púlpito. Desde entonces jamás ha vuelto a recordar el olvido en el que la dejó y sólo "se ha esforzado en alcanzar el premio de la Alta Llamada". Unicamente apreció el progreso de la civilización cuando ésta trajo consigo un cambio superficial, sin afectar en lo más mínimo sus raíces religiosas. No le hizo más concesión exterior que su indumentaria, en presencia del coro, y la rapidez con que da término a sus servicios; pero la firme roca de su fe, desde la que pronuncia sus sermones, es la misma que viene manteniendo en pie desde hace cuarenta años; y su interpretación del Evangelio, bajo las vigas del templo, aun tiene los acentos de la antigua religión.

En su juventud, papá no tenía intención alguna de predicar. Pretendía alcanzar una meta más terrenal:

—Seré el terrateniente más próspero de todo el Mississipí — se propuso.

Pero hay un refrán oriental que dice: "Contemplando la higuera ajena, la propia da fruto". Y así fué como papá, al ver predicar a su progenitor, comenzó a dar fruto como predicador, aun ignorándolo él mismo. Cuando a consecuencia de la ceguera de su padre tuvo que prestarle la ayuda de su propia vista, para que pudiera dar cima a su obra, papá empezó a oír una voz débil, que le decía: "Ve a predicar".

Pero papá no quería predicar.

—No — protestó —, me dedicaré a la enseñanza hasta que pueda comprar una granja. Reuniré tierras, edificaré una buena casa, contraeré matrimonio y viviré en un mismo lugar hasta el fin de mis días.

Según su opinión, el camino del magisterio llevaba a todas partes. Eso era fácil de comprender. Su madre, que murió al nacer él, había sido maestra. Su padre pasó de la enseñanza al sagrado ministerio y los parientes adultos de ambos lados de la familia se habían dedicado a la pedagogía. Entre ellos John, el primo de papá, que era director del Instituto de Profesores de Chalybeate Spring, en Mississipí. En este organismo fué donde papá se propuso alcanzar la investidura académica.

Sin embargo, el verano anterior a su ingreso, el Destino se cruzó con él bajo la forma del tío Ben, que se iba al Oeste.

—Edwin — gritó un día a papá —. ¿Te gustaría conducir a Texas mi carro de emigrante y quedarte con nosotros allí hasta que empiece el curso?

Papá no intentó disimular su alegría. La idea que él tenía de Texas respondía al exagerado perfil de costumbre. Se lo imaginaba como una extensión inmensa, llena de animales salvajes y habitada por superhombres con espuelas en las botas, rifles de seis tiros en bandolera y maldad en el corazón. Papá se sintió como Livingstone al internarse en las desconocidas selvas africanas.

Siguiendo la costumbre de los que emigraban al Oeste, el tío Ben alquiló un gran carro para realizar el viaje. A un extremo se amontonaron los utensilios domésticos y los aperos de labranza; al otro se colocaron los caballos y los perros (a nadie se le hubiera ocurrido llevarse una vaca a Texas) y entre ambos extremos, un espacio de ocho pies formaba el compartimiento de lujo, reservado de día al conductor en este caso, a papá. Su misión era dar la comida a los animales, para los que se había habilitado un pesebre en un lado de la carreta; presentar, cuando fuera requerido, el documento oficial que acreditaba la legalidad del equipaje y asegurarse de que no se desviaba de la ruta señalada. Después de cumplir todo esto le era permitido extender las piernas, disponiéndose para un largo descanso nocturno dentro de aquella especie de cabina.

Y así fué como, al tercer día de haber conducido aquella carreta de emigrante, papá extendió la vista y contempló ante sí, no la inextricable selva que había esperado, sino una magnífica pradera alfombrada de verde que resplandecía bajo el sol. Creyó hallarse en la tierra prometida. Desde entonces, papá quedó prendado de aquel lugar, como un niño de la única estrella, y en su júbilo, exclamó:

—Es igual que la vieja que vivía en su zapato... Tenía tanta tierra, que no sabía qué hacer con ella.

Y lo que, precisamente, quería papá era tierra: mucha tierra para cultivarla, para amarla.

Durante aquel verano inspeccionó la comarca, cacto por cacto, y acabó por regresar a Mississipí, para después contar nostálgico los días que tardaría en volver a admirar el cielo de Texas.

El primer día que pasó en el Instituto de Profesores salía del edificio central con la idea fija en Texas, cuando el ensueño de papá se vió turbado por una visión todavía más deslumbrante. La joven Pearl

Wilson pasó por su lado, rozándole, dió la vuelta a la esquina y, al verla, él sintió que su corazón saltaba tras ella, en ardiente persecución. Pero la muchacha no dió la menor señal de advertir su existencia. Aquella noche, mientras cenaban en el refectorio, Pearl debió oír los alborotados latidos de un corazón próximo, porque lanzó una mirada de sus ojos negros y brillantes, que fué a chocar exactamente con la de papá.

—Sí — dijo —, pienso estar aquí dos años. Estudio para profesora de declamación.

Pero papá ya estaba planeando otra carrera para ella:

—En el Instituto de Chalybeate Spring — acostumbraba a decirnos cuando éramos jóvenes — es donde encontré a vuestra madre.

—¡Pero papá — protestaba entonces ella —, si yo nunca me había perdido!

Sin embargo, al insistirla para que dijera toda la verdad, acababa por confesar que, efectivamente, desde aquel primer día sus sueños habían sido iluminados por la visión de aquel primo del director, alto y de ojos azules.

Las entrevistas amorosas estaban rigurosamente prohibidas por su primo el director, pero, cual otro Romeo, papá declaró enérgicamente:

—La fuerza de mi amor se atreve a intentarlo todo... A mí no me importan las prohibiciones.

Y mamá, como otra Julieta, gozaba ante tanto atrevimiento.

Así, aquel "capullo de amor", se transformó bajo el aliento cálido del verano, en la realidad de una flor magnífica.

Otro año de estudios, otra pri-

mavera y las alegres campanas nupciales repicaron para ellos. Y, finalmente, papá pudo llevar orgulloso a su reciente esposa hasta el umbral de Texas.

Mientras papá enseñaba a leer, escribir y hacer cuentas en una escuela provinciana, oyó de nuevo aquella vocecita que le decía: "¡Ve a predicar!"

Pero papá no quería predicar. Como Jacob, luchaba con el ángel.

—No puedo predicar — decía —. No sabría qué decir. Y me azoraría en extremo indicar a la gente cómo debe vivir.

Mamá se daba cuenta de aquella lucha interior. Un día, mientras leía a Emerson, citó en voz alta:

—"¿Le falta órgano o medio para comunicar su verdad? Aun puede recurrir a la fuerza elemental de vivirlos."

Mamá cerró el libro.

—No es preciso que seas un gran orador para ser buen predicador, Edwin — dijo tranquilizándolo. —Simplemente, podrías *vivir* tu religión.

El domingo predicó en nuestra pequeña capilla un pastor que visitaba el pueblo. Eligió como texto: "No me avergüenzo del evangelio de Cristo". A papá parecióle que sólo estaban presentes ellos dos — el pastor y él —, mientras no apartaba sus ojos de los del forastero y oía una vocecita que insistía una y otra vez: "¡NO ME AVERGÜENZO DEL EVANGELIO DE CRISTO! *¡No me avergüenzo del evangelio de Cristo!* ¡NO ME AVERGÜENZO...!".

Cuando volvía a casa, papá rompió un opresivo silencio.

—¡Voy a ser predicador! — dijo a mamá alegremente.

—¡Gracias a Dios! — contestó mamá —. Yo te ayudaré.

La primera misión de papá en su nueva vida sacerdotal fué la de atender seis parroquias, viajando a caballo de una a otra. A partir de entonces, y durante cuarenta años, ha explicado los Evangelios a los habitantes de Texas, en capillas rurales, en iglesias pueblerinas y en templos ciudadanos.

Desde aquellos primeros años ha observado rigurosamente los imperativos de su sacerdocio y a pesar de tener que educar a la vez hasta ocho hijos, siempre evitó hacer una compra en domingo. Adquiría entonces el pienso para su caballo el sábado; y hoy compra la gasolina de su coche el sábado también. Hasta el hielo y la leche para el consumo del domingo se llevan la noche anterior. En casa siempre hemos tenido una vaca, pero como en cierta ocasión nos faltara, un domingo por la mañana, papá, adormilado y distraído, echó al despertar una mirada hacia la puerta y vió en el umbral la botella de leche que se había encargado la víspera. Inmediatamente se dirigió al teléfono:

—Señora Brown — dijo con amabilidad a la mujer del lechero —, lamento decirle que no compramos leche los domingos.

—Pero reverendo Porter — protestó ella con cierto

escepticismo —, por desgracia, la vaca da leche también este día.

—Sí — suspiró papá, con sentimiento —, por desgracia...

Papá ponía especial cuidado en "hacer al prójimo lo que deseaba le hicieran a él". Y en los primeros años, cuando recorría los caminos en su cabriolet, ofrecía asientos a cuantos peatones encontraba. Y aun hoy, a pesar de que los maleantes que merodean por las carreteras constituyen un peligro, sigue invitando a sentarse a su lado a los caminantes, y nunca ha tenido el menor contratiempo.

Cierta noche, años atrás, cayó un rayo en uno de los rincones de la habitación donde papá estaba sentado con tres de sus amigos jugando al dominó, y la chispa, después de producir a los cuatro una fuerte sacudida, prendió fuego a la casa.

—Ha sido un aviso divino — fué la interpretación de papá, mientras con gesto rápido arrojaba las fichas al fuego —. Nunca más entrará en mi casa un dominó, una baraja o cualquier otra clase de juego.

Y así fué.

En esta, como en otras muchas cosas, papá se había impuesto a sí mismo, haciéndolo extensivo a su familia, fomentar el bien y reprimir el mal allí donde lo viera. Y como un padre ha de ser obedecido, nosotros respetábamos su criterio y acatábamos sus deseos sin discusión. Pero jamás fué por miedo. ¿Cómo podría una chiquilla temer a su padre, si éste tenía la paciencia todas las mañanas de abrochar sus zapatos, llevarla a su visita pastoral durante el día y acostarla cariñosamente por la noche?

Fortalecido por la razón, contribuyó
en la lucha contra muchos valientes enemigos;
pero la risa puso alas a su dardo bruñido
y la bondad amortiguó los golpes.

La innata bondad de papá, y su apariencia de hombre moderno han desorientado a sus nietos hasta cierto punto. Aunque su rigidez está a la vista de todos los mayores, los nietecillos adoptan una actitud irreverente frente a sus sermones, y se permiten con él libertades que nunca se habrían permitido sus propios hijos.

Cierto domingo, uno de sus nietos, de tres años de edad, estaba entre los feligreses. Era ya cerca del mediodía, y el más recogido y atento silencio acogía la voz fuerte y grave de papá mientras predicaba con toda seriedad.

De repente, Paul se levantó en su banco; elevó una manecita en actitud de mando y, con una vocecita aun más imperativa que su gesto, exclamó:

—¡Abuelito, ya es bastante!

Papá tosió intencionadamente, y luego, sonrió:

—Acabaremos el servicio — dijo — cantando "Dios sea loado, de El emanan todas las bendiciones".

Mientras cantábamos las palabras: "Benditos el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo", recordé aquel domingo en que el padre de Paul, que era el benjamín de nuestra familia, se quedó sentado en su pequeña mecedora, negándose a asistir a la iglesia. Al pedirle mi madre que fuera razonable respondió:

—Tengo miedo del Espíritu Santo.

Y al hundirme en mis recuerdos, me daba cuenta de hasta qué punto los himnos, las oraciones y el vocabulario clerical habían influído en nuestra manera de pensar y de hablar durante aquellos años en que los ocho hijos íbamos ensanchando las paredes de una casa parroquial metodista con nuestro crecimiento, nuestras alegrías y nuestras escapatorias lejos del ambiente religioso.

Hace ya muchos años de todo esto. Ahora somos mayores y nos hemos dispersado. Pero el recuerdo de aquellos años es, en el pensamiento de cada uno de nosotros, más vivo que todos los fulgores de los años adultos. Aquella época en que se nos ayudaba

a desarrollarnos teníamos una madre cuya memoria es vibración de música celestial, y un padre que irradiaba desde el púlpito, y en su hogar, una hercúlea fuerza de carácter, hermanada con una sencillez infantil, llena de fe y de cordialidad.

Es posible que fuéramos el clásico tipo de "los pobres chicos de la ciudad". Pero todas las criaturas del Señor tienen impulsos, y ya que los hijos de los predicadores pasan las tres cuartas partes de su tiempo en la iglesia, es en ella donde dichos impulsos han de expresarse, siendo presenciados, por tanto, por la mayor parte de las personas.

A ningún hijo de pastor le es dado saborear jamás la ilusión del anónimo. Aun ahora, siendo ya mujer, cuando entro en una iglesia extraña, a dos mil millas de mi casa, todavía tengo la impresión de que me miran unos ojos con insistencia, y hasta me parece oír en un murmullo de voces, confusas, como un eco: "Es la hija menor del predicador." Y desde este instante, todo movimiento que pueda hacer está como ligado a dicha circunstancia, cosa que equivale a un nicho en plena vida.

Las miradas concentradas de muchas pupilas acaban por formar un enorme haz de luz que ilumina los actos de los hijos de los pastores como si estuvieran siempre en escena, mientras en la relativa oscuridad de fuera la conducta de los demás chiquillos pasa inadvertida. El convencimiento de que siempre se esté actuando a la plena luz de unos ojos que todo lo observan, pronto da por resultado el atrevimiento y la despreocupada determinación de desempeñar un papel que valga la pena de ser admirado. Con un conjunto de ocho personajes de edades y temperamentos diversos, el público que se dedicaba a observarnos podía contar con una constante renovación del cartel.

El más viejo de la compañía era Hugh. Cuando tenía cuatro años, si nuestra madre dejaba pasar un

solo día sin repasarle la lección, papá se lo reprochaba por permitir que el chiquillo creciera en la ignorancia. Filosófico y tranquilo desde sus primeros años, siempre podíamos confiar en él para restaurar la dignidad familiar cuando la dejaba maltrecha algún miembro. Su única ambición era llegar a ser obispo.

Cecil, dos años más joven, era taciturno, pero travieso. Ya en su juventud decidió llegar a ser hombre de finanzas tomando a su cuidado a los miembros artísticos y poco prácticos de nuestra pandilla. A la edad de doce años, con los ahorros que había logrado haciendo los recados de una tienda y barriendo la iglesia, llegó a reunir la cantidad de cincuenta dólares, cosa que en nuestras circunstancias era algo insólito. Cierto día en que se envió su traje a la tintorería, papá descubrió la mina de oro y quedóse anonadado ante la sospecha de que su hijo pudiera haber abandonado el camino de la honradez. Cecil tuvo que apresurarse a explicar, centavo a centavo y dólar a dólar, cómo había ido reuniendo aquel dinero por espacio de dos años.

El tercero era Raybon, el donjuán de la familia. En su quinto cumpleaños entró en casa llorando, desesperado y cuando, a fuerza de caricias, mamá pudo convencerle para que expresara su dolor con palabras, dijo sollozando:

—Hoy hago cinco años. Me vuelvo viejo, pero no me quiero casar y tampoco quiero ser un solterón. ¿Qué puedo hacer?

Sin embargo, a los doce años la idea del matrimonio había triunfado y, desde entonces, su fantasía fué evolucionando hacia el sentimiento del amor. A los catorce, sus citas con las chicas eran tan numerosas que papá se vió en la necesidad de prohibirlas bajo amenaza de castigo; pero Raybon siguió haciéndolo con toda tranquilidad, como hasta entonces. Y papá no le ahorró las zurras. Con el tono del padre que exclama que "eso" le duele más a él que a su hijo, le preguntó una vez:

—Hijo mío, ¿por qué me desobedeces tan descaradamente?

—Verás, papá — contestó Raybon —, lo he pensado bien y prefiero sufrir el castigo a dejar de ver a las chicas.

Y a medida que pasaban los años, papá se vió obligado a emplear gran parte del tiempo, que hubiera podido dedicar a redactar hermosos sermones, en romper los compromisos matrimoniales que Raybon contraía con contumaz frecuencia. Y es que Raybon, con su hermosa voz de solista, su dominio del piano y su gran simpatía, era irresistible y no trataba de enmendarse. Cuando los domingos cantaba: "Ven al asiento de Misericordia" los bancos se llenaban de chicas románticas. "En verdad, tiene su recompensa": sus días han sido bendecidos con una esposa hermosa y tres hijas.

Luego venía Edd. Firme, digno de confianza, y siempre cariñoso, era el primer ayudante de mamá en la cocina, en el cuidado de la casa y en el de los chiquillos. La disposición que manifestaba preparando comidas para diez personas, justificaba sin duda su ambición de llegar a ser comerciante de comestibles al por mayor.

Los cuatro chicos, de edades tan aproximadas, formaban un cuarteto escandaloso y travieso. Cuando estaban juntos adquirían el carácter explosivo de la dinamita. En cierta ocasión — tenían dos, cuatro, seis y ocho años, respectivamente — decidieron que ya se habían cansado de ir a la iglesia, y pronto se les ocurrió arrastrarse por debajo del edificio y prenderle fuego. Y al descubrirse el resplandor y ser apagado el conato de incendio, que no ocasionó daños, ninguno de ellos apareció. Quedó acordado que el accidente fué motivado por causas desconocidas y al domingo siguiente fueron los cuatro a arrodillarse piadosamente en el banco de costumbre.

La hegemonía exclusivamente masculina de la familia acabó por romperse, y, para su mayor júbilo, un

día supieron los chicos que por fin tenían una hermana, Janette, que llegó a ser el único miembro musical de la familia. Aunque nunca fué organista oficial en la iglesia, desde que cumplió los diez años tuvo que estar preparada para cada servicio y dispuesta a reemplazar al organista profesional, cuando éste se ausentaba por alguna razón. Cantaba, rezaba y cuidaba de los niños según se presentaba la ocasión. A los catorce años, y desde la Conferencia de Epworth League, escribió a casa diciendo que pensaba dedicarse a las misiones, y que se iría a China. A mí me desesperaba la idea de aquel viaje pues temía que algún caníbal se la tragara de un bocado y yo no la volviera a ver nunca más. Mamá explicó que aun estaría con nosotros algún tiempo, al menos hasta que acabara su educación. Pero a los veinte años se casó, y aun está a nuestro lado.

La natalidad femenina en la familia, fué de corta duración. A los dos años nació otro chico: Gilderoy. Vino al mundo con ojo clínico y, desde aquel momento, practicó la medicina a su manera. Prescribía remedios de su propia cosecha para toda clase de enfermedades humanas; hizo que nuestros perros y gatos, todos perfectamente sanos, vivieran constantemente con las patas enyesadas, y él fué creciendo con el ardiente deseo de llegar a ser un gran cirujano.

Después me tocó a mí entrar en escena, y lo hice con alguna anticipación sobre el horario previsto, deshaciendo por completo una reunión de carácter religioso que se celebraba fuera de casa, a la que yo había de asistir aun nonata. Consecuente en todo momento con este dramático principio, suspiré siempre por ser actriz, y me mantenía en mi papel, dignándome solamente de vez en vez, dar a mi familia algún aspecto fugaz de mi verdadera personalidad. Era de gran efecto, por ejemplo, llamar a cualquiera de mis hermanos: "Oye, Romeo", o suspirar, al acostarme: "Despiértame temprano, mamita: mañana seré la Reina de Mayo." Así fuí creciendo. Pasaba el

tiempo; y yo me incluía en los programas de las fiestas escolares que se efectuaban los domingos para recitar versos, en espera de que el manto de Talía cavera al fin sobre mis hombros.

Todos gozábamos en casa de una salud perfecta, pero cuando yo tenía dos años nació otro hermanito que nunca la tuvo y murió a la edad de cinco meses. Fué la primera sombra que oscureció nuestro hogar, y aunque el resto de su vida mi madre tuvo a su alrededor ocho hijos, siempre recordó que el sitio de Bryan Barton estaba vacío.

A los dos años y medio de aquel triste suceso, vino al mundo Paul Candler. Para asegurarle éxito en la vida recibió el nombre del apóstol San Pablo y del obispo Candler y como era el único pelirrojo en una familia de chicos morenos, pronto se le asignaron una legión de apodos, entre ellos los de: "Fresa", "Clavelillo", "Encarnado", "Huckleberry Finn" y "Pecas".

Todos envidiábamos su ausencia total de sentido inhibitorio. Nunca reprimió un impulso. Además de su cabello flameante, tenía unas pecas muy vistosas que acaparaban cuanto espacio libre encontraban en su rostro y en su brazos, y que, desde sus primeros años, constituyeron para él motivo de disgusto.

Un día, mientras mamá aclaraba la ropa, le preguntó por qué ponía añil y ella le respondió:

—Para que quede mejor; así se blanquea.

Al día siguiente Paul Candler tardaba tanto tiempo en presentarse, que, alarmados, comenzamos a buscarle por todas partes. Al fin lo encontramos en el cuarto de baño, metido con sus pecas en la bañera, llena de agua azul.

En la iglesia, durante el oficio, se recibían a veces instrucciones de manera callada, pero concreta. En una ocasión papá nos avisó: "Vamos a cantar el salmo 135. Sosteneos en el último verso." Y en el momento de atacar la última estrofa, cuando todos los fieles se levantaban, Candler, que estaba sentado

junto a la nave lateral, se levantó también de su banco con toda calma, puso en el suelo su libro de cánticos y se colocó encima, sosteniéndose en pie con todo cuidado sobre el último verso, conforme se le había ordenado.

El domingo anterior al cumpleaños de papá, éste encontró en su plato de desayuno una tarjeta con unos versos escritos por Candler, en los que le llamaba "Pop" (1). Decían así:

Dentro y fuera, y alrededor,
tú sin duda eres el Pop más "pop",
pero nadie es murmurador.

El suceso que a mamá le gustaba referir era lo que ocurrió el día en que Paul Candler nació. Una vecina que la había asistido en todo el trance, levantó el bultito que se retorcía y clavando su mirada en aquella carita de remolacha dijo suspirando al cabo de un instante:

—¡Vaya por Dios! Este es el noveno, y ni un solo idiota ha salido entre ellos.

(1) "Pop", significa brío, ánimo. En los Estados Unidos se da este nombre también a las botellas de gaseosa a consecuencia del peculiar ruído que hacen al destaparse.

RECUERDA EL DIA DE FIESTA

¿Cómo se las arregla usted para conseguir tanto éxito predicando, hermano? — preguntó un eclesiástico de la raza blanca a un famoso párroco negro.

—Verá usted — contestó —, divido el sermón en tres partes. Primero digo que voy a decir algo. Después, lo digo. Y a continuación digo que ya lo he dicho.

El mismo criterio aplicábamos nosotros a los domingos: los sábados nos acordábamos de tener presente el domingo. El domingo, lo teníamos y el lunes recordábamos haberlo tenido.

Desde luego, el día más importante de la semana era el sábado, y si hay alguien que no esté conforme con esta afirmación, a poco que nos fijemos en él desubriremos que nunca ha vivido en una casa parroquial. El domingo era, ciertamente, el día en cuya órbita se desenvolvían nuestras más gozosas actividades, pero el sábado nos preparábamos para hacerle un digno recibimiento.

Desde las seis de la mañana hasta las doce de la

noche no se vivía con más objeto que el de disponerlo todo para este día y cuanto se hacía estaba regulado por él.

Inmediatamente después de las oraciones de la mañana y del desayuno, papá se encerraba en su despacho de la iglesia para preparar el sermón del *domingo*. Hugh y Cecil salían con escobas y bayetas dispuestos a barrer y limpiar la iglesia para el *domingo*. Edd y Janette hacían entre tanto lo mismo en nuestra casa para el *domingo*. Raybon, sobre la tabla de planchar, arreglaba la ropa para el *domingo*. Gil se quedaba en el despacho de casa atendiendo a las llamadas telefónicas referentes al culto del *domingo*. Candler y yo fregábamos los platos y salíamos a jugar hasta casi enlazar nuestros juegos con el *domingo*. Y mamá echaba mano de potes y peroles preparando los postres del *domingo*.

La iglesia y la casa parroquial siempre iban aparejadas, como hermanas siamesas. Por eso, mientras papá permanecía en su despacho estudiando el sermón llegaba a sus oídos el rumor de mil ruidos como un enjambre de abejas: las voces y risas de Hugh y Cecil que resonaban en el vacío ámbito del templo; el rítmico golpeteo de los zorros sobre los bancos; los gritos de nuestra pandilla jugando a los indios en el patio de atrás; el agudo silbido de Edd mientras limpiaba la casa; las constantes llamadas del teléfono y el chocar de cacharros y el olor a pasteles y dulces que llegaba de la cocina.

La prueba de que todo aquello iba a parar al despacho la tuve un sábado por la mañana cuando, encontrándome debajo de la ventana, me atreví a gritar indignada por el comportamiento de uno de mis compañeros de juego:

—¡ Voy a ser un John Brown ! (1).

Apenas lo dije me arrepentí, pues nos estaba pro-

(1) Personaje norteamericano que fué ahorcado por sus campañas pro liberación de esclavos, excitándoles a tomar las armas. Su muerte hizo estallar la guerra de secesión yanqui. (N. del T.)

hibido expresar violentamente nuestras emociones. Mamá nos lo recordaba constantemente y en aquella ocasión, no sabiendo qué gritar, solté un improperio. Papá nos castigaba siempre que nos apartábamos del lenguaje correcto. Y al menor contacto con algo de carácter profano, profería un "Chist" de desaprobación, forma en que expresaba su disgusto y su desagrado cuando una cosa le molestaba. Pero también hacía uso de la misma fórmula para demostrar su apuro, su complacencia o su satisfacción, según el gesto que su rostro adoptaba en cada caso. El barómetro de las reacciones de papá frente a cualquier situación, se podía medir por la fuerza y el tono de su "¡Chist!..."

Con aquel "¡Voy a ser un John Brown!", me había excedido. Oí en seguida un vigoroso "¡Chist!" procedente de la ventana, y, casi al mismo tiempo, apareció papá. Me cogió de un brazo y haciéndome entrar en casa, consiguió que mi madre se limpiara las manos de la masa que estaba trabajando, y me lavara la boca con jabón, para purificarla por mi profanación. Y durante dos horas me vi obligada a permanecer sentada y quieta en una silla, al lado de papá, bajo la impresión de que era una despreciable pecadora. El modo de gritar: "¡Voy a ser un John Brown!" procuré desde entonces reservarlo para aquellos momentos en que el sermón de papá no le retenía encerrado en su despacho.

Tantos celos sentíamos Candler y yo del importante cargo de Gil, como encargado de la puerta de la calle y del teléfono, que soliamos interrumpir nuestros juegos de los sábados por la mañana para hacer falsas llamadas a la puerta.

Sobre todo nos sentíamos envidiosos de las conversaciones telefónicas. Al igual que el de las demás casas parroquiales nuestro teléfono padecía de "llamaditis" crónica, y sus ataques se agudizaban todos

los sábados, por lo que su cuidado exigía la constante atención de una persona. Y Gil desempeñaba este cargo con aire de gran superioridad. Un día, le dijo Edd:

—Gil, eres una auténtica oficina informativa.

Esto le impresionó y, desde entonces, Gil no perdía una sola oportunidad para recordarnos que era un "héroe" de información.

Cierto sábado por la mañana en que mamá estaba atendiendo a las llamadas en la parte posterior de la casa, que es donde se encontraba el teléfono, Gil entró con expresión turbada:

—Mamá — dijo, emocionado —. Ven a la puerta de delante que hay en ella un ángel de pie, muy apurado.

Candler y yo nos precipitamos, corriendo delante de mamá, mientras ella cruzaba la cocina en busca del visitante. Este se encontraba ya en el pasillo, con un aspecto más conturbado que angelical. Su único halo lo constituía el reflejo del contraluz en su despeinado cabello, y por túnica llevaba unos harapos desteñidos y desgarrados. De su desdentada boca, rodeada de sucia barba, salía un murmullo muy poco angelical:

—Buenos días, señora. ¿Puede socorrer a un hambriento?

Cuando más se pareció a un morador de los cielos fué en el momento en que, con vergonzosa sonrisa, se le iluminó el rostro a la vista de un buen trozo de pastel de manzanas y de una taza de buen café caliente que le dió mi madre.

—¡Un ángel necesitado! — dijimos mofándonos de Gil —. ¡Otro mendigo es lo que es!

Y es que el evangelio dominical dejaba en Gil una impresión tan indeleble, que en cualquier persona harapienta creía ver un ángel.

"Angeles" como aquél parecían crecer en los árboles de las pequeñas ciudades donde vivíamos. Bastaba un soplo de viento para que uno u otro cayera frente a nuestra casa, y el viento soplaba con predilección

los domingos por la mañana, coincidiendo de extraña forma con las tareas culinarias de mi madre; pero por nuestra condición de servidores del Señor, no podíamos negar panes y peces a nuestros hermanos desamparados, por mucho que éstos se multiplicaran.

El sábado por la mañana, todo estaba listo a la una, incluso la comida. El zumbido de colmena de las horas de la mañana cedía el paso a un suave murmullo cuando los cuatro chicos mayores se marchaban a repartir comestibles de las tiendas o a segar la hierba del césped, mientras Janette se ponía a planchar y papá se iba al centro de la ciudad para arreglarse el pelo, hacer algunas compras necesarias y mezclarse entre la muchedumbre endomingada. Mamá se sentaba entonces a repasar la ropa, preparando a la vez a los pequeños para la doctrina del domingo. Si sabíamos ya la lección, se nos permitía que dos de nosotros acompañáramos a papá, y agarrados a cada una de sus manos, las íbamos balanceando esforzándonos en poner nuestros pasitos al ritmo de sus largas zancadas.

Ya en la plaza mayor, mientras papá entraba en la peluquería, nosotros le esperábamos a veces sentados con algunos amiguitos que venían del campo en sus carretas separadas del tráfico, y luego acompañábamos a papá por el barrio de los negocios. Caminábamos como lo hacía la rana proverbial para salir del pozo: levantando un pie hacia adelante y echando luego dos pasos atrás; ya que papá, después de adelantar una zancada, se paraba para hablar un instante con quienes se encontraba.

—¿Cómo está usted, hermano Haskins? — preguntaba —. ¿Están bien todos los chicos? Y su esposa, ¿cómo se encuentra?

Y después de añadir algún cumplido acerca de la cosecha y del tiempo, daba sólo un paso adelante, para verse en seguida parado de nuevo.

—¿Cómo está usted, Pastor? — decía una voz amistosa, en otra dirección.

Y todos nos deteníamos, haciendo otro descanso. No quedaba más remedio que permanecer en pie, sosteniéndonos alternativamente en una u otra pierna, o divertirnos entre nosotros mismos haciéndonos muecas. La promesa confiada, y siempre repetida, de papá: "Le veré mañana por la mañana" era señal de que íbamos a continuar el camino.

La última parada la hacíamos en la tienda de comestibles, donde, además de los últimos artículos para el domingo, papá nos compraba veinticinco centavos de caramelos surtidos.

Cuando, aproximadamente a las cinco, pisaba por fin el umbral de la puerta, le acogía un griterío de alegría, y todos le acompañábamos hasta el dormitorio de delante. Entonces, vertía los caramelos en el centro de la cama y, una vez colocados a su alrededor, nos iba llamando por nuestro nombre y nos los distribuía:

—Estos son para ti, Janette. Guarda éstos para Edd. Estos son los tuyos, Gil.

Y seguía así, por orden de edad, sin favoritismo

ni aun para el benjamín. No había caramelos mejores en parte alguna, ni en ninguna ciudad existían escaparates que tuvieran para nosotros mayores encantos que aquel dormitorio de delante.

Después del reparto, todos nos reuníamos con excelente humor para la cena, y ésta se despachaba en un santiamén.

Como la limpieza es compatible con la piedad, a las once de la mañana del domingo había de estar la familia entera — siete varones y tres hembras — perfectamente aseada y luciendo sus mejores ropas en los bancos de la iglesia.

Pero antes de lograr esto había que pasar por el baño, naturalmente, y, a medida que los chicos iban creciendo, por el afeitado. Papá no permitía que ni uno ni otro se dejaran para el domingo y no debíamos olvidar que éste empezaba exactamente a las doce de la noche.

Apenas tomado el último bocado de la cena, daba comienzo la limpieza general. Los baños se tomaban por orden de edad, empezando por Candler, el menor, para que pudiera acostarse el primero, y esto dejaba tiempo a los mayores para dar vueltas a la heladora en la que se preparaba la crema helada, que era nuestro postre del domingo, o para actuar como testigos en algún casamiento inesperado. También dejaba a papá — si no le reclamaba este deber — en libertad para limpiar nuestro calzado.

Todos usábamos zapatos negros por razones que son bien patentes, y al encaminarnos los sábados al cuarto de baño, pasábamos antes por la cocina, donde los dejábamos, y papá los esperaba armado de un enorme frasco de líquido, bayeta y cepillo. En estas ocasiones siempre mostraba un aire preocupado y cuando nosotros pasábamos cerca, podíamos oírle recitar las Escrituras al ritmo del paño de lustrar. Y, más tarde, alrededor de medianoche, el suelo de la cocina aparecía transformado en una brillante exposición de zapatos, que hubiera rivalizado con cual-

quier escaparate de la mejor tienda: zapatos y más zapatos... Exactamente, una decena de pares.

Por fin llegaba el domingo, el día esperado para el que se habían hecho tantos preparativos.

Papá se levantaba a una hora intempestiva para repasar su sermón, meditar y esconder las revistas humorísticas dominicales pues aunque le gustaban las caricaturas, nadie las veía. Su lectura quedaba aplazada, tanto para él como para nosotros, hasta el lunes por la mañana..., aunque a veces se descubrían por *casualidad*... y se leían ocultamente.

Este día nos llamaba veinte minutos más temprano que los demás y en vez de levantarnos, con su acostumbrada llamada de: "Fuera, arrastrados", nos decía: "Venid, arrastrados."

Iba primero a la puerta de la habitación de los mayores y de una vez, y sin respirar, exclamaba:

—¡Hugh, Cecil, Raybon y Edd: venid, arrastrados!

Luego, a nuestra puerta, con voz más suave:

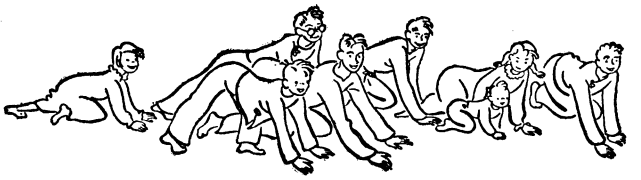
—¡Janette y Aleyne: venid, arrastradas!

Y en el último dormitorio:

—¡Gil y Candler: venid, arrastrados!

Cierto sábado por la noche Cecil nos propuso que cuando papá se acercara para levantarnos contestáramos todos a una. A la mañana siguiente estábamos todos listos.

—Hugh, Cecil, Raybon y Edd... — empezó diciendo en la forma de costumbre, y nosotros permanecimos



quietecitos y preparados para actuar esperando la última llamada: "¡Gil y Candler: venid, arrastrados!"

Y, entonces, como si nos hubieran disparado otras tantas escopetas, los ocho nos lanzamos de nuestras camas al suelo, y, a gatas, con nuestros pijamas y camisones, nos arrastramos todos hacia el pasillo, rodeando a papá con gran algazara. El, de pie, en medio del estruendoso grupo, intentaba acallarnos:

—¡Chist! — siseaba, con una apurada sonrisa, que significaba: "esta vez me habéis cogido" —. ¡Mamá — exclamó —, quisiera que vieras a tus hijos!

Después del desayuno del domingo, papá nos distribuía el dinero de nuestras limosnas, que era la décima parte de sus emolumentos semanales, previamente cambiada en calderilla para tal objeto. Si alguno de los chicos trabajaba, se sobreentendía que debía hacer sus donativos a cargo de su propio bolsillo. Los centavos y las piezas de níquel que nos daba nunca los llevábamos a la iglesia. Comprábamos con ellos gaseosas y goma de mascar, pero el cielo es testigo de que no nos bastaban.

Cuando ante nosotros pasaba la bandeja, brillante de centavos y níqueles en medio de otras monedas, yo me preguntaba quiénes serían aquellos endurecidos corazones que se atrevían a inferir tal ultraje al Señor. Pero por mucho que mi vista escudriñaba entre los feligreses, ninguna expresión delataba a los miserables que así procedían.

Mientras nos vestíamos para asistir a la doctrina dominical, se enviaba a la iglesia a uno de los chicos para tocar las campanas. Pero esto sólo se hacía para avisar a los fieles pues nosotros no necesitábamos campana alguna. Teníamos a papá, que sin cesar de dar vueltas por la casa, nos iba diciendo la hora que era:

—Quedan quince minutos para empezar la doctrina, chicos... Mamá, que ya es casi la hora — y por fin

una última llamada —: Sólo faltan cinco minutos... ¡todos fuera!

Como pecado confesado ya está medio perdonado debo decir que de niña me dejaba indiferente el asistir los domingos a la enseñanza del evangelio. Al pasar lista sin duda me encontraba allí en cuerpo; pero mi alma estaba con Alicia en el país de las maravillas, o en cualquier otra parte donde sucedieran cosas extraordinarias. No se me ocurría pensar que también aquella enseñanza pudiera tener su interés.

Desde luego y hasta cierto punto parece haber sido mi sino verme encerrada en clases dirigidas por mujeres de cierta edad. Todas ellas eran dulces y buenas, y yo las respetaba, pero esto no me impedía admitir como cosa corriente que una se santificaba a medida que iba creciendo y que sin más esfuerzo personal se acababa por conocer la Biblia de cabo a rabo. En cuanto a mí, no hacía falta que me preocupara de tales cosas, pues hasta que la nieve de los años hubiera salpicado mi cabello, no me tocaría explicar a los niños aquello de Moisés en las zarzas.

Desde luego, mamá era en esto muy buena a pesar de ser aún joven. Pero su caso era diferente, porque era la esposa de un Predicador.

Teniendo yo diez años, trasladaron a papá a una parroquia de ciudad, y allí sufrí una verdadera revolución interior. El primer domingo que asistí a la doctrina en una pequeña habitación que servía de clase a una docena de muchachas de mi edad, me dispuse a pensar por mi cuenta durante todo el tiempo que durase la lección. Pero un espectáculo inusitado me impidió realizar mi idea dando al traste con todos mis propósitos. Sentada a una mesa, como una alumna más, había una mujer joven que no pasaría de los veintidós años. Vestía un traje elegante, oscuro, y sólo iba adornada con una hilera de perlas. Su sombrero hacía juego con la falda; y tenía los brazos cubiertos, desde la muñeca hasta el codo, por unos vistosos guantes de piel blanca. En sus ojos, oscuros

y risueños, brillaba la alegría y toda ella era elegante, reposada y magnífica. ¿Cómo podía ser que una persona de la que irradiaba aquella espontánea alegría de vivir, se divirtiera en la doctrina? Sin embargo aquí estaba la prueba concluyente. Y pensé que quizás hubiera en ella más distracción de lo que hasta entonces yo había sospechado.

Durante los tres años que siguieron, mi empeño en seguir asistiendo a la doctrina dominical no lo motivaba el deseo de aumentar el auditorio, ni el de aprender los diez mandamientos, sino el de tratar de aproximarme a un modelo que, a mis ojos de niña, significaba la perfección.

Y este modelo lo veía personificado en Kate Tankersley.

Todos los domingos, en el servicio de las once, y mientras el coro entonaba el: "Santo, santo, santo", papá se sentaba en la silla del púlpito, y con una mirada pasaba revista a nuestro banco. Y como no hubiera ocurrido alguna catástrofe, veía a seis chicos, con camisas blancas, almidonadas, y pantalones perfectamente planchados; a dos chicas con el pelo rizado y faldas plisadas y a mamá, que le miraba con rostro fresco y sereno.

Mamá solía sentarse siempre al lado de la nave lateral, probablemente con el fin de mantener contacto visual con papá, y durante todo el sermón le enviaba mensajes en una clave que les era propia. Cierto guiño de ojos significaba: "Arréglate el pelo". Papá lo captaba y, disimuladamente, se pasaba ambas manos por el cabello, sin cesar de hablar. Un movimiento de la cabeza de mamá, quería decir: "Estás predicando muy bien; estoy orgullosa de ti." Entonces el rostro de papá se erguía, satisfecho, dos pulgadas, mientras sus palabras seguían fluyendo fáciles una tras otra. Una mirada aguda, penetrante y fija, le avisaba: "Estás predicando demasiado", a

cuya señal papá cerraba la Biblia y, rápidamente, llegaba a la bendición.

Acabada la ceremonia, se empleaba media hora, poco más o menos, en charlar con los amigos. Durante este palique, Raybon era enviado arriba y abajo de la iglesia para decir a este o aquel feligrés: "Vengan a comer con nosotros." Los así invitados aceptaban indefectiblemente, y mamá los saludaba como a huéspedes esperados desde hace largo tiempo, que por fin se presentaban.

Entre los fieles de la parroquia los había campesinos que acostumbraban a cuidar de que los domingos la mesa del párroco estuviera provista de pollo asado. Pero como un pollo asado sin salsa y tostadas calientes es como un Predicador sin libro de himnos y Biblia, mamá los aderezaba debidamente con salsa de crema y tostadas. Siempre nos sentábamos a la mesa los diez de casa, y de dos a seis invitados.

Una vez terminada la comida, íbamos a la sala. Patines, bicicletas y juegos no se permitían el domingo, pero dentro de los pocos placeres tolerados se hallaba la música, y aunque las melodías de "ragtime" (1) estaban prohibidas, siempre quedaba la música popular y sentimental. La orquesta familiar estaba compuesta, aparte del piano, por un xilofón, un violín, una guitarra y ocho buenas voces, y todos hacíamos lo nuestro, ya individual, o colectivamente, incluyendo a los propios invitados.

Un domingo en que la organista de la iglesia estaba con nosotros, y habíamos empezado con buen humor nuestra reunión musical, papá se dirigió a ella:

—Katie — dijo —, ¿querría usted tocarnos alguna canción?

Cecil y Raybon habían esperado este preciso momento desde mucho antes y estaban de acuerdo con

(1) La correcta traducción de "Ragtime" es "ritmos desgarrados". N. del T.

Katie para que cuando papá formulara su petición ella le complaciera tocando el último estribillo de moda: "El rag de la calle 12", pero dándole otro nombre.

—Con mucho gusto — accedió Katie suavemente, sentándose al piano. Y luego, al disponerse a tocar, advirtió —: Es una canción nueva, se llama "Alegría de mi corazón".

Comenzó rozando las teclas con suavidad, pero poco a poco fué subiendo y, al fin, entregándose por completo, acabó tocando "El Rag de la calle 12" con todo el brío de un pianista de *music-hall.*

Todos escuchábamos atentamente y nadie se atrevia a mirar a papá. Estábamos intrigados, imaginándonos en qué estaría pensando, y qué opinarían los invitados al oír este escándalo en plena parroquia. Por eso, cuando Katie terminó cerrando el número con un acorde de *jazz,* se produjo una pausa en la que se hubiera podido oír caer un alfiler. Todos dirigimos nuestros ojos a papá.

Pero su rostro no expresaba ninguna desaprobación, ni de sus labios salió ningún "¡Chist!".

—¡Eso es magnífico! — exclamó, recostándose en su sillón —. ¿Podría tocarlo otra vez?

Katie repitió su hazaña, y no sólo una, sino dos veces más. Y en la serena y apacible tarde dominguera siguió resonando rabiosamente "El Rag de la calle 12", que gracias a su nueva denominación, parecía una cosa diferente.

¡Recordad el domingo! Nuestra actitud con respecto a esta ley fué expresada por Candler cuando sólo tenía seis años, una tarde en que iba en el coche, junto a papá y mamá:

—¡Oh, mira las ovejitas! — exclamó, señalando con el dedo delante de sí.

—Sí, hijo — asintió mamá, bajándole suavemente la mano.

Pocos minutos después, volvió a señalar:

—¡Mira el molino de viento! — dijo con fuerza.

—Sí, querido, ya lo veo — repuso mamá, bajándole nuevamente la mano.

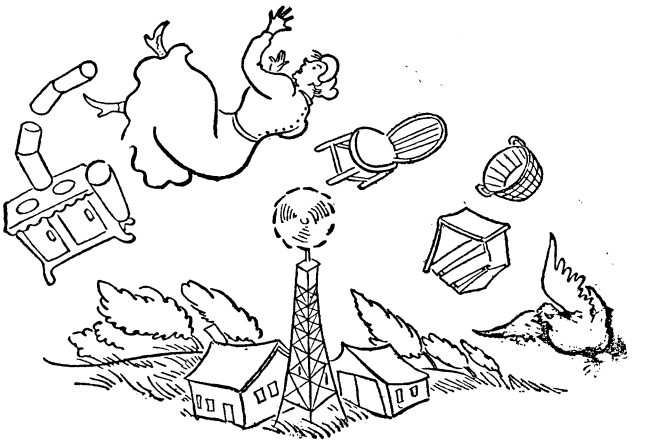
Por tercera vez volvió a levantarla a la altura del rostro de ella:

—¡Oh, mamá, mira...! — comenzó a gritar.

Pero, agotada su paciencia, mamá le cogió de un brazo:

—Hijo — dijo con firmeza —, *no debes señalar* con el dedo.

—¿Por qué no, mamá? — preguntó él inocentemente —. Hoy no es domingo, ¿verdad?



SOMOS LABRADORES JUNTO A DIOS

CUANDO nuestros padres se alistaron en la "cruzada del Cristianismo", con gran firmeza por parte de mamá, la causa vióse fortalecida con la incorporación de ocho nuevos jóvenes Caballeros del Santo Graal. Si como hijos de un ministro del Señor, adquiríamos trascendental responsabilidad al llevar la pluma encarnada de la esperanza, al vernos armados de la espada de la fe y al mantener en alto el escudo de la Caridad, como caballeros nos sentíamos con sobrada fuerza para bajar el puente levadizo del Evangelio y penetrar en la fortaleza celestial. De los propios "actos de Dios", aceptábamos nuestra parte de responsabilidad correspondiente y a veces hasta un extremo realmente penoso.

En una ocasión en que el Todopoderoso detuvo por algún tiempo la realización de un acontecimiento cósmico profetizado, el "Cuarteto de Caballeros Erran-

tes" patrocinado por papá, se hizo cargo del fenómeno, como si fuera cosa propia.

Ocurrió aquel año en que todo el mundo esperaba con temor la aparición del cometa Halley. Según se decía, había de precipitarse sobre la tierra, sacudirla con toda la fiereza de su cola, aniquilando cuanto encontrara a su paso, para luego volver a desaparecer en el espacio hasta dentro de otros setenta y seis años. Varios meses habían transcurrido desde que los hombres de ciencia predijeran el terrible acontecimiento, y todos los días, al anochecer, se preparaba el escenario de la Naturaleza para aquella grandiosa función, mientras los espectadores esperaban sin aliento, jadeantes y emocionados. Como telón de fondo, el firmamento salpicado de millones de estrellas, esperaba silencioso; la luna, igual que un inmenso faro, se balanceaba en el espacio iluminando el escenario; y los tramoyistas del cielo no ahorraban detalle alguno para dar una representación perfecta. Noche tras noche, el público se sentaba a esperar y a observar, cada uno a su puerta, y noche tras noche sufrían una desilusión.

Temerosos de que alguno, especialmente entre los niños, pudiera perder la fe en que Dios fuera capaz de realizar semejante milagro, los pequeños colaboradores de papá se esforzaron en idear algo que pudiera interpretarse como la aparición del cometa. En un momento dado abandonaron de puntillas la reunión que se celebraba ante la puerta principal, y se metieron sigilosamente en la habitación donde mamá guardaba un saco lleno de trapos. Lo vaciaron apresuradamente, llevando su contenido al patio que había detrás de la casa y Cecil se detuvo en la cocina el tiempo estrictamente necesario para llenarse los bolsillos de fósforos.

A la luz de la luna, escogieron tres piedras que sirvieran como peso y Hugh empezó a envolver una de ellas en trapos, mientras los demás iban desgarrando nuevas tiras para continuar la envoltura. Hugh

siguió liando trapos y más trapos, el artefacto fué creciendo, y pronto se consideró que había alcanzado las proporciones de un cometa. Teniendo muy en cuenta la cola de fuego, fueron anudando diversos jirones, unos a otros; sujetaron un extremo de la tira al cometa y enrollaron el resto en forma de pelota, dispuesta para soltarse en el momento preciso. Para mayor seguridad, y al objeto de evitar posibles fracasos, confeccionaron otros dos bólidos de la misma forma. Luego los dejaron en el suelo, fueron en busca de la lata del petróleo e impregnaron con él no sólo al cometa, sino también, de paso, todo el terreno a su alrededor.

Provistos, pues, de lo necesario para la función, se dirigieron cautelosamente a la iglesia que era el lugar elegido como escenario. Cargados con sus malolientes bultos, Hugh y Cecil lograron encontrar a tientas el camino en el interior del edificio en medio de una profunda oscuridad, y treparon por la empinada escalera hasta lo más alto del campanario. Raybon y Edd se quedaron abajo para dar la alarma.

Cecil, que era el campeón de la familia en el lanzamiento de peso, cogió el cometa y empezó a balancearlo con el fin de adquirir impulso para arrojarlo al espacio, al tiempo que se daba la señal a los chicos que esperaban abajo ocultos en la sombra. Entonces, Hugh encendió una cerilla prendiendo la cola que serpenteaba, y, al momento, Cecil lanzó con toda su fuerza la antorcha ardiente hacia el cielo.

Con un estilo propio, de Paul Revere, los demás chicos ya estaban sembrando alarma en toda la vecindad.

—El Cometa Halley ha llegado. ¡El Co-me-ta Halley ha llegado! — iban gritando, poniendo a sus pulmones en el trance de reventar —. ¡Mirad la torre de la iglesia! ¡El Cometa Halley ha llegado!

Para los que no hubieran visto el primero, los pequeños dueños de la creación lanzaron un segundo, y luego otro tercero.

La reunión congregada frente a la puerta principal, se levantó de golpe al presenciar aquellas pequeñas rayas de fuego, que caían del cielo sobre la tierra. Papá abandonó apresuradamente su asiento y cruzó a grandes pasos el patio. Buscando también a tientas el camino en la oscuridad trepó por la escalera de la torre, no con la idea de lanzar desde arriba una visión deslumbrante, sino con la de llevar hacia abajo a los dos asustados creadores de cometas. Y en este momento culminante del espectáculo se bajó el telón. Sólo a la familia del párroco le fué dado, gracias a su ventajosa situación dentro del escenario, asistir al inevitable desenlace. El resultado demostró, harto elocuentemente, que los actos de Dios deben dejarse en sus manos... al menos por algún tiempo.

Pero pocos meses más tarde, Cecil se creyó en el caso de volver a prestar su ayuda a la Providencia, aunque esta vez, no en una forma tan espectacular. "La venganza es mía; haré justicia", dice el Señor. Cecil estaba cierta noche acostado y despierto, recordando aquellas palabras y pensó que si por su propia iniciativa tomaba parte en una justa venganza, ¿no sería esto acaso servir al Señor? Sí, con su honda podía vengarse del "Hermano Buenasnoches". Y en aquel momento se le ocurrió otra idea espontáneamente: ¿No había ayudado David al Señor haciendo uso de su honda? Al asaltarle este pensamiento se adjudicó inmediatamente el papel de David, y, sintiéndose plenamente justificado, se vistió, metióse su honda en el bolsillo y salió a la calle.

La luna brillaba y no le costó ningún trabajo hacerse con una buena cantidad de piedras. Así equipado, se dirigió a un árbol situado al otro lado de la carretera, frente al corral del "Hermano Buenasnoches".

Aquel amplio espacio era un precursor de los mo-

dernos paradores de turismo. Quienes viajaban por los caminos podían dejar sus vehículos en el patio del "Hermano Buenasnoches", y por la cantidad de veinticinco centavos descansar allí hasta el día siguiente, en plena seguridad. Y para llamarlo a cualquier hora de la noche había una campana grande, sujeta a uno de los montantes del portal y provista de un cordel.

Aquella misma noche, horas antes, el "Hermano Buenasnoches" había estado esperando a papá, que llegó muy tarde de sus visitas pastorales. Al entrar en la sala, dijo a Cecil:

—Anda, hijo, ve a desenganchar el caballo.

Aquel obedeció inmediatamente, y se entretuvo un rato en la cuadra acariciando al viejo "Henry". Sin duda, papá lo había obligado a correr mucho y largo rato, pues el sudor y la presión de los arneses habían dejado en su pelo una huella tan honda, que no parecía sino que aun los llevaba puestos.

Una vez terminada la consulta y cuando el "Hermano Buenasnoches" se hallaba camino de su casa, la familia se reunió alrededor de una tardía cena, que sólo se vió interrumpida por unos pasos en el portal. Era una post-data a la visita del "Hermano Buenasnoches". Su voz llegó desde la oscuridad:

—Reverendo, ¿no dijo usted al chico que desenganchara el caballo? Acabo de pasar por la cuadra y aun no le ha quitado los arneses.

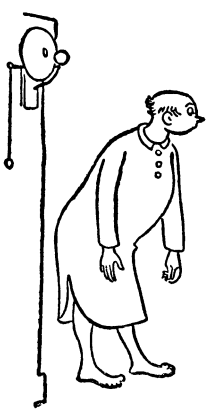
Sin pronunciar una sola palabra, papá se levantó de la mesa, dió a comprender, con una señal de cabeza, que deseaba ver a Cecil en la habitación de atrás, y allí le impuso un castigo apropiado por su desobediencia. Cecil lo aceptó sin protestar, porque no se atrevió a desmentir a uno de los acólitos de papá, y ya no se habló más del asunto. Pero la injusticia del hecho fué fermentando en su corazón durante toda la noche, y quiso aplicar la ley de Talión.

Así gateó a lo alto del árbol, hizo sus preparativos,

cargó la honda, y, con la puntería del propio David, lanzó una piedra a la campana que pendía del poste, haciéndola sonar con toda la urgencia de un cliente cansado que pide entrada. Apresuradamente, se presentó el "Hermano Buenasnoches" en su portal, descalzo y envuelto en un camisón de noche, blanco, abierto a ambos lados de las piernas. Cruzó con cuidado el patio, murmurando medio dormido: "Un momento; sólo un momento", y abrió el portal. Pero no vió carruaje ni persona alguna. Se rascó la cabeza, volvió a murmurar algo y tornó a su casa.

Cecil permaneció pacientemente en el árbol. Al poco rato disparó otra piedra. Nuevamente sonó la campana en medio de la noche, y otra vez salió el "Hermano Buenasnoches", saltando descalzo fuera de su casa medio dormido, pero ansioso de cobrar sus veinticinco centavos. Sin embargo, nada se movía en la noche oscura y silenciosa. Visiblemente preocupado, se volvió por segunda vez a la cama.

Cecil siguió sentado en su árbol, y pronto otro proyectil cruzó los aires. Esta vez transcurrió más tiempo antes de que apareciera la figura blanca, andando hacia el portalón. Probablemente había estado reflexionando sobre la fábula del pastor y el lobo; pero llegó a la conclusión de que esta vez bien podía ser, efectivamente, el lobo y con veinticinco centavos por añadidura entre los colmillos. Cuando abrió la puerta sólo se oía en el silencio de la noche el chirriar de las cigarras.



El "Hermano Buenasnoches" se volvió cansado, arrastrándose hasta el lecho, donde intentó recuperar el sueño, que tanta falta le hacía. Al poco rato

Cecil envió su último disparo y hubiera podido proseguir de esta forma hasta el amanecer si con esta última falsa alarma, el "Hermano Buenasnoches" no hubiese comenzado a dar señales de trastorno mental. Cecil, pues, tuvo la satisfacción de que la venganza era al fin suya, como lo es también del Señor. Y la encontró muy agradable y dulce.

No siempre dependía de nuestra voluntad revestirnos con nuestras armaduras de caballero. Muchas veces sucedía que nos las ponían los demás, como ocurrió con mi hermana.

Un día, mientras estaba en el colegio estudiando su aritmética, fué interrumpida por una voz queda que susurraba:

—¡Janette! ¡Janette! — Venía del otro lado de la sala, dos filas más allá. Era Vernelle Bates quien la llamaba, amparada tras su atlas. — Oh, Janette — continuó muy apurada —, acabo de pensar una cosa muy mala... Tú, que eres hija de un pastor, dime lo que tengo que hacer para alejarla... pronto, pronto... — añadió saltando nerviosamente en su asiento —. ¿Qué tengo que hacer?

—Pues... — dijo mi hermana, con el aliento — piensa en las flores... en la música y en... en... ¡Jesús! — En su alegría por haber dado con la palabra más eficaz para poner a Satanás fuera de combate, pronunció el "Jesús" en tono mucho más alto que lo demás. La clase entera se asombró al oír a la hija del Predicador decir súbitamente "Jesús" en voz alta y por todas partes se oyeron admiraciones en "¡oh!" y en "¡ah!"

—¡Janette! — riñó la maestra —. Póngase en el rincón, de cara a la pared, durante una hora.

Y así fué como mi hermana alcanzó el martirio y se vió apedreada con duras miradas, sólo por llevar la pluma encarnada de la esperanza.

"En el límite de las posibilidades del hombre empieza la oportunidad Divina". Era a veces algo incomprensible para nuestras tiernas mentalidades apreciar exactamente en qué punto nuestra intervención en favor de los demás había de acabar, para dar paso a la voluntad del Señor. Pero esto no ocurría más que en las sutiles regiones de la vida espiritual, porque en el terreno material existía la seguridad reconfortante de que no se podía uno equivocar en dar de comer, vestir o albergar a un ser humano desamparado.

Nosotros no sólo teníamos la casa dispuesta para ello durante trescientos sesenta y cinco días y noches al año, sino que hasta los sótanos de la casa parroquial se hicieron ampliar dándoles mayor profundidad al objeto de disponer de un buen refugio contra los ciclones, para la familia, vecinos y caminantes. Muchas casas tenían esta clase de refugios, pero como a otras les faltaba, la nuestra lo suplía.

Cuando nos fuimos a Texas, unas tormentas terribles habían asolado la región, formando esas nubes giratorias en forma de chimenea, que pasan barriendo el cielo, se precipitan repentinamente en la tierra y destruyen todo lo que cogen a su paso. La primavera era la temporada más favorable para tales visitas. Poco tiempo antes de vernos enviados a cierta ciudad, ésta había sido arrasada. Sólo quedaron en pie algunos edificios sueltos, como briznas de hierba escapadas de la guadaña.

—Es mala suerte — dijo un acólito a papá, bromeando, el mismo día de nuestra llegada — haber tenido un ciclón el año pasado y recibir éste a un Predicador con ocho chiquillos...

Fué esta la primera vista que tuvimos en nuestro nuevo hogar y procedía de una casita aislada que, como abandonada y ciega, aparecía allí en medio de tantos otros edificios menos afortunados. Todo el año estuvimos quemando leña de los escombros de las casas cercanas, y apenas empezaba a soplar el

viento nos precipitábamos en el sótano. No dejaba de ser atractivo, aunque daba algún miedo verse arrancado de sopetón del suelo, y precipitado en un refugio, pues los tornados se presentaban rápidamente, y, como los ladrones, siempre de noche.

El primer indicio que anunciaba el inminente peligro era una sacudida brusca:

—Se acerca una tormenta, muchachos. Todos al sótano.

No había tiempo que perder porque el viento empezaba ya a sacudir los árboles como amenazadora indicación de lo que había de seguir. Teníamos que vestirnos rápidamente; a veces cogíamos tan sólo una almohada y un edredón, y poniéndonos los zapatos o llevándolos en la mano, nos precipitábamos a través de la cocina cruzando la puerta trasera a la luz de la linterna de papá. No había tiempo ni siquiera para pronunciar una sola palabra mientras cabeceábamos para desafiar el viento, y cubríamos los pocos metros que nos separaban de la puerta del refugio.

Cuando llegábamos solían estar allí ya algún vecino con sus hijos, empleados del hotel vecino, o alguien a quien la tormenta había sorprendido fuera. Al alcanzarlo cierta noche los diez que éramos en casa, ya se habían agrupado allí dieciocho personas en busca de sus acogedoras profundidades.

El sótano, que tenía las dimensiones aproximadas de una habitación pequeña, y a una profundidad de siete pies bajo el nivel del suelo, era seguro y cómodo. El suelo estaba embaldosado y el techo sostenido por unas gruesas vigas. Por fuera, el armazón estaba recubierta de tierra apretada en forma de cono, horadado por un ancho tubo que servía para la ventilación. A un extremo se encontraba la puerta, provista de pesadas bisagras y bien ajustada al bastidor del techo; un fuerte cerrojo de hierro la aseguraba por dentro contra las embestidas del más violento huracán. Y justamente debajo de la puerta empezaban los peldaños que conducían al refugio.

En un lado del sótano, a uno de sus extremos, se veían unas estanterías, en las que se almacenaban para todo el año las reservas de confituras, jaleas, variantes, y demás clases de conservas domésticas. En la pared de enfrente colgaba una linterna que, como las lámparas de las cinco vírgenes cuerdas, siempre se mantenía llena de aceite y a punto de encender, y apoyado en la pared, dispuesto a todo lo largo, había un banco bajo, donde los mayores se sentaban durante la tormenta, contándose los horrores de otras anteriores, mientras los chiquillos, en una pequeña cama a sus pies, escuchaban con los ojos muy abiertos y los oídos alerta. Es impresionante oír hablar de peligros cuando uno se encuentra perfectamente seguro.

Nuestra mejor narradora era la Tía Mollie Cadwallader. Conocíamos su historia de memoria y todos los chiquillos de los alrededores podrían haberla repetido palabra por palabra; pero no con el mismo fuego emotivo con que ella la relataba. Tan pronto como la puerta quedaba atrancada, y todos se sentaban cómodamente en los bancos o en el suelo, según su antojo, cualquiera de nosotros decía:

—Tía Mollie, cuéntenos usted cómo la tiró el ciclón sobre el molino de viento...

La respiración de tía Mollie se hacía en aquellos momentos más rápida; sus ojos pardos brillaban y su cara enjuta se animaba por la emoción. Mientras incorporaba su pesado cuerpo, al extremo del banco, empezaba a relatar el único momento dramático de su vida, que por lo demás era sumamente apacible, aquel en que, yendo camino del refugio, se sintió levantada en vilo por un viento arrollador y cuando quiso darse cuenta se vió navegando por los aires por encima del molino en compañía de polluelos, sillas, estufas y bañeras, todo ello girando entre el polvo, a fantásticas alturas. Y como suele ocurrir con los caprichos imprevisibles de los tornados, el viento la había hecho tomar tierra finalmente, con toda suavidad,

en medio de un campo de trigo. Pese a su espanto, aun vivía para narrar el sucedido, cada vez que se le presentaba ocasión.

A menudo, en el apogeo de una tormenta, se oían en la puerta del refugio golpes y gritos desesperados de: "¡Déjenme entrar! ¡Déjenme entrar!" Entonces se descorría el cerrojo, y la puerta, al abrirse con violencia, daba paso a algún ser espantado, después de lo cual, hacían falta esfuerzos sobrehumanos para vencer el viento y cerrarla de nuevo.

El grito mejor acogido de "¡Déjenme entrar!" que jamás hayamos oído, fué el dado una noche en que papá se encontraba fuera, en plena tormenta. Había salido para predicar en una iglesia rural, y, aun no había vuelto, cuando mamá nos despertó de repente:

—¡Vamos al sótano! — dijo.

—¿Dónde está papá? Mamá, ¿dónde está papá? — gritábamos en la oscuridad, mientras nos deslizábamos hacia la puerta trasera, donde mamá estaba de pie, provista de una linterna, en el mismo lugar que acostumbraba a ocupar papá.

—Papá no ha vuelto aún de Centerville — dijo con calma —. Ya encontrará algún refugio en el camino. — Pero a la luz de la linterna su cara estaba pálida, y tras de la calma exterior de su voz se percibía un tono de ansiedad. Con Candler en brazos, nos siguió al refugio.

—No atranque la puerta todavía — dijo a un vecino que se preparaba a hacerlo —. Pueden venir otros.

Pero la tormenta iba en aumento, y para seguridad de los que estaban dentro se acabó por cerrarla. Junto a la puerta se sentó mamá.

—Esto se presenta mal — dijo uno de los hombres —. Hay mucho viento en esa nube.

Mamá levantó con ansia los ojos y miró al hombre a la cara, pero no dijo nada.

Los relatos de costumbre fueron dichos y comen-

tados como siempre; pero aquella noche nosotros no teníamos oídos para tales historias. Papá no estaba allí. ¿Habría encontrado albergue? ¿Estaría aún en la iglesia? ¿En camino? ¿Dónde?

—Supongo que no se habrá atrevido a salir al ver formarse la tormenta — dijo otro vecino, procurando darnos ánimos.

Y el sótano, generalmente tan alegre, tan seguro y animado, nos parecía aquella noche mohoso, lóbrego y solitario.

Después de haber transcurrido lo que nosotros creímos una eternidad, sonaron por fin fuertes golpes en la puerta, y oímos la voz de papá que, como si estuviera muy lejos, gritaba:

—¡Abrid la puerta! ¡Abrid la puerta!

Antes de que cualquiera de los hombres reunidos pudiera alcanzarlo, ya estaba mamá descorriendo el cerrojo, y papá, chorreando, pero agradecido, emergió de la tormenta. Su historia fué escuchada con atención. Explicó que la tormenta le había sorprendido mientras iba corriendo en su cabriolet, aprovechando los relámpagos para orientarse en busca de alguna granja. Pero como no encontró ninguna ni veía lo bastante para guiar al viejo "Henry", se vió obligado a aflojar por completo las riendas, entregándose al instinto del animal, con la esperanza de que éste le llevaría sano y salvo a casa. A la luz de los relámpagos, que no permitían distinguir ni siquiera el cielo, vieron un nubarrón negro que se cernía sobre ellos, y el viejo "Henry", consciente del peligro, hizo cuanto pudo por huir de la potente tormenta.

—La nube venía justamente detrás de mí cuando entré — dijo papá —. Estoy seguro de que ahora se abatirá muy cerca de la ciudad, si no encima mismo de ella.

Y todos nos imaginamos nuestro hogar reducido a escombros.

Sin embargo, el día siguiente amaneció sereno y claro, mostrando pocas señales de que los elementos

hubieran estado desencadenados tan recientemente. Pero al mirar papá en dirección a su iglesia, vió en una manzana próxima la huella de una de las bromas con que suele complacerse a veces la caprichosa Naturaleza: un portal, con todo el aspecto de haber pertenecido a un iglesia baptista, y bastante dañado por la noche anterior, había ido a parar, buscando apoyo, a una iglesia metodista.

Cuando nos trasladaron del Oeste de Texas a la iglesia de una ciudad situada al norte, tuvimos también un amago de tormenta. Como no teníamos refugio en casa, apenas vimos aparecer una nube amenazadora nos precipitamos, en fila, por la puerta trasera con todas nuestras cosas de valor a los sótanos de la iglesia, en busca de abrigo.

La vida en la ciudad nos trajo algunos cambios. Papá ya no conducía al viejo "Henry". Ahora tenía un automóvil: un Ford Sedan, modelo T, al que llamábamos el "coche del evangelio". Porque a pesar de que había cambiado cuanto nos rodeaba, nuestra responsabilidad respecto a la buena conducta de los demás era la misma de siempre, y las ruedas del coche familiar no cesaban de dar vueltas para cumplimentar asuntos de la iglesia. Traía hasta la misma puerta de ésta a cualquier miembro de la comunidad que, por razones de edad, enfermedad o distancia, no pudiera alcanzarla por su propio pie; repartía alimentos entre los pobres, y llevaba a papá a celebrar matrimonios, funerales y a visitar enfermos. Pero no siempre lo conducía él. Lo hacían a menudo Raybon o Edd, quienes ayudaban, cuando se presentaba la ocasión, a la abuela Lacy a bajar las escaleras de la iglesia, la acomodaban en el coche a fuerza de empujones cariñosos y la conducían a su casa, mientras la cita amorosa de Raybon de aquella nohe esperaba. Volvían en seguida a la iglesia para llevar al hermano Muleta, que tenía el pie malo, y cuando todos los inválidos

habían sido por fin dejados, sanos y salvos, en el umbral de sus casas, les era dado a los muchachos dedicarse a sus diversiones.

—¡Pero, papá! — se le oyó protestar a Edd cierta noche —. ¡Hace una semana que estoy aplazando esa cita...!

—Lo siento, hijo — dijo papá manteniéndose firme —. Los asuntos de la iglesia no admiten demora. Tienes que traer a la señora Clark y a la señora Farrell al servicio. Estoy convencido de que tu novia no se ha de molestar por eso.

Y Edd aceptó el mandato sin más objeciones.

Aunque, oficialmente, el conducir el "coche del evangelio" sólo se reservaba a los chicos, también mi hermana y yo teníamos nuestra parte de trabajo ayudando a papá, pues íbamos a visitar y a leerles a los imposibilitados. Nos estaba prohibido entrar en donde hubiera enfermos infecciosos; pero los viejos e inválidos también tenían necesidad de alegría. Inconsecuente en su cuidado para con nosotros, papá, sin embargo, nunca vaciló en presentarse donde hubiera enfermos, aun en el caso de que fueran contagiosos. Tenía la firme convicción de que mientras cumpliera con sus obligaciones nada malo podría sucederle. Así se pasó horas y horas en medio de infecciosos sin haber contraído nunca la menor enfermedad, ni haber llevado su germen a la familia. La seguridad de que su trabajo era bendecido por Dios, y que no podía dejar de hacerse, era su mayor salvaguardia.

Uno de los aspectos más característicos de papá en su sacerdocio como Cruzado, era propagar la tolerancia racial. Cada vez que se le presentaba una oportunidad, hacía subir a su púlpito a algún misionero con licencia, o a un miembro religioso de otra raza.

Cierto domingo, al atardecer, la hora del sermón

fué confiada a un converso japonés. Papá había divulgado la noticia, y junto a las caras conocidas de los feligreses, se veían mezcladas otras de visitantes desconocidos. Y cuando el pacífico hombrecito de la raza amarilla se instaló en el púlpito, su hijito, un chiquillo de piel oscura, ojos oblicuos, pelo brillante, de ébano y una nariz como un botón se metió con él. Durante la conferencia de su padre permaneció quieto a su lado: no como elemento de distracción, sino como un detalle que aumentaba aún más el interés de la escena, especialmente para los niños de la congregación.

Candler, que habitualmente estaba en la iglesia en continua agitación de nervios, permaneció extraordinariamente tranquilo aquella noche, como si le fascinara el aspecto del niño japonés, que era aproximadamente de su estatura, y durante la primera parte de la conferencia no apartó la vista de su hermano en Jesucristo. Mamá, sentada a su lado, no podía imaginarse las cavilaciones del chico, pues el inspirado conferenciante la tenía arrobada con el relato detallado de su conversión al Cristianismo, acaecida en una lejana misión del imperio del Sol Naciente.

—Fuí al encuentro del misionero después del servicio — decía en su inglés medio chapurreado —, y le dije: "Quiero conocer a ese Cristo de quien habla."

Sin que nadie se fijara en él, Candler se deslizó de su asiento y pronto se encontró al lado de la tribuna, en pie frente al pequeño japonés. A medida que iba avanzando la conferencia, Candler le miraba intensamente a la cara, pero una débil sonrisa pasiva, impresa en ella, fué su única contestación. Luego, dió la vuelta en torno a él y siguió mirándole con la misma intensidad desde el otro lado. Entonces se produjo un ligero alboroto entre la concurrencia infantil. Inconsciente de todo y de todos, excepto de sí mismo y del objeto de su observación, Candler volvió al lugar anterior y después de un corto rato, agarró inopinadamente el botón que servía de nariz al japonesito y tiró de él con todas sus fuerzas.

Sonaron unos epítetos japoneses, y se vieron unos puñitos cruzar el aire. Papá, avergonzado, los separó inmediatamente y presentó sus excusas al padre y al hijo. Se reanudó la conferencia, pero todo intento de confraternización entre blancos y amarillos parecía condenado al fracaso después de la manifestación de "armonía" internacional que se había producido momentos antes.

En otra ocasión subió al púlpito un misionero recién venido de China, y para conocimiento de los chiquillos menores, que aun no lo habían aprendido en la escuela, se recordó a la concurrencia que China se hallaba para ellos en los antípodas del mundo, en tal forma que si se agujereara la tierra se llegaría a ella por el otro lado.

¿Qué chiquillo no ha considerado lo mismo, largamente y con extrañeza? ¿No habría alguno entre ellos con temperamento positivista, que se decidiera a cavar realmente un agujero con el fin de cerciorarse por sí mismo? Sólo dejarían de intentarlo aquellos que, pese a su curiosidad, también eran prudentes, como nosotros mismos, ya que en nuestra mente infantil nos habíamos hecho la idea de que entre nosotros y China debía encontrarse el abismo sin fondo del Infierno. Ya Gil, Candler y yo habíamos discutido largamente un día sobre si sería conveniente cavar un túnel hasta China; pero desistimos del proyecto por temor a tropezar con alguno de los diablillos de Satanás, o quizá con él mismo.

Al recordar la situación geográfica de China, el predicador volvió a encauzar los pensamientos de Gil hacia el mismo problema, y cuando terminó diciendo: "¿Desearía alguno de los concurrentes, hacer alguna pregunta?", Gil, que siempre andaba a la caza de información, se incorporó con toda la importancia de su estatura de nueve años.

—Por favor, señor — dijo, con una arruga de se-

riedad en la frente —, me gustaría preguntar algo. ¿Tuvo usted que pasar por el Infierno para venir de China?

Al cumplir sus trece años, mi hermana fué designada por papá para levantar el escudo de la Fe los domingos por la tarde, y hacerse cargo de la dirección de la "Liga de la Juventud de Epworth", a la que concurrían los chicos de cinco a doce años. Acompañaba los himnos al piano, leía las Escrituras, enseñaba a los pequeños a ser cristianos militantes y, de acuerdo con los postulados de papá, insistía en la necesidad de confraternizar con las otras razas.

Cierta primavera, después de la temporada de Pascua, tras una ferviente arenga de nuestra hermana, Candler se sintió arrebatado por el celo misionero, y quiso entrar inmediatamente en acción.

—Creo que el Señor se alegraría — dijo — si organizáramos una busca de huevos de Pascua para los pequeños mejicanos.

El espiritu altruísta prendió como pólvora en la asamblea juvenil y todos nos apiñamos alrededor de nuestra hermana:

—Oh sí, sí, vamos a hacerlo.

Y mi hermana accedió a nuestro ruego, aunque sabía muy bien que, durante la semana de Pascua, estaría de exámenes en la Universidad.

Al día siguiente se envió una invitación para setenta y cinco niños a la Misión Mejicana de la ciudad y fué aceptada con agradecimiento. Se escogió un parque adecuado para la busca, y se hicieron públicos el día y el lugar. Toda una semana necesitaron los niños de la Liga de Epworth y sus madres para cocer los huevos, teñirlos y adornarlos con dibujos de fanto se les ocurría. Se prepararon seiscientos huevos patasía, como conejitos, flores, caricaturas, y todo cuanra cien niños: setenta y cinco huéspedes de piel bronceada, y veinticinco jóvenes de la Liga.

Llegó el día y, por fin, el momento tan esperado de las tres de la tarde. Los padres de algunos de nuestros afiliados, animados de espíritu misionero, transportaron en sus coches a los huéspedes desde la Misión hasta el parque, y en el lugar designado se reunieron de esta forma los niños invitados, cada uno con una cestita que les fué regalada al brazo, esperando ansiosamente el momento de la señal para empezar la busca.

Mi hermanita sacó de su bolsillo un silbato de policía, y al hacerlo sonar los niños salieron en todas direcciones, como un enjambre de abejas que se hubieran soltado en un jardín florido. Agachándose un momento delante de cualquier matorral, divisaban un huevo, lo cogían, y, después de guardárselo, corrían adelante.

Al dar vuelta, en medio de los organizadores, mi hermanita se dió cuenta de un hecho extraño: sólo los niños de nuestra Liga recogían huevos en sus cestas. Con la idea de ayudar a los mejicanos, siguió paso a paso a un chico de éstos. Su rápida mirada descubrió el primer huevo antes de que ella tuviera tiempo de señalárselo, y se quedó atónita al observar que se paraba, no para guardar el huevo en la cesta, sino para zampárselo en la boca de un golpe con dibujos, tinte, cáscara y todo. En menos tiempo del que se cuenta, el huevo desapareció por el camino que acostumbra a seguir toda comida, y el niño prosiguió su busca. Mi hermanita paseó la vista a su alrededor, alarmada, y no vió más que a innumerables mejicanitos que devoraban los huevos en igual forma. A nadie se le había ocurrido pensar que aquellos niños desconocieran las reglas de nuestra costumbre de buscar huevos de Pascua.

Mi hermanita se quedó petrificada. La pintura debía ser veneno: estaba segura. Y por su mente pasó la visión de un largo cortejo funeral al día siguiente en Little Méjico. Intentó que guardaran aquí un huevo y allí otro, pero ellos se empeñaron en seguir en-

gulléndolos y así tuvo que presenciar, sin que le fuera posible impedirlo, que un chico se tragara delante de ella cinco, seis, siete, y hasta ocho huevos.

—¡Candler! — gritó con toda la fuerza de sus pulmones. Y éste acudió corriendo a su llamamiento —. Haz que deje de comer los huevos de esa manera — le suplicó —; se está matando.

Candler reprochó al chico su gula.

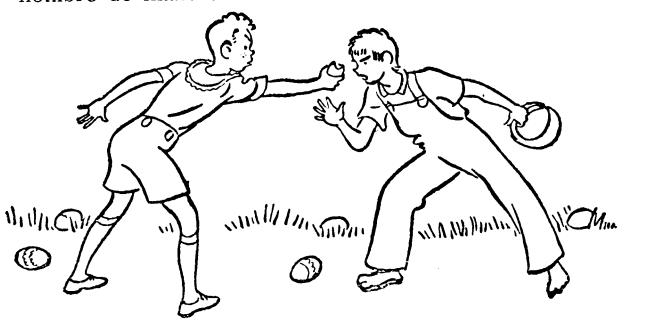
—Si te los comes así — dijo — vas a enfermar.

Pero como el muchacho no entendía el inglés, siguió adelante en su peligroso empeño, devorando cada huevo a medida que lo descubría. Candler sintió que se le erizaba el rojo pelo al verse desatendido de aquella forma. En su noble afán por salvar una vida, dejó aparte todo razonamiento y recurriendo al vulgar argumento de los puños abalanzóse sobre el chico y le arrebató un huevo a medio comer que tenía en la mano.

—Chicos, venid, que hay pelea — gritó alguien.

A los pocos segundos, los compañeros respectivos de los que peleaban se precipitaron a ayudarles; luego participó en la lucha toda la grey infantil y la empresa misionera acabó en una riña general entre los anfitriones yanquis y sus huéspedes mejicanos.

Ya en casa, mi hermanita dejó caer su cabeza en el hombro de mamá:



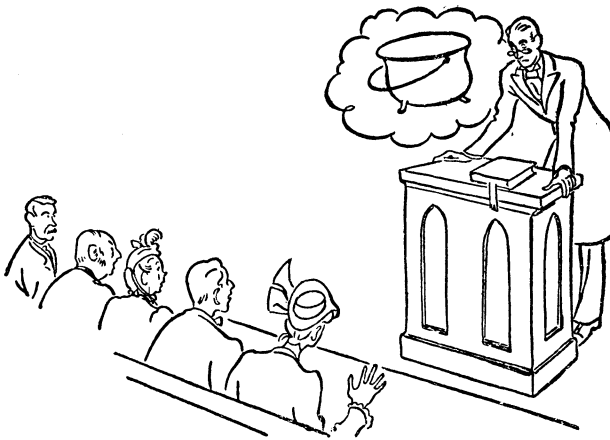
—¡Los he matado! — decía, sollozando —. ¡Mañana todos habrán muerto envenenados!...

Mamá se dirigió al teléfono:

—Doctor Baird — dijo a nuestro médico de cabecera —, la Liga de Juventud de Janette obsequió a los niños mejicanos con una busca de huevos de Pascua, y ellos se los han comido con cáscaras y todo. ¿Cree usted que la pintura puede hacerles algún mal?

Una carcajada estentórea salió del teléfono y resonó en la habitación:

—¿Matarlos? — aulló —. Si se tragan chili y comen tamales, un poco de pintura y cáscaras no les hará mucho daño...



REZAD SIN CESAR

Los compañeros de promoción de papá se maravillaban a menudo de que los ingresos de un predicador bastaran para dar de comer, vestir y aun educar en un colegio a ocho hijos.

Los honorarios de un clérigo metodista son del dominio público. Los miembros de la iglesia los conocen, ya que fijan las cantidades, y las pagan, y los demás ministros, y la congregación entera, tampoco lo ignoran, pues en los balances que se publican anualmente en la Conferencia constan los emolumentos de cada pastor, las cantidades concedidas y las pagadas, por lo que es sabido que "sólo es rico por su falta de riquezas".

Un día, la esposa de un pastor vecino dijo a papá:

—Hermano Porter, mi marido y yo sólo tenemos tres hijos y nos cuesta mucho trabajo salir adelante.

¿Cómo se las arreglan ustedes teniendo ocho hijos si nuestros ingresos son muy parecidos?

—Pues verá usted, hermana Preston — contestó papá, sonriente —, comemos muchas habichuelas y pan de centeno.

Los puritanos tenían la costumbre de decir que el pan moreno y el Evangelio llevan por el buen camino. Y nosotros, sin duda, íbamos bien con habichuelas, pan de centeno y el Evangelio. Pero existían también otros factores. "Con la oración se alcanza mucho más de lo que generalmente cree el mundo." Cuando la red de la vida de cualquiera, o la de la nuestra, se hacía un tejido de nudos, mamá, que charlaba poco con la gente, hablaba en estas ocasiones más con Dios. Después de esto, sin excepción y casi milagrosamente, los nudos se aflojaban y se presentaba una salida; que aunque no fuera la esperada, no por eso dejaba de conducir a otro camino menos penoso.

Papá también rezaba mucho, y sin cesar. Oraba por sus ovejas, por la salud de los enfermos, por las almas de los sin Fe y por el ánimo de los vacilantes. Empezaba temprano y no acababa hasta muy tarde. Todas las mañanas, durante el almuerzo, leía algo de las Escrituras y ofrecía una oración. Antes de irnos a la cama nos hincábamos todos de rodillas en un grupo familiar, mientras mamá, o cualquiera de nosotros, dirigía las preces. Lo hacíamos por turno, empezando por Hugh, el mayor, y continuando por orden de edad.

—¿A quién corresponde esta noche la oración? — preguntaba papá todas las noches.

—Anoche me tocó a mí — contestaba alguno.

Entonces papá daba la Biblia al que le seguía en años.

Todos estábamos acostumbrados a orar en voz alta, no sólo en la mesa y ante el altar familiar, sino tam-

bién en la iglesia y aunque a mí me enorgullecía ser un pequeño soldado de Cristo, me resultaba enojoso aquello de rezar en voz alta. Y no es que no quisiera hacerlo, ni que sintiera vacilación alguna para aproximarme a Dios; no, su personalidad es para mí tan grande que no podía avenirme a la idea de entrar en confidencia con El en presencia de otros. ¿Cómo puede decir un niño, en medio de los que le escuchan: "Dios mío querido, perdóname; hoy he dicho una mentira"? Los demás no necesitaban saberlo.

Y en un círculo familiar de catorce oídos juveniles, doce de los cuales pertenecían a chicos maliciosos, cualquier cosa que yo dijera a Dios en confidencia, podría ser usado más adelante por ellos contra mí misma, como una vez ocurrió con Gil. Cierta noche abrió su corazón a Dios en una plegaria ferviente e infantil, que acabó diciendo: "Y ayúdame a ser un buen chico. Amén."

Tras esto, nos levantamos todos y nos fuimos a la cama.

—Mamá — dijo Candler, rompiendo el ambiente de fervor que había reinado hasta entonces —. Me parece una tontería que cada vez que Gil reza tenga que decir: "Señor, ayúdame a ser buen chico" porque ya ves, sigue siendo tan malo como siempre.

Con el fin de salvarme yo de cosas parecidas, hacía cuanto me era posible para rehuir la dirección de las oraciones. Si era por la noche me excusaba diciendo que tenía demasiado sueño, y mamá entonces me relevaba. Luego, me precipitaba en nuestra habitación, tomando la delantera a mi hermana, y me hincaba de rodillas ante la cama, completamente despierta.

—¡Oh, Dios mío! — decía, en forma de excusa —. ¡Perdóname por no haberte hablado delante de los demás!

Y con la satisfacción de haber sido perfectamente comprendida, expresaba a continuación el sincero deseo de mi alma.

Pero no era tan fácil escapar del rezo en la mesa o

en la iglesia. Sin embargo, lo que no me costaba gran trabajo era aprender de los demás las palabras adecuadas al caso, y repetirlas en tono impresionante. Ya que todos habían de oír mi oración, que ésta fuera, al menos, elocuente. Para Dios, bastaban mis propias y sencillas palabras.

Antes de comer, Cecil dijo una vez:

—Señor, te agradecemos humildemente tus bendiciones. Perdónanos nuestros errores. En nombre de Cristo, amén.

Aquello me pareció perfecto. Lo mismo se podía utilizar como bendición en la mesa, que como oración en la iglesia. Lo retuve en la memoria y, durante unos cuantos meses. lo sacaba a relucir cuanto tenía ocasión no sin que protestaran mis hermanos.

—Papá — dijo Gil con desprecio —, Alyene no reza. Se guarda lo suyo y no hace más que repetir lo que oye a los otros.

—Al menos — repuse, en defensa propia — así me doy perfecta cuenta de lo que digo.

Fué como si hubiera frotado con sal una antigua herida de Gil. Porque cuando era muy pequeño, en aquellos tiempos en que uno dice oraciones como quien piensa "ahora me echo a dormir", un campesino le regaló un pollo para que lo cuidara y jugara con él y pronto le llamó "Kiki-ri-ki".

—Mamá, ¿tienes algún desperdicio para kiki-ri-ki? — preguntaba. O bien —. ¿Oyes cómo canta kiki-ri-ki?

—¿Pero de dónde has sacado ese nombre tan raro...?

—Verás — replicó Gil, dándose importancia —: cuando canta kiki-ri-ki, me despierto y digo: Señor, tenme tu cielo abierto.

A la reunión nocturna que se celebraba los miércoles, para rezar, se esperaba que cada uno de los presentes ofreciera una oración corta. De mi aversión a

orar en voz alta participaba, sin duda, mucha gente porque había menos concurrencia en este servicio que en cualquier otro. De todos modos, nosotros, pese a los deberes del colegio, siempre asistíamos; de modo que papá podía contar en cualquier momento con un mínimo de nueve fieles.

Sin que él lo supiera, habíamos tomado el acuerdo de entrar en la iglesia, en vez de por parejas, uno en uno. ¡Era tan gracioso observar las reacciones de papá! Diez minutos antes que empezara el oficio íbamos entrando uno tras otro. Cada vez que resonaban pasos en el vestíbulo el rostro de papá se iluminaba. "¿Qué fiel oveja sería la que acudía esta noche, desafiando la lluvia?", pensaba, y su vista quedaba fija en la puerta, intrigada, mientras ésta se abría y daba paso no a un concurrente inesperado, sino a cualquiera de sus hijos, con cuya asistencia sabía que podía contar de antemano. Su cara reflejaba entonces un amargo desengaño. Y como esto ocurría ocho veces antes de que empezara cualquier reunión, el rostro de papá pasaba de la esperanza alentadora al decaimiento de la desilusión.

En cierta ciudad, además de mamá y sus ocho hijos, podía contar con otro concurrente: el beato hermano Jasper. Todos los miércoles por la noche, lloviera o granizara, hiciera viento o cayera nieve, acudía para sentarse en el mismo rincón, en el mismo banco, y recitar la misma plegaria. Lo hacía para compensar la ausencia de sus dos hijos, que nunca proyectaban su sombra en la puerta de una iglesia y que se pasaban los días en constante vida escandalosa, jugando al póker y a la treinta y una. Cuando llegaba el momento de la oración y papá decía: "Vamos a rezar.

¿Quiere alguno ofrecer una oración?", el hermano Jasper era siempre el primero en contestar:

—¡Oh, Señor! — decía cada día —, mis hijos están allí, jugando al póker y a la treinta y una. ¡Apiádate de ellos! — Tras cuyas palabras se quedaba dormido en el acto y lo dejaba todo en manos del Señor.

Después de que cada miembro de la familia había expresado en voz alta sus súplicas volvíamos a casa y celebrábamos la acostumbrada oración familiar. La postura adecuada se nos había hecho tan natural como estar en pie o sentados. Y prueba de ello fué lo que ocurrió cierta noche de un domingo. Hacía una hora que habíamos regresado de la iglesia y ya empezábamos a reunirnos para el culto familiar cuando mamá, mirándonos, dijo con mucha seriedad:

—Papá, falta uno.

Se suspendieron las oraciones mientras papá volvía a la iglesia .Y allí encontró a Gideroy entre el primero y el segundo banco, tal como se había puesto de rodillas para recibir la bendición, y profundamente dormido.

El hábito de la oración echó profundas raíces en nuestra juventud, pero al entrar en la vida se presentaron algunos fallos.

Cierto domingo por la tarde, en el momento en que nos disponíamos a salir para la "Liga de la Juventud de Epworth", papá fué retenido por la llegada de una pareja que deseaba casarse. Los chicos habían salido ya para la iglesia, y papá nos envió a mi hermana y a mí para que empezáramos el servicio mientras él efectuaba el enlace. Como mi hermana tenía entonces diez años y yo seis, se hizo cargo de ello en razón de su mayor edad. Cantamos: "Cuando se pase lista más allá" con tanto brío como eran capaces quince chiquillos dejados en plena libertad.

—Ahora, vamos a rezar — dijo mi hermanita con solemne fervor —. Cada uno de vosotros que haga su

ruego. Decid a Jesús, sencillamente, lo que tenéis en el corazón.

Al pisar papá el vestíbulo, treinta rodillitas estaban hincadas en plena oración, y unas voces infantiles elevaban sus peticiones al cielo. Se detuvo esperando un momento más adecuado para entrar.

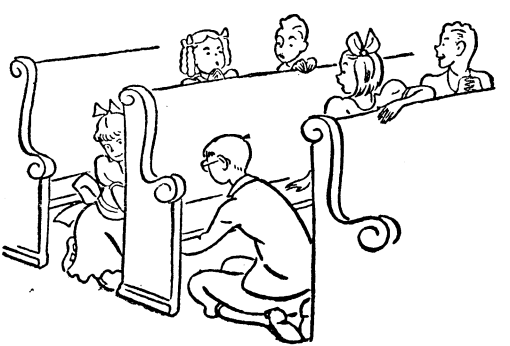
Como aquella misma semana mi hermanita había hecho en la ciudad la conquista de un chico de diez años, de los más solicitados, y pretendía ser su novia con el consiguiente despecho de Plassette Brown, ésta fué la primera en contestar, soltando espontáneamente lo que contenía su corazón.

—Querido Jesús — dijo —, haz que la hija del predicador no me quite el novio, y devuélvemelo.

Siguió un pesado silencio. Desde el pasillo en el que se encontraba papá veía a Edd, arrodillado de espaldas a su banco, dando la mano por debajo a Sarah Gross, que arrodillada también en la fila inmediata, se sintió inspirada por la franqueza de la petición que Plassette acababa de hacer a Dios.

—Por favor, Padre querido en el Cielo — dijo por su cuenta, mientras apretaba la mano de Edd —, sabes que necesito un marido: dame a Edd para mí.

Y retrasando aun más su entrada, papá reconoció luego la voz aguda de la hija de su ayudante que decía:



—Dios querido, haz que papá y mamá dejen de reñir el uno con el otro.

Todos los veranos, durante las fiestas de la Renovación, las tardes se dedicaban a reuniones piadosas. Los hombres se veían en la sección de negocios, las mujeres en su casa y los niños en la iglesia. Cierto verano tuvimos como directora para cantar los himnos a miss Paddy, una profesora de música, de edad regular y tarda de oído. El devoto servicio siempre era igual. Uno de nosotros escogía un himno, lo cantábamos todos y luego nos poníamos de rodillas para rezar: miss Paddy en la tarima del piano, y nosotros en nuestros bancos.

Así aguantamos dos días. Pero el tercero empezaron a inquietarse hasta nuestras cabecitas, tan ricas de imaginación. Había que improvisar más oraciones. Después de haber repetido diez de nosotros casi con las mismas palabras "Dios bendiga a los pecadores y les inspire arrepentimiento", vimos al fin agotados nuestros recursos. Sin embargo, al cuarto día, la pequeña Lizzie White entró trayendo un "salvavidas": un librito de oraciones. A poco de habernos arrodillado todos, lo sacó de su bolsillo, leyó una oración y se lo pasó a su vecina. Con renovado interés por la reunión, fuimos leyendo las hermosas peticiones preparadas de antemano, y los últimos días navegamos en un mar de deliciosa calma, hasta que acabaron las fiestas.

Una de aquellas oraciones terminó por ser mi favorita. La leí varios días seguidos y me quedó en la memoria, como muy apropiada para cuando se me presentara la ocasión de rezar en voz alta. A la semana siguiente me tocó una noche dirigir el culto familiar, no hubo manera de evadirme. Estaba bien despierta, y con gusto cogí la Biblia cuando papá me la entregó. Leí "El Señor es mi Pastor, nada me faltará...", y todos nos arrodillamos para orar.

—"Dios te salve, María, llena eres de gracia"—empecé en un susurro dramático —. "El Señor es contigo". — Y luego, con brío. — "Bendita tú eres entre todas las mujeres... Santa María, madre de Dios, ruega por nosotros, pecadores..."

Papá tuvo de repente un acceso de tos, y mamá no pudo reprimir la risa.

Hasta papá tuvo sus fallos rezando. Una noche, mientras salía por la puerta, camino de la piadosa reunión, mamá le dijo:

—No te olvides, papá; pregunta a la señora Gingle si nos puede prestar su barreño para mañana.

Papá estaba aquel día más cansado que de costumbre, y al llegar el momento de las peticiones, mientras el hermano Sankey recitaba una lista interminable de instrucciones a la Divinidad, debió de quedarse dormido. El murmullo de la voz del hermano Sankey paró, y papá despertó de repente, dándose cuenta de que le tocaba a él acabar la oración. Y, aun bajo el dominio de su subconsciente empezó con mucha unción:

—Padre Santo en el Cielo, bendice el barreño...

Nunca se lo ha perdonado.

Otra mañana, papá estaba entreteniendo a una de sus nietecitas antes del almuerzo. Los oíamos en la sala:

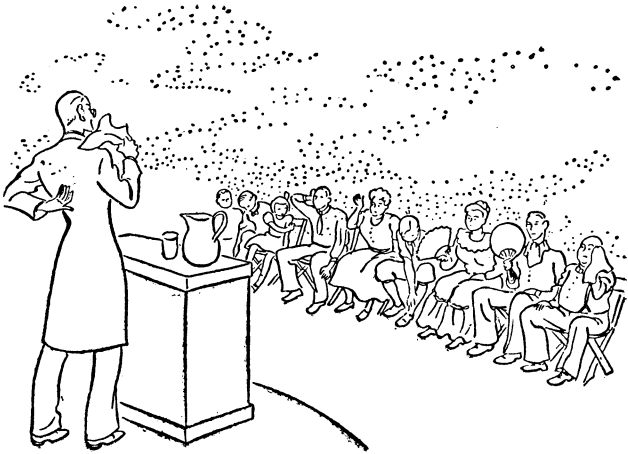
—¿Quién es la mimada del abuelito?

—Carolina.

—Está bien — dijo —. Tira ahora la pelota al abuelito. ¡Esta niña es muy mona! Ahora da algunos pasos con el abuelito. ¡Esta niña sabe mucho! — Y cuando oyó la llamada para el almuerzo, añadió: —El almuerzo está listo. Abuelito te va a llevar a la mesa.

Papá no hace transiciones rápidas. Sentado a la mesa, y mientras todos doblamos la cabeza, empezó la bendición: "Abuelo nuestro en el cielo, te damos las gracias..."

Tampoco esto se lo perdonó.



RENUEVA UN ESPIRITU NOBLE EN MI

Así como el domingo eclipsaba para nosotros a todos los demás días de la semana, había también dos temporadas en el año que hacían palidecer a las restantes: la época de la Conferencia de Octubre y la de la Renovación, en el verano. Esta última, por coincidir con la época de inactividad en los trabajos del campo, en los negocios y la escuela, permitía acudir a la iglesia constantemente.

Los nuevos feligreses venían a la iglesia procedentes de la escuela dominical. Pero, en nuestra infancia, era la religión de los tiempos antiguos, voceada vigorosamente desde el púlpito, la que atraía a los pecadores al altar y los dejaba definitivamente convertidos. Muchos jefes cristianos de nuestros tiempos fechan sus actividades en la vida a partir de la

hora de su conversión en una ceremonia de Renovación, ya que al finalizar estas reuniones, acudían numerosos devotos a engrosar las huestes del Señor. Aquella era la época de la cosecha para la iglesia. Las semillas se iban plantando durante todo el año; se segaban las mieses, las briznas delicadas y los tallos más robustos durante las dos semanas que duraba el servicio, y la última noche se reunían las gavillas entrándolas en la iglesia.

Todos estos trabajos los realizaba papá lleno de gozo; pero el momento en que culminaba su exaltación era al "recoger las gavillas". El celo que ponía y la profunda alegría que le embargaba al poder guiar las almas hacia el reino de Dios, se aprecian mejor en una relación escrita que guarda con cariño, donde constan los nombres de todos los convertidos durante las épocas de Renovación.

Siempre acostumbramos a recordar con mayor intensidad lo que nos ha producido mayor angustia, y uno de los convertidos quedó particularmente grabado en la memoria de papá.

Fué una noche en que iba dando tumbos en su cabriolet, por un camino vecinal hacia un pueblo donde le habían encargado que celebrara una Reunión de Renovación. Nunca había estado allí, ni conocía a nadie. No obstante, llevaba la dirección de la casa de Dan Holden, donde había de alojarse. Papá procuró darse prisa en llegar, sobre todo al darse cuenta de que anochecía y para ello fustigó con las riendas el lomo del viejo "Henry". Pero apenas había logrado que de esta forma el caballo apresurara algo su paso, cuando de repente tiró de las riendas y lo paró en seco. En la semioscuridad del ocaso papá había visto a un hombre que andaba tropezando pesadamente a lo largo del camino. Sujetó las riendas al cabriolet y se apeó.

—¡Eh, déjeme que le ayude! — gritó mientras ofre-

cía al hombre el apoyo de su brazo, al tiempo que le sostenía por la cintura.

—Me parece — le contestó una voz gangosa — que estaba a punto de caer, ¿verdad, amigo? — Y a la nariz de papá llegó su aliento cargado de alcohol.

Dándose cuenta en el acto de que no sólo estaba ayudando a un cuerpo enfermo, sino también a un alma descarriada, papá le ayudó a subir al cabriolet.

—Le llevaré adonde quiera ir — le dijo.

—¡Ah, ah! Es que no voy a ninguna parte, amigo — declaró el vagabundo, dándose alegres palmadas en las rodillas regocijado por la broma que estaba gastando a papá.

—Entonces, le llevaré a su casa — dijo papá.

—No es fácil — chapurreó el otro —. Hace mucho tiempo que me fuí de ella, y no puedo volver.

Metió la mano en el bolsillo de atrás, y con gran esfuerzo logró sacar una botella medio vacía:

—Es usted un buen hombre — afirmó, ofreciendo con mano temblorosa la botella a papá —. Tenga, eche un buen trago.

Papá cambió la conversación, y empezó a pensar adonde dejaría su extraña carga. Pero no lograba convencerse a sí mismo de la necesidad de deshacerse de aquel hombre y seguir adelante. Por otra parte, no conocía a nadie en la ciudad.

—Pediré a los Holden que le den albergue esta noche — decidió por fin — y si no tienen sitio más que para uno, dormiré en el rellano.

Detuvo el carruaje ante la casa, y los Holden cruzaron el jardín, saliendo a su encuentro.

—Traigo un amigo conmigo — explicó papá —, Señora Holden..., señor Holden... Les presento al señor Lane. No sé si podrán ustedes darle hospitalidad por esta noche...

—No faltaba más — asintió el señor Holden, cordialmente —. Cualquier amigo del reverendo es bienvenido a esta casa. Señor Lane, no tiene más que apearse y seguir a mi esposa. Yo acompañaré al her-

mano Porter a la cuadra para desenganchar el caballo.

Mientras dejaban al caballo en la cuadra, el ebrio caminante se instaló a sus anchas en la sala. Había puesto los pies sobre una mesa, y charlaba confidencialmente con la señora Holden y su madre, que se deshacían por atender a su huésped.

—Saben ustedes — les decía, con un guiño de satisfacción —, el reverendo y yo hemos pasado un buen rato — sacó la botella, la acarició, y prosiguió —: El echó un traguito, y yo otro. Y por cada trago que bebía él, trago que me echaba yo. Sí, sí, el predicador y yo somos buenos camaradas.

Las pruebas circunstanciales son muy fuertes. Pero papá hizo frente a ellas y celebró con éxito su Renovación. Y entre los convertidos contó con aquel discípulo del demonio. Se hizo tan íntimo de papá que acabó por dejar de beber y asistió a la predicación. La tercera noche se instaló ya en el banco de los arrepentidos.

—¡Me vuelvo a casa! — gritaba entusiasmado. Y esta fué su despedida.

Durante varios años, me extrañó que papá predicara tanto sobre el tema "Hágase la luz". Y mamá me dió la siguiente explicación: "En los primeros años de su ministerio, papá celebró reuniones a menudo en campamentos. En cierta ocasión, acudieron en carretas familias que vivían a varias millas de distancia, reuniéndose en un valle, donde acamparon. Traían consigo jergones de muelles, colchones, utensilios de cocina y víveres. En el centro de una arboleda, debajo de un árbol muy grande, se celebraban cultos mañana, tarde y noche. Por espacio de tres semanas, la comunidad, instalada sobre ruedas, dormía, cocinaba, comía y alababa al Señor al aire libre.

La luz necesaria para el servicio nocturno nos la

daban lámparas de petróleo que colgaban de los árboles a distancia irregular en toda la extensión.

Arrodillado sobre el heno delante del altar, bajo la luz difusa que venía de la arboleda, se encontraba cierta noche un joven que noche tras noche se había aproximado al banco de los arrepentidos luchando con su propio endurecimiento. Se ha dicho que los hombres desean verse librados de las funestas consecuencias de sus vicios, más que de los vicios en sí. Sin embargo, era indudable que este penitente se mostraba sincero en su deseo de reforma; pero como sus pecados eran muchos, le costaba ceder. Arrodillados muy cerca de él, orando de todo corazón, había un buen número de devotos al lado de papá. Rezaban, y el coro cantaba suavemente. Pero él no se movía. Volvieron a rezar, y cuando el coro empezó

Si te pesa el fardo de tus pecados
Deja a Jesús que penetre en tu corazón.

sonaron unos pasos apresurados por la parte opuesta de la arboleda. Un fornido joven se precipitó hacia el contrito. Era su mejor amigo, convertido la noche anterior. Se abrió camino a través del grupo, y colocó sus manazas rugosas sobre la cabeza inclinada. Sacudiéndole violentamente, le preguntó con conmiseración:

—¿Qué te pasa, amigo? ¿No puedes contigo mismo? — Y luego, con la ayuda de unos buenos porrazos, siguió insistiendo —: Decídete de una vez, hombre, decídete de una vez...

Papá aguantó la situación tanto como pudo; y después le dijo, en voz queda:

—Lo siento, chico, ¡pero tienes la cabeza muy dura...!

"El orden antiguo cede paso al nuevo." Los campamentos, con sus lámparas de petróleo, fueron reemplazados por tabernáculos de madera alumbrados eléc-

tricamente; y a medida que se iban edificando iglesias, las reuniones de Renovación se celebraban bajo techado, pese al calor reinante. Pero aquellas luces más brillantes iluminaban al fin los mismos dramáticos procesos, y atraían idénticos parásitos de verano: mosquitos, polillas, moscas, mariposas nocturnas y otros insectos que invaden las noches en Texas. Creo sinceramente a los eruditos cuando afirman que "Belcebú" significa "Príncipe de las moscas", pues, en general, las reuniones de Renovación constituían una empeñada lucha a brazo partido, sostenida por el evangelista y sus Escrituras, contra las fuerzas aliadas del pecado y de los mosquitos. Hacían falta firmeza y gracia, combinadas, para lograr elevar el espíritu de la asamblea por encima de aquellas matanzas; pero la victoria era siempre, al final, del evangelista.

Todos los veranos, papá pasaba varias semanas fuera de casa celebrando Renovaciones para otros pastores; pero raramente cuidaba él de tal fiesta en su parroquia. Se aseguraba para ello la colaboración de un equipo profesional: un evangelista y un cantor del evangelio. Esto se hacía con el objeto de que aquellas dos semanas de exaltación contrastaran con el culto normal de los domingos. Con varios meses de antelación papá enviaba cartas a uno y otro punto del país, para asegurarse los mejores colaboradores posibles. Unas famosas combinaciones — por ejemplo: un evangelista exaltado, con un cantor de modulaciones persuasivas — eran objeto de gran demanda y se tenían que contratar con algunas semanas de anticipación.

A medida que se aproximaba la fiesta religiosa, papá procuraba poner el templo a tono con la solemnidad. Cuidaba de que los bancos recibieran una nueva capa de barniz; asignaba a las feligresas los días respectivos en que les tocaba alojar a los predicadores; encargaba a los chicos que clavaran en cada poste de teléfono carteles con grandes letras anun-

ciando la fiesta; convencía a uno de los comerciantes para que regalara docenas de abanicos de hoja de palmera; anunciaba la Reunión en los pequeños intervalos de cada servicio, y acababa todas las conversaciones con: "Nuestra Renovación empezará del domigo en quince días." O bien: "Sólo falta una semana para nuestra Renovación."

Toda la comunidad hacía comentarios sobre la reunión. Las mujeres limpiaban sus casas, elaboraban pasteles y dulces y discutían por encima de las barandillas las comidas que tenían que preparar aquellos días en que los predicadores comerían en su compañía. A mamá no se la veía más que a través de la nube de polvo que levantaba el aseo general de la casa, porque el evangelista tenía por costumbre alojarse en la casa parroquial. Muchos hombres de la comunidad trabajaban horas extraordinarias con el fin de tener tiempo disponible para aquellas jojrnadas, ya que se celebraban servicios matutinos y reuniones de oración por la tarde, además de los cultos nocturnos. Nadie pensaba en marcharse; al contrario, se invitaba a los parientes a que acudieran como visitantes y, para que al mismo tiempo, tomaran parte en la reunión. Los enamorados suspiraban extasiados ante la perspectiva de que durante toda una bendita quincena podrían verse todas las noches. Un ambiente de ilusión florecía en toda la comunidad mientras duraban las fiestas. El cantor del Evangelio, un hombre que parecía peretenecer a otro mundo, y generalmente soltero, era objeto de las débiles esperanzas de muchos corazones femeninos.

En todo tiempo había varios miembros de nuestra familia que sufrían las palpitaciones del primer amor, y al llegar la época de la Renovación, me asaltaba el temor de que ésta pudieran provocar la pérdida de alguno. Mi único barómetro consistía en vigilar estrechamente a los cinco hermanos y hermanas mayores durante el servicio de los coros. Si miraban ante sí mientras cantaban:

Y anda conmigo, y me habla
Y me dice que soy suyo

podía estar tranquila. Pero si miraban con segunda intención a los ojos de alguien que pareciera sentado a gusto a su lado, se me encogía el corazón.

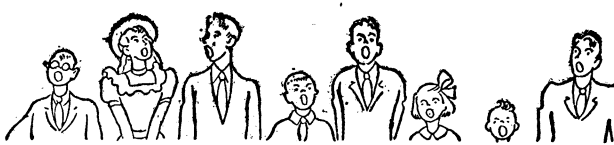
Siendo niña, veía aproximarse la época de la Renovación no sin cierta emoción mezclada de alegría y temor. Que habría de ejercer profunda influencia en nuestra vida era evidente, a juzgar por el entusiasmo de papá. Los servicios eran largos: empezaban a las ocho, y, a menudo, duraban hasta pasada media noche. Esto obedecía a que, en realidad, se hacían tres servicios en uno. El primero lo constituía el coro, que tardaba cuarenta y cinco minutos; luego venía el sermón, que duraba lo menos una hora, y, finalmente, el servicio del altar que solía prolongarse hasta que el evangelista se daba cuenta de que había llegado el momento de cerrar. Los dos primeros eran sólo preparatorios del servicio del altar, y en éste, como más importante, los pecadores se aproximaban al banco de los arrepentidos en busca de su salvación.

Yo asistía gozosa a este largo servicio. Sentada en el banco delantero, balanceando las piernas al compás de la música y gorjeando en medio de la armonía general, aunque, en realidad, tratando de competir con los demás niños. Todo esto era delicioso, especialmente cuando el director del coro decía: "Ahora vamos a dejar que canten sólo los niños." Las venas se hinchaban en nuestras gargantitas, los rostros infantiles enrojecían de entusiasmo y las cuerdas vocales se estiraban hasta casi romperse mientras nosotros, con la cabeza levantada, aullábamos:

"Confiaaaando, confiaaaando,
yo estoy confiando en las promesas de Dios."

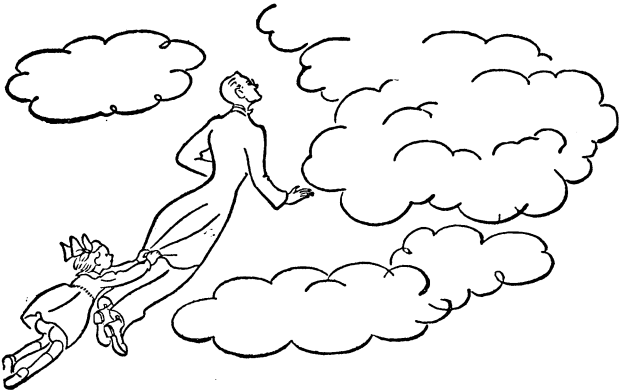
Sin embargo, durante el sermón no me sentía a gusto. Estaba acostumbrada a las pláticas dominicales de papá, dirigidas generalmente a sus feligreses, y aunque en ellas se expresara briosamente, era raro que golpeara con el puño o levantara la voz, como lo hacía el evangelista para "aplastar las pasiones". Pero,

"Doquiera eleva Dios una casa de oración,
el diablo también edifica su capilla
y fácil nos será, si fijamos la atención,
ver que ésta última atrae y maravilla"



Los sermones de Renovación estaban llenos de fuego y de azufre, a fin de conmover a los miembros de la comunidad con la descripción de los horrores del infierno y de los demonios, que siempre resultaban ser muchísimos. El horno en llamas, y su cámara de torturas, se describían con palabras de ardiente realismo, pues convertir a un pecador endurecido es batalla que requiere gran consumo de munición. Yo no encontraba manera de alejar de mí la idea de que todo aquello me estaba destinado.

Aquellas vívidas imágenes de castigos al fuego eterno me perseguían en sueños, sobre todo desde que secretamente me consideraba a mí misma como una pecadora. No quiero decir con esto que hubiera transgredido gravemente la ley de Dios; pero la verdad es que nunca había sido convertida. Nuestra profesora de la escuela dominical nos había relatado la historia de la conversión de Saúl, diciéndonos que encontrándose camino de Damasco para ir a perseguir



a los cristianos, observó una luz celestial que le dejó ciego durante tres días, y que después de su conversión cambió su nombre por el de Pablo. Como yo nunca había observado ninguna luz celestial, ni había sido cegada, y mi nombre continuaba siendo el mismo que me impusieron al nacer; como nunca me había sentado en el banco de los arrepentidos, la conclusión no podía ser más que ésta: era una pecadora.

Muchas veces, después de oír aquel terrible desafío desde el púlpito: "Si murierais esta noche, ¿estaríais preparados?" llegué a colocar, impulsivamente, un pie en el pasillo de la nave con intención de seguir adelante; pero la vista de papá, allí en pie, me paralizaba. No me sentía con valor para hacer frente a la desesperación que de él se apoderaría en el momento en que se enterara que su hija era una pecadora.

Cuando menos lo esperaba se me presentó otra oportunidad. En el curso de un sermón dominical que se celebraba en nuestra iglesia, el obispo dijo humorísticamente que esperaba ir al cielo asido a los faldones de la levita de papá. Entonces pensé que si esto lo podía hacer el obispo, mejor lo podría hacer

yo, pues teniendo siempre cogida una de sus manos y balanceando su brazo, me sería muy fácil, el día que se marchara al cielo, agarrarme antes que nadie. Así, confiando en papá para alcanzar un rinconcito en el paraíso, en adelante tapé mis oídos con algodón y sonreía burlona al evangelista cuando describía las consecuencias del pecado.

Sin embargo, a veces sus gesticulaciones se hacían tan expresivas que, instintivamente, me llevaba los dedos a los oídos para quitarme los tampones, vivamente interesada en no perder las palabras con que acompañaba sus gestos y ademanes. A propósito de esto tengo un imborrable recuerdo de cierto predicador, de seis pies de altura, que poseía una especial agilidad. Ordenó que se construyera una plataforma de quince pies de ancho, detrás del púlpito, por la que se paseaba mientras pronunciaba su discurso, interrumpiéndose de vez en vez para retirar una de sus largas piernas, y simular con ella un gran puntapié hacia el auditorio, acompañando el gesto con estas palabras: "¡Fuera de aquí, Satán, con tus pompas!" El efecto no falló, pues Satanás y muchas de sus artimañas fueron expulsados de gran parte de los feligreses durante aquella Renovación.

No obstante, el sermón del infierno sólo era, en realidad, el preliminar del servicio del altar. Con ello, la atmósfera se llenaba de vibraciones emotivas y cuando cantaba el coro los cristianos hacían "trabajo personal" entrando y saliendo por entre los pecadores, y hablando con ellos en voz baja de sus pecados. Siempre deseé entender las palabras que se decían, pero éstas quedaban ahogadas por el canto. No podía hacer más que estudiar la expresión de sus rostros. Los de los "trabajadores" reflejaban seriedad y a veces ésta se manifestaba en el semblante de los réprobos. En otras ocasiones, sólo mostraban una contumaz indiferencia, y, a menudo, alguno que se sentía "poseído de convicción", únicamente necesitaba la palabra alentadora y exacta para, cogido del brazo

del cristiano, encaminarse al altar y rezar. El esfuerzo de llevarse los pecadores hasta él creaba una atmósfera de tensión.

Todas las noches escogía yo una persona, generalmente la que suponía más incrédula, y me concentraba. Fijando en ella la vista con empeño, iba repitiendo una y otra vez en voz baja: "Irás al altar esta noche, irás al altar esta noche, irás-al-altar-esta-noche." Y si esto ocurría, mi *ego* me daba entonces una palmadita en la espalda.

Otros niños hacían a menudo "trabajo personal", pero yo nunca tuve para ello el valor necesario. Me lo impedían dos razones: yo misma era pecadora, y por lo tanto descalificada; y el corazón me desfallecía ante la idea de lo que hubiera sentido la víctima al verse aludida como pecadora en medio de la multitud.

Pero mi hermanita era más atrevida. Cuando sólo tenía diez años, los pecados de una pequeña compañera de escuela, que vivía al otro lado de la carretera, llegaron a acongojar tanto a su alma que al verla cierta noche en la congregación, se vistió la armadura divina y, cruzando la multitud, dirigióse a su lado.

—¿No quieres ser cristiana? — susurró suavemente en el oído de la niña.

—¡No, maldita sea...! — fué la descortés contestación, a la vez que enviaba una bofetada a la cara de mi hermana. Y apretando el puño, dispuesta para otro golpe, la amenazó —: ¡Y además, vete de aquí!

Aquel fué el principio y el fin de la carrera de mi hermanita como "trabajadora personal".

Un año de aquellos, papá obtuvo el concurso del llamado "niño prodigio" para ayudar en la Renovación. Aunque no tenía más de quince años de edad, su elocuencia atraía tanta concurrencia que se llenaban las naves laterales y todo el espacio disponible.

Se alojó en la casa parroquial y todas las tardes se las pasaba en nuestra habitación delantera, preparando y ensayando su sermón de la noche, palabra por palabra. Al otro lado de la puerta, Candler y yo nos echábamos al suelo, con el oído pegado a la ranura entre la madera y el suelo, para escuchar su oratoria. Y cuando el niño prodigio elevaba su voz suplicante diciendo: "¿No quieres venir a colocar tu mano en la mía, y confesar que quieres llevar una vida de cristiano?" teníamos que reprimir nuestro impulso para derribar la puerta y agarrarle de la mano.

Hay un antiguo refrán que dice: "La moral es una cosa de latitud y longitud". En igual forma, los juegos de los niños reflejan su ambiente geográfico y emocional. Los hijos de los eclesiásticos del Sur, juegan preferentemente, como es lógico, a la Renovación. Todas las semanas, durante la estancia del niño prodigio en la parroquia, otro prodigio aun más niño que él, llamado Candler, pronunciaba un ferviente discurso detrás de una caja de jabón a guisa de tribuna, en la parte posterior de la casa, después de lo cual nos dedicábamos a cantar y rezar por los niños de la vecindad que habíamos logrado arrastrar al banco de los arrepentidos.

El pecador más empedernido de todos ellos era Gerald Stewart. Nunca obedecía los mandamientos, y se obstinaba en rechazar la conversación sobre este tema.

—¿Tienes intención de cambiar de vida? —le preguntaba Candler.

Y Gerald contestaba, como en un reto:

—¡No!

Le exhortábamos, abogábamos por él, rezábamos; pero todo era en vano; Gerald no se ablandaba. Y nosotros cerramos nuestra pequeña reunión el mismo día que el niño prodigio cerró la suya, muy preocupados por el alma del pequeño Gerald.

El año siguiente enfermó el evangelista que papá

había contratado, y no habiendo otro remedio él mismo intervino en su Renovación. Por aquel tiempo, el "Ku-klux-klan" estaba haciendo estragos en la comarca. Papá no podía solidarizarse con él, ni tampoco adoptar una actitud hostil. En consecuencia, guardó silencio. La última noche de la reunión, cuando estaba en lo mejor de su plática, se presentó de repente y en silencio, en la puerta de la iglesia, uno de los miembros del "Ku-klux-klan", revestido con su amplia capucha y fué deslizándose por la nave central, en dirección al púlpito. El sano rostro de papá palideció intensamente. Cuando aquel espectro se detuvo a su lado, papá tragó saliva y los feligreses, llenos de terror, abrieron desmesuradamente los ojos. Por la imaginación de aquella gente cruzó la visión de su predicador, colocado en la cima de una montaña, con la levita convertida en una capa de brea y plumas. Pero el intruso fantasma se limitó a abrazar a papá con un brazo, mientras le presentaba, en la otro mano, un fajo de billetes. Luego se retiró, tan silencioso como había entrado. Y la emocionada voz de papá pidió:

—Vamos a cantar "Alabado sea Dios, de quien emanan toda clase de bendiciones".

Aquello nos dió la idea de organizar un "Ku-klux-klan" infantil, y los días siguientes constituyeron un reino de terror en nuestra vecindad. La pintura encarnada que había sobrado de repasar las sillas de preferencia de la iglesia, sirvió para estampar en las paredes de las dependencias no habitadas de nuestra casa, cráneos y fémures cruzados. Como el "Ku-klux-klan" tenía la costumbre de embadurnar a sus víctimas con brea y plumas y el pecador Gerald aun continuaba recalcitrante, se nos ocurrió elegirla como víctima apropiada para empezar. ¡Ya veríamos si se resistiría a convertirse!

Pero lo primero que necesitábamos eran brea y plumas. De puntillas, y con mucho sigilo, recogimos en la cocina los ingredientes para confeccionar una

brea de nuestra invención. Almíbar, harina, vainilla, y una botella de tinta negra, mezclados en uno de los morteros de mamá, junto con unos cuantos puñados de hollín, constituyeron una mezcla breosa altamente satisfactoria. Pero aún nos faltaban las plumas. Y en aquel momento preciso, vimos que el elemeno deseado se paseaba por el patio. En un rincón, cerca de la valla, una vieja gallina cloqueaba alegremente metiendo las patas en el estiércol. Mientras yo me deslizaba detrás de ella a fin de sujetarla, Candler la agarró del cuello para apagar sus gritos. La llevamos detrás de la casa donde nos esperaba el resto de la pandilla y allí le pedimos prestadas unas cuantas plumas de las más finas, no dándonos cuenta de la importancia del impuesto a que la habíamos sometido, hasta que al dejarla ir la oímos con espanto protestar indignada a través del patio; sólo le quedaban algunas de sus plumas más largas en la cola y en las alas.

Bien pertrechados para el místico ritual, nos fuimos en busca del incrédulo Gerald y lo acorralamos. Candler le despojó de su camisa, como "gran brujo" de la asociación secreta, y le aplicamos en las rollizas espaldas la brea de almíbar, después de lo cual Gerald fué soltado. Al punto salió disparado por la puerta, atravesando el patio, en direcicón a la calle, sin cesar de gritar desesperado:

—¡Mamá! ¡Mamá! ¡Socorro!

Inmediatamente le rodearon su madre y todas las madres de la vecindad.

Un amigo de aquella época y miembro de nuestra pandilla, me asegura que aun hoy no puede oír los vocablos "Ku-klux" sin que un estertor doloroso le acometa al recordar lo que su madre le hizo aquella memorable tarde en que Gerald fué "sometido".

MIRAD, SUBIMOS A JERUSALEN

De la misma forma que una vez al año se congregan los judíos en Jerusalén para "la fiesta del perdón", así van anualmente nuestros predicadores a su Jerusalén metodista: la Conferencia anual. Y aunque papá decía siempre que las jornadas de la fiesta de Renovación eran las más hermosas del año y las más importantes después de la Conferencia, nosotros no estábamos conformes. Porque la Renovación, y aun el entusiasmo de Navidad, palidecían hasta casi parecer insignificantes comparadas con aquella semana de octubre de cada año en que nos enfrascábamos en la contemplación del mapa de Texas, esperando ansiosos el momento en que la Conferencia anual nos señalara la nueva ciudad en la que habíamos de instalarnos.

Sin la palabra "conferencia" un vocabulario metodista no estaría completo. Existen la Conferencia de la Iglesia, que se celebra cada vez que el pastor lo considera oportuno; la Conferencia trimestral, a la que el presidente decano concurre; la Conferencia

del Distrito, cuando se reúnen los delegados en una iglesia central del distrito para dar cuenta de sus asuntos y, finalmente, la Conferencial anual, bajo la presidencia del obispo.

A mis ojos, el obispo adquiría las proporciones de un bondadoso Gulliver dominando a los liliputienses predicadores y sonriéndoles benévolamente cuando se apiñaban a su alrededor mientras él les daba desde la tribuna normas para su trabajo anual. Luego, parecía colocárselos uno a uno en la palma de su mano al tiempo que consultaba el mapa en busca de un lugar apropiado donde colocarlos. Y después de darles su bendición salía a grandes zancadas, despidiéndose hasta el año siguiente, en que, en la misma fecha, se repetía la escena ya que es el último día de la Conferencia, y después de larga deliberación por parte de la junta constituída por el obispo y los presidentes decanos, es cuando se leen los nombramientos.

Cada predicador espera, conteniendo el aliento, hasta que se lee su nombre, juntamente con el de una ciudad. Entonces él y su familia han de acatar el nombramiento y obrar en consecuencia, sin comentario alguno. Con este sistema, ningún predicador metodista se queda jamás sin iglesia, ni a ninguna iglesia le falta su predicador.

Papá era, y lo es todavía, miembro de la Conferencia de Texas del Norte, que es una de las cinco del Estado. Pertenece a ella desde hace cuarenta años y ha servido en dieciocho distintos Pastorados. Nuestra Iglesia era la Metodista Episcopal del Sur. Algunos han explicado esta palabra de "Sur", diciendo que estábamos un poco al "sur" de la Divinidad. Pero en realidad, era una reminiscencia de aquellos tiempos en que los Metodistas del Norte y del Sur no acababan de ponerse de acuerdo sobre la cuestión de la esclavitud, por lo que los del Norte seguían siendo la Iglesia Metodista Episcopal a secas, mientras que los situados más abajo de la línea Mason-Dixon, se llamaban Iglesia Metodista Episcopal del

Sur. Mas con el tiempo y un buen criterio — la mejor parte del criterio del Sur estaba personificado en el obispo John M. Moore — acabóse por unificar ambas, y ahora somos sencillamente, la Iglesia Metodista. Pero la forma de gobierno sigue siendo la misma, y la Conferencia continúa celebrándose en el mes de octubre.

Todos los años, antes de que papá asista a ella han de dejarse cumplimentadas gran cantidad de cosas; y la más importante es que las obligaciones de la Conferencia anterior hayan sido completamente liquidadas. Las "Obligaciones de la Conferencia" así expresadas resultan un término muy vago ya que abarcan todas las atenciones de la Iglesia en general; tales como: misiones patrias y en el exterior; sociedad de la Biblia Americana; subvenciones para hospitales y orfanatos; trabajo educativo; fondo del obispado y un sinfín de diversas partidas.

En una asamblea local de intendentes (1), al ser mencionada una vez cierta partida, levantó algunas objeciones. Al leer la lista de las obligaciones de la conferencia, que finalizaba con "los fondos del obispado", el oído de uno de los presentes dejó de percibir la última letra de la última palabra y en consecuencia pidió la palabra:

—Bueno... pues, reverendo Porter — dijo —, yo quiero ser un buen miembro de la iglesia y pagar mi parte; pero hay una cosa a la que no quiero contribuir y es a la diversión del obispo. ¿Por qué no puede pagarse él mismo sus diversiones? (2).

Papá se consideraba poco menos que fracasado si no podía dar cuenta a la Conferencia de que "sus

(1) Mayordomos o intendentes, son los auxiliares de los Predicadores, y, en ese sentido, se les puede calificar de acólitos (N. del T.)

(2) "Bishop's funds" significa "fondos del Obispo" o del Obispado; y "Bishop's fun" equivale a diversiones o regocijos, del Obispo. De ahí el juego de palabras que emplea la autora. (N. del T.

obligaciones estaban completamente liquidadas". Y para asegurarse ese dichoso momento, él y sus acólitos pasaban todos los días de la semana anterior a su salida visitando individualmente a los miembros de la parroquia, para reunirse por la noche en la misma, y dar cuenta de los resultados, preparando al mismo tiempo la campaña del día siguiente.

Durante aquella semana, desenvolvíamos nuestras actividades en forma bastante despreocupada, tropezando con nuestros amigos como quien dice: "ya no estaré mucho tiempo entre vosotros" e introduciendo metódicamente en nuestras conversaciones frases como "Si la Conferencia nos traslada..." O "Si el año que viene estamos aquí..." Nos era grata toda prueba de interés que nuestros amigos, aquellos a los que habíamos de perder de vista para siempre, nos demostraban; aunque después no acabáramos de trasladarnos. A cada petición que le hacían a papá, él contestaba: "Espere hasta después de la Conferencia." Y mamá, preocupada, hacía uso de la misma expresión, que había copiado de él, respondiendo también a cada pregunta: "Espere hasta después de la Conferencia." ¡Tanto se repetía que llegó a parecernos que el Universo entero se había detenido y que, en adelante, todo dependía de la Conferencia!

Como la noche anterior a su marcha papá se quedaba en la iglesia hasta una hora muy avanzada, no nos atrevíamos a ir a la cama sin antes saber si le sería posible decir: "Las obligaciones están liquidadas por completo." Aproximadamente a medianoche entraba rendido de cansancio, y mamá, con la aguja en ristre y los ojos llenos de esperanza, le preguntaba:

—¿Lo has logrado?

Papá, sonriente, afirmaba:

—Totalmente liquidado.

Al oírlo, a todos se nos escapaba un suspiro elevado a la enésima potencia; después de lo cual nos acostábamos, mientras mamá cosía el último botón del

nuevo camisón de papá. Siempre tenía cuatro: tres de algodón, a cuadros, y uno extraordinario de franela para cuando soplaba el viento norteño de Texas. Todos estaban hechos de acuerdo con la moda de aquel tiempo: partidos a ambos lados de las piernas, sentando como un saco, y cubriendo hasta cuatro pulgadas más arriba de los tobillos.

En la época de la Conferencia la ropa de papá era generalmente toda nueva gracias a los regalos de varios miembros de la comunidad; y en el momento de despedirse de nosotros, mientras se paseaba de un lado a otro por la habitación, resplandeciente en su traje, camisa, corbata, calcetines, sombrero y zapatos nuevos, los botones se nos saltaban al empuje del orgullo que hinchaba nuestros pechos. Al regreso, todos metíamos mano en el equipaje, porque era costumbre de papá traernos un regalo a cada uno, y recordando esto advertíamos a mamá cuando hacía la maleta:

—Procuremos dejarle bastante sitio para los regalos.

A menudo, no bastaba que fuera nueva su indumentaria para la Conferencia, sino también la de alguno de sus hijos, ya que era para nosotros un alto privilegio poderle acompañar después de cumplir los once años. El acontecimiento, entonces, era tan grande como una montaña: tenerlo todo nuevo de una vez; ir en tren con papá como único compañero; estar orgullosamente sentado a su lado durante las sesiones de la Conferencia, y verse presentado con el mayor cariño a los demás predicadores, era más de lo que podíamos soñar. No se nos ocurría que fueran aburridas las sesiones de negocios. La ilusión era demasiado fascinante, y aguantábamos desde el principio hasta el final, pensando que aquello era algo fantástico. ¡Y por si fuera poco, dejábamos de asistir al colegio durante una semana entera!

Recientemente, celebrando un consejo de familia, comparábamos el efecto que entonces producían en nosotros tales viajes, y yo pregunté:

—Pero, ¿por qué no podíamos acompañarle antes, y sí precisamente a los once años?

Hugh, el predicador, explicó:

—Pues... como Cristo conversó con los doctores en el templo, a los doce años, supongo que sería porque nuestro entendimiento estaba a esa edad más adelantado.

A lo que Candler, replicó:

—¿Entendimiento? ¡Vaya por Dios! ¡Pero si era el último año en que podíamos viajar con medio billete!

Cuando papá volvía de la Conferencia con la noticia de que podíamos continuar en el mismo lugar otro año, había gritos de alegría y bendiciones para el presidente-decano. Pero si el veredicto era que nos habíamos de preparar inmediatamente todo nuestro equipaje, para trasladarnos a otra ciudad, concurrir a otra escuela y hacer nuevos amigos, la noticia daba lugar a una reunión indignada. La habitación se llenaba de llantos y lamentaciones:

—¿Qué le parecería al presidente decano si alguien le ordenara cambiar de residencia y tuviera que abandonar a todos sus amigos?

O bien:

—¡Me gustaría decir al obispo lo que pienso!

En medio de estas lamentaciones se elevaba la voz de mamá que se imponía por el contraste de su calma:

—Niños, el obispo y el presidente decano sólo dan los nombramientos; es Dios quien los dicta.

A lo cual contestaba una voz, en forma de murmullo gruñón:

—¡Sí, pero a lo mejor equivocan las órdenes divinas!

Sin embargo, las primeras manifestaciones de disgusto se desvanecían inmediatamente con la actividad que había necesidad de desplegar para salir de la casa antes de que llegara el nuevo predicador y su familia.

El embalaje de las cosas se limitaba a lo más indispensable. Papá se cuidaba de lo suyo y de sus libros, y la mayor preocupación de mamá la constituía el transportar su colección de jazmines, begonias, geranios y helechos. En cuanto a nosotros, cada uno preparaba sus propios pequeños tesoros. No obstante, mamá no aprobaba que se acumularan chucherías y tonterías, y como no se tratara de algo útil o particularmente bonito, no veía ninguna razón para que nos lo lleváramos.

Una vez terminado el equipaje decíamos con lágrimas adiós a todos, individual y colectivamente, en una fiesta de despedida que organizaban los feligreses. Con el corazón oprimido nos preguntábamos: "¿Cómo es posible dejar todo esto? ¿Puede Janette abandonar a John, y Gil a María? ¿Volverá Raybon a sonreír después de verse arrastrado lejos de Sarah, Ann, Joan y Lou?" Pero no había más remedio: teníamos que marchar, y así lo hacíamos. Y por cierto que una vez cortada definitivamente la cuerda dorada que nos ligaba al pasado, sentíamos el anhelo del futuro. Nos sorprendía a nosotros mismos nuestro propio valor, ya que como dice el filósofo Emerson: "Gran parte del valor reside en haber hecho las cosas antes".

Y, la verdad, ¡nos habíamos visto ya en el mismo caso tantas veces! Éramos como los cactos que, arrancados de un suelo, fácilmente echan nuevas raíces en cualquier otra tierra.

Ahora no teníamos más pensamiento que el de saber lo que habíamos de encontrar en el nuevo lugar. ¿Sería la casa parroquial grande o pequeña, nueva o vieja, rica o pobremente amueblada? Al menos, que las camas fueran de madera en vez de hierro, y que el fumador no tuviera sillas de mimbre. ¿Habría sitio para un campo de tenis? Y la iglesia, ¿sería destartalada o se hallaría en buen estado? La iglesia y la casa parroquial constituían una sola entidad en nuestras mentes. Tan importantes eran para nosotros

la una como la otra, y nos producía orgullo el efecto que pudieran ofrecer al mundo exterior.

Un miembro de una de aquellas iglesias nos explicó lo que ocurrió la noche en que llegamos a su ciudad por primera vez. Los feligreses se habían horrorizado al enterarse de que el nuevo predicador tenía siete hijos — aun no había nacido Candler —, pero se esforzaron en aceptar el hecho con serenidad. Según la costumbre, varias señoras aguardaban en la parroquia con la casa iluminada y una apetitosa cena caliente preparada para dar la bienvenida a la nueva familia. Oyeron la llegada del coche, y miss Bertie salió a la puerta principal para recibirnos. Lo primero que vieron sus ojos entre las sombras del crepúsculo, fué a un chiquillo de unos diez años trepando por la portezuela de un Ford modelo T (1), sin abrirla. Era Raybon. Cayó al suelo, y emprendiendo veloz carrera, dió la vuelta en torno a la iglesia, volviendo al coche antes de que nadie hubiera tenido tiempo de apearse:

—La iglesia está en bastante buen estado, pero necesitarás pintarla — vociferó —. Uno de los ventanales de la fachada está roto. Hay cerca de trescientos asientos...

Y así siguió hablando hasta agotar la cosecha de las observaciones recogidas en aquella carrera de inspección. Acto seguido, toda la familia empezó a tomar en serio la tarea inmediata, que consistía en salir del coche y examinar el nuevo hogar.

El día siguiente del traslado, y antes de desembalar la primera caja, papá ya había construído un columpio y una salita de juego para mi hermanita y para mí, y había ayudado a los chicos a instalar su campo de tenis. Lo hacía con el fin de compensar la reacción de tristeza que nos había de embargar de repente, al recordar lo que habíamos dejado atrás. Luego, entre él y mamá, comenzaban a arreglar el

(1) Modelo de furgoneta, con asientos, muy usado en Norteamérica para familias numerosas (N. del T.)

alojamiento de todos. Acostumbraba a ser éste un problema de altas matemáticas, especialmente si se quería respetar el derecho a la independencia de cada uno, cosa que, hasta cierto punto, entraba en los deseos de mamá.

Parte del mobiliario de toda casa parroquial lo constituían una o dos camas plegables, y el enorme guardarropa, tipo armario de luna, con un espejo. Cecil y Hugh, ya que eran los mayores, estaban obligados a tener mayor espíritu de sacrificio y se contentaban con la cama plegable, en la que a menudo quedaban aprisionados. Cecil dice que aun hoy, cuando el sueño le rinde de tal modo que al acostarse no sabe ya ni dónde está, todavía extiende instintivamente la mano para asir un supuesto montante de hierro. Si una vez instalados cada uno en el lugar asignado, nos veíamos demasiado apiñados, papá y los chicos edificaban un porche-dormitorio. Regalo de Dios en verano a los habitantes del caluroso país de Texas.

Una vez orientados con respecto al espacio disponible, empezábamos a ocuparnos del mobiliario. Las casas parroquiales eran amuebladas en aquellos tiempos por los feligreses, pieza a pieza. Cuando el hermano Casteven, por ejemplo, regalaba a su mujer una nueva silla, por Navidad, ella hacía donación de la vieja a la parroquia, resultando así que el mueblaje acababa por ser un compendio del gusto de las feligresas, cuando ya había pasado de moda... En años posteriores, los muebles los compraba la "Sociedad Femenina de Misiones", de acuerdo con la esposa del predicador. Así quedó también bajo la responsabilidad de la citada Sociedad de Misiones cuidar de las necesidades de la parroquia, dentro de sus posibilidades y buena voluntad, para lo cual daba ocasión a que en la primera reunión que se celebraba después de la Conferencia, la esposa del pastor las expusiera.

Cuando mamá volvía de estas sesiones, se veía acri-

billada a preguntas ansiosas: "¿Nos darán una nueva alfombra para el comedor? ¿Se llevarán los muebles de mimbre y comprarán un diván?" Siempre podíamos contar con alguna u otra cosa.

Aunque ninguna parroquia poseía tal lujo, como papá consideraba la música esencial para nuestras almas, desde los primeros años compró un piano. Recibía el mismo trato que cualquier otro miembro de la familia, y sufrió dieciocho traslados a otras dieciocho ciudades distintas para seguir deleitándonos con sus melodías.

Ya acoplados en nuestro nuevo hogar, pensábamos en el puente que nos permitiera unir el pasado al presente: el colegio. Cada sistema de enseñanza era distinto al anterior, y los dos o tres primeros días papá había de pasárselos en la escuela hablando de nosotros, como lo haría Moisés de los Israelitas, para evitar que se nos colocara en algún curso atrasado. A veces, acababa por ocurrir así, pese a su intervención, y no quedaba más remedio que aguantar la vergüenza de vernos retrasados en un grado, sin otra culpa que la de haber sido trasladados. Si habíamos ido unos cuantos capítulos más allá en el libro de texto, no nos atrevíamos a hacer alarde de tanto saber, bajo amenaza de castigo o de hacernos inmediatamente antipáticos a nuestros compañeros de colegio. Era preferible permanecer quietos, y dar a nuestros profesores la sensación de atrasados.

Después de resuelto el asunto del colegio, venía el fin de semana y nuestro primer domingo en la nueva comunidad. Papá rebosaba dignidad, con el pelo cuidadosamente arreglado pese a su rebeldía natural, y cargado con sus grandes alas de ángel, que extendería con más amplitud la semana siguiente, cuando fuera más conocido.

Al terminar el servicio, nos decía:

—Vamos a cantar el salmo cuarenta y nueve. Si entre los presentes hay alguno que desee unirse a la iglesia, pase adelante durante el canto.

Y al atacar la última estrofa, la familia entera se dirigía al banco delantero, llenándolo, lo que hacía que el encargado de inscribir los nombres de los nuevos miembros tuviera que trabajar algún tiempo más. Empezando por mamá, papá nos llamaba a cada uno por el nombre propio, y luego nos daba la mano en forma muy impersonal, diciendo:

—Nos alegramos de reconocerle como miembro de esta iglesia, y rezamos para que pueda ser contado aquí entre los servidores de Cristo y sus santos en su Eterna Gloria.

Antes de que tuviera la edad suficiente para pertenecer a la iglesia, apenas podía reprimir mi deseo de unirme al grupo y dar solemnemente la mano a papá, de aquella manera tan seria, ante un numeroso auditorio, mientras él pronunciaba sus célebres frases: "... y sus santos en su eterna Gloria". Cuando cumplí los nueve años, el anhelo de llegar a ser miembro de la iglesia se hizo en mí insoportable. Poco tiempo después, con motivo de trasladarnos a otra, advertí a papá que cuando se presentara la próxima oportunidad esta vez sería de los que se aproximaran al altar. Le agradó oírmelo decir así, y se hicieron planes para el domingo.

El sábado por la tarde, Gil y Candler, saltando desde el tejado de un cobertizo que formaba parte de nuestros terrenos, me desafiaron a que les siguiera. Acepté el reto... y llegué al suelo torciéndome un pie bajo el peso de mi personita. Hugh se apresuró a recoger del suelo a un miembro *in potentiam* de la iglesia, con luxación de pronóstico reservado, y el doctor aseguró, formalmente:

—Nada de pisar con este pie durante una semana.

Los chicos mayores me hicieron unas muletas y con ellas fuí caminando, arrastrando nubes de gloria y envidias de Gil y de Candler, sin contar a nuestros nuevos compañeros de juego.

A la hora de cenar, papá dijo con sentimiento:

—Pequeña, no te disguste no poder ingresar en la Iglesia mañana. Lo puedes dejar para más adelante, cuando tu pie esté mejor.

Se me abatió el ánimo. Durante toda la tarde ha-

bía estado pensando en el acontecimiento que sería presentarme al día siguiente cojeando en la iglesia: una valiente muchachita que, pese a su aflicción, daba su vida por ella. Y ahora, esta alegría me era denegada.

Al advertir mi desesperación y abatimiento, mamá dijo:

—Papá, no veo ninguna razón para desilusionar a la niña. Dos de los chicos pueden llevarla hasta el altar, y ella puede apoyarse en sus muletas durante la recepción.

Y así se hizo. Cuando llegó el momento, Cecil y Hugh se cogieron de las manos, haciéndome una silla con sus brazos. Se agacharon lo suficiente para que pudiera instalarme en ella, y se irguieron después, llevándome en volandas por toda la nave central, hasta depositarme en el banco delantero, donde ya me esperaba Edd con las muletas.

En mi imaginación, era yo uno de los personajes que, siguiendo a Jesús, estaban representados en mi libro de la escuela dominical. Era el cojo, el imposibilitado y el ciego. Y sintiéndome invadida por triple alegría, crucé el umbral de la Iglesia de Cristo apoyada en mis muletas.

Pero cierto domingo, memorable entre los que pasamos en un nuevo lugar, papá cerró el servicio sin invitar a nadie a ingresar en la Iglesia. Violento y confundido como entonces estaba, lo olvidó todo. Había un motivo para su repentina y prematura bendición. Al principio del servicio, mientras papá subía al púlpito revestido de su nueva responsabilidad, dijo:

—Hermanas y hermanos, con gran alegría venimos mi familia y yo a vivir entre todos ustedes, y a servirles...

En aquel preciso instante, una oleada de alegría pasó sobre la concurrencia. Como papá no había tenido la menor intención de ser gracioso, tragó saliva y siguió adelante.

—Después del servicio, quisiéramos conocerlos a todos personal y separadamente, y deseamos que siempre se consideren bienvenidos a la parroquia.

De nuevo sonrió la congregación, y esta vez volvieron la cabeza al mismo tiempo, fijando todos la vista en cierto punto de la tribuna.

Papá siguió:

—Y ahora veamos el Evangelio. Tengan la bondad de abrir al séptimo capítulo de San Mateo, donde encontraremos las palabras de Cristo: "No juzgues si no quieres ser juzgado."

Al acabar, y volver a levantar la vista, notó que seguían vueltas las caras, y observó sonrisas reprimidas. Alisó su cabello con ambas manos, enderezó su corbata, y se lanzó valientemente a pronunciar el sermón. Durante sus comentarios del Evangelio, el

auditorio le seguía mirando atento y divertido. Algunos estaban sentados en el borde del banco, como si esperaran algo que les hiciera mucha gracia. Y no se vieron defraudados, aunque papá no acertaba a adivinar lo que aquello pudiera ser, y por qué razón no le tomaba en serio su nueva congregación. Estuvo angustiado durante todo el servicio y decidió terminarlo rápidamente. Entonces fué cuando se enteró de lo que había provocado tanta diversión.

Uno de los vestíbulos que había en uno de los extremos de la iglesia donde estaba el púlpito, no se utilizaba, y en el otro es donde se reunía el coro antes de empezar el servicio. Aquella misma mañana, al abrir la iglesia, el portero había descubierto en el primero a una gata que acababa de parir seis gatitos, y que estaban allí tan contentos como si estuvieran en su casa. En previsión de lo molesto que podrían resultar los maullidos durante el servicio, se llevó a la familia entera al pasillo. Pero una gata madre, aunque esté en el pasillo, no deja de serlo, y, sin amedrentarse, esperó que se presentara la oportunidad de restablecer a toda la familia en su antiguo lugar. Esto ocurrió cuando al entrar el coro en la iglesia dejaron la puerta entreabierta.

En el preciso momento en que papá se instalaba en el púlpito, la gata pasó por allí llevando entre los dientes a uno de sus cachorritos, medio dormido, y cruzó la plataforma, detrás de papá. Una vez colocado el pequeño en el vestíbulo, que era su casa, volvió atrás, y pronto apareció con otro. Sin hacer caso del auditorio, fué trasladando sigilosamente sus crías, una a una, por detrás de papá, mientras la congregación entera, y el coro, la observaban divertidos, haciendo cábalas sobre si la familia sería un cuarteto, un quinteto o un sexteto.

Después de transcurrido el primer domingo en una nueva parroquia, la vida tomaba un ritmo más sere-

no, aunque sin encauzarse aún en la rutina cotidiana. Todavía quedaba la sesión de las libras ya que cierta noche, poco después del primer domingo, cada miembro de la iglesia acudía a dar la bienvenida al nuevo pastor con una libra de uno u otro género. El propio donante llevaba su libra a la parroquia, "pues el regalo sin su autor es vacío". En teoría, la ceremonia de las libras constituía una sorpresa, pero en la práctica siempre estábamos informados de antemano en una forma u otra. Sin embargo, habíamos de simular que éramos sorprendidos. Alegraba mi corazón, aficionado a las cosas de teatro, ver a la familia entera haciendo este papel, y aparentando honda sorpresa a cada libra y donante que cruzaba el umbral. La propia libra resultaba, también en teoría, de diez en vez de una: diez libras de azúcar, de patatas, de harina o de lo que fuera.

Así, libra por libra, iban entrando y se amontonaban en la cocina, cubriendo todo el espacio, y desbordando en la mesa del comedor. El nombre del donante estaba escrito en cada regalo, bien garrapateado con lápiz en la bolsa de papel marrón, o pulcramente

anotado en una tarjeta sujeta por medio de una cinta, o pegada en un tarro de jalea, o grabado a cuchillo en una patata o manzana. Una vez reunida la compañía, se improvisaba un programa, consistente en una pequeña alocución del predicador, o en comentarios sobre la vida de la congregación. Bromear un poco alegraba el corazón paterno, tanto si lo hacía él como si era objeto de ello, y en ambos casos hacía siempre buen papel. La noche de las libras, resplandecía de alegría. Como todos los seres humanos, le satisfacía ver que le estimaban, y daba la bienvenida a aquellas libras como testimonio del aprecio en que le tenían.

Mientras los niños correteaban por el jardín, el programa improvisado por los mayores acababa generalmente cantando a coro, agrupados en torno al piano. Empezaban con "Auld Lang Syne", pasando después a melodías favoritas como "Flow Gently, Sweet Afton", para terminar con "Blest Be the Tie That Binds".

Al apagarse los pasos del último huésped, nos reuníamos para mirar más de cerca el contenido del gigantesco cuerno de la abundancia en que se había transformado nuestra cocina, y para contemplar con semanas de anticipación el momento en que las habichuelas y el pan de centeno tocarían en la orquesta de nuestro cuerpo el segundo violín. Papá echaba mano de lápiz y papel para ir anotando detalladamente los regalos con el nombre de cada donante, mientras nosotros íbamos diciéndole: "Un tarro de confituras de fresa, de los Lanes; una lata de tocino, de la abuela Neale; un saco de naranjas, de los Gibson". Y así iba prolongándose la noche, hasta que ya no podíamos tenernos en pie de sueño. Pero las oraciones familiares no empezaban hasta que cada partida, desde las espinacas frescas hasta las hojas de tocino salado hubiera quedado registrada.

Todos debíamos estar presentes durante el inventario, con el fin de recordar mentalmente lo que cada

uno nos había regalado, y poder decirle cuando nos volvíamos a encontrar:

—Estamos saboreando los macarrones que nos llevaron ustedes. — O bien: —Nunca he comido higos tan buenos como los que nos regalaron.—Claro es que a veces dábamos las gracias por los higos a quien nos había obsequiado con los macarrones, y por éstos a quien nos había llevado manzanas; pero eran fallos de la memoria, no del corazón. Un error de corazón hubiera sido, por ejemplo, dar las gracias a cualquiera por los pies de tocino salados. No le gustaban a ninguno de nosotros, y no veía por qué habíamos de agradecerlos.

Cierto día, poco después de una de estas sesiones de libras, Candler v yo tropezamos en la plaza del pueblo con el hermano Hobson, donante de una enorme jarra llena de pies de cerdo en sal.

—Hola, chicos — dijo —. Lo pasamos muy requetetebién en vuestra casa la otra noche.

E hizo una pausa, como quien espera algo.

Yo mantuve los labios apretados, igual que si los tuviera pegados, decidida a no mentir. Pero Candler se hizo cargo de la situación.

—Gracias, señor — contestó —. Y apostaría cualquier cosa que aquellos pies de cerdo que nos regaló eran los de su puerco premiado. ¡Verdaderamente magníficos!

Después de las libras, y ya normalizado el curso de la vida, papá empezaba a pensar en pintar o reparar alguna de las cosas propiedad de la iglesia. Aunque esto representaba un nuevo esfuerzo para mamá, ella le apoyaba en tales proyectos. Si las sillas de preferencia necesitaban una capa de barniz, se dirigía a la "Sociedad de Misiones" para que lo comprara, diciendo:

—Sé que estarán ustedes de acuerdo conmigo en que la casa de Dios debe ser brillante y hermosa

Por otra parte no quiero que mis hijos confundan la religión con la mezquindad.

Y, sacrificando unos cuantos minutos de sus días, siempre tan atareados, ella misma daba el barniz a las sillas.

En vista de que papá no abandonaba templo alguno donde hubiera ejercido su ministerio, sin llevar a cabo mejoras en la instalación, la Conferencia pronto empezó a enviarlo a las parroquias que más necesitados estaban de reparaciones. Una de las iglesias, en particular, ha quedado como monumento de su tesón en tales empresas. Haciendo frente a una deuda importante, allanando obstáculos aparentemente invencibles, y con la colaboración de algunos acólitos, levantó un templo de aspecto bastante regular, gestionando él mismo con todo celo la adquisición de cada ladrillo necesario para la edificación, y empeñándose a pesar de que, en muchos momentos ya no quedaban más recursos que la firme voluntad, en seguir adelante.

La obra así empezada nos proporcionaba a nosotros constante ocasión para gozar de una de las mayores alegrías de la niñez: jugar alrededor de un edificio en construcción; contemplar la mezcladora de cemento; pasar por estrechas tablas en lo alto de los andamios; dejar huellas de nuestras pisadas en el cemento fresco, y obligar a algún chiquillo o perro a que contra su voluntad hiciera lo propio, para dejar a la posteridad la impronta de sus pasos.

En general, todos los esfuerzos se empleaban en restaurar la iglesia, pero por una vez en nuestra vida nos fué dado conocer el supremo orgullo de penetrar en una casa nueva de piedra y llamarla nuestro hogar. Además, aunque era una casa parroquial y estaba destinada a albergar a muchas otras familias después de la nuestra, fué edificada de acuerdo con unos planos especialmente concebidos para nosotros. A estas horas aún está en pie. Tiene un aspecto maternal, consta de nueve habitaciones, y es

para la familia de un predicador, que cuenta con más de tres hijos, la vivienda más cómoda en que jamás haya tenido ocasión de vivir. Cuando nos trasladamos a aquella ciudad, la casa parroquial estaba a punto de derrumbarse, y como la congregación se hallaba dispuesta a edificar otras, papá puso mano a la obra, dibujando los planos. El comité de edificación le dejó en libertad para que la hiciera como quisiera y del tamaño que mejor le conviniera.

Sin embarzo, hizo una sola objeción a sus deseos. Siendo papá de temperamento sociable, y gustándole reunir amplios grupos de feligreses a su alrededor, pensó en dejar toda la planta baja en forma de una gran sala de recepción, con sólo una cocina contigua. Pero esto sugirió a los miembros del comité la idea de un harén, y dió ocasión a que las damas protestaran.

—Hemos de tener presente — dijo el presidente de la "Sociedad de Misiones" — que a medida que vaya pasando el tiempo vendrán aquí otros pastores y otras familias, y que cualquiera de ellos puede necesitar un dormitorio en el piso bajo.

Y papá se conformó. Se hizo una habitación en la planta baja, y como era pequeña, parecía más bien que los tabiques se excusaran de su propia existencia. Pero pronto quedó justificada su utilidad al convertirla en antesala, donde los invitados dejaban la ropa camino de la amplia y magnífica sala de recepción. Y así fué como el modesto aposento llegó a ser, inconscientemente, el puesto avanzado de una sala elegante y moderna, adecuada para grandes reuniones.

¡Una casa propia! Si orgullo sentimos al instalarnos, no fué menor el que nos produjo vivir en ella. Desde lo alto de su tejado, hasta lo más profundo de sus cimientos, era nueva y brillante, como asimismo los cortinajes, las alfombras, los muebles... ¡todo! ¡Al fin estábamos instalados a nuestro gusto!

Por espacio de tres años vivimos en aquella casa;

pero durante dos de ellos, una idea me atormentó impidiéndome gozar de ella por completo.

Cierto día, al visitarme una amiguita por primera vez en nuestra nueva casa, me dijo, muy convencida:

—¡Dios mío, Alyene, tu familia es rica!

Y yo mostré complacida mi conformidad. ¿No teníamos la casa más amplia, más bonita y más nueva de la ciudad? Pues con un hogar como éste bien podíamos considerarnos de la clase privilegiada. Y satisfecha miraba desde lo alto de mi torre de marfil al resto del mundo, menos afortunado.

Pero unos domingos más tarde, cierto predicador que se hallaba de paso me arrojó de mi pedestal con un versículo de las Escrituras. Pomposamente leyó:

—"En verdad os digo, que más fácil le será a un camello pasar por el ojo de una aguja, que a un rico penetrar en el reino de los Cielos."

Sentada en el banco de la familia, al oír aquellas palabras que retumbaron en mis oídos, cerré los ojos y elevé una petición:

—¡Oh, Dios, no permitas que ninguno de nosotros muera mientras vivamos como ricos en esta casa!

Dios oyó mi oración y nos protegió. Pero por esta vez, celebré que hubiera en el mundo una cosa que se llamaba Conferencia Anual, capaz de sacarnos del peligro de un abismo abierto ante nosotros, encauzándonos rumbo al cielo. Sólo mi madre se enteró de mi profundo alivio, cuando, en su tiempo, la Conferencia nos trasladó a una casa modesta, de cinco habitaciones, en otra ciudad.

Una de las compensaciones de esta vida nómada, era la alegría de volver a visitar escenarios de nuestra pasada existencia. Nosotros lo hacíamos a menudo, pero papá muy raramente. Según él, el que un pastor anterior volviera a aparecer en su antiguo lugar, dificultaba el trabajo del que estaba en propiedad, y, por eso, sólo en ciertos casos especiales, y cuan-

do se lo pedían, volvía a predicar en una parroquia donde ya hubiera ejercido su sagrado ministerio.

En una de estas ocasiones se pidió a papá que pronunciara un sermón dedicado a la Iglesia. Como exordio, recordó en él los días felices transcurridos en la comunidad, nombrando a esta o a aquella persona, que habían sido soldados del Señor, y con la voz llena de ternura citó el nombre del hermano Gardner, ya que pocos meses antes, papá se había informado indirectamente de su muerte. Le dedicó entonces un cariñoso recuerdo diciendo: "Se ha ido al mundo de la Gloria, dejando santas huellas en las arenas del tiempo".

Huellas que quizás otro hermano,
navegando por el mar de la vida, turbulento,
náufrago y abandonado ser humano,
recobre al verlas ánimo y aliento.

Y con el tono respetuoso que se emplea cuando se habla de los muertos, acabó diciendo:

—Estoy seguro de que todos ustedes, lo mismo que yo, echan de menos en este momento su compañía.

Luego fué breve en su dedicatoria, después de lo cual se sentó en la silla del púlpito mientras el coro entonaba el último himno. Antes de terminar el sermón mostraba en su semblante inequívocas huellas de palidez, pero pronto recobró el color. Había cambiado su habitual dignidad por un acceso de risa reprimida, que le sacudía visiblemente. Terminado el canto, se volvió a incorporar para el epílogo, en el que, al igual que en el prólogo, había de aludir exclusivamente al hermano Gardner.

—Amigos míos — dijo —, creo que la mayor parte de ustedes se habrán dado cuenta de que el hermano Gardner no se encuentra en el cielo, sino que aun está entre nosotros, ¡alabado sea Dios!, sentado con su digna esposa en el cuarto banco.

La congregación entera soltó la risa.

Y se reanudó otra vez el servicio en forma jocosa, cuando papá dijo:

—Levantémonos y cantemos: "Dios sea alabado; de El emanan toda clase de bendiciones".

LA GENTE TENIA INTENCION DE TRABAJAR

"El filósofo chino Lin Yutang ha dicho: "Una de las más importantes consecuencias de nuestra naturaleza animal, es que estemos provistos de ese pozo sin fondo que es el estómago".

El día siguiente al del nacimiento de Candler, fueron siete los pozos sin fondo que, como todos los días, clamaban por llenarse. Un ángel tutelar personificado en una de las feligresas vino a la parroquia para proceder a elaborar el montón de masa destinado a nuestro almuerzo.

—Eche un litro de leche — dijo mamá — y doce tazas de harina.

—¡Pero hermana Porter! — exclamó la señora Blewett, asombrada —. En mi vida he preparado tanta cantidad de bizcocho.

—No se preocupe — contestó mamá —. Se lo comerán todo.

Y así fué.

La señora Blewett acudió en nuestra ayuda durante cinco mañanas, y no tuvo más remedio que reconocer que, para dejar satisfechos a siete voraces estómagos, un pan entero de bizcocho no constituía más que un sencillo aperitivo.

Sin embargo, seis de aquellos pozos cedían el paso al de Cecil, que se llevaba la palma desde la edad de los dieciocho meses. La cosa ocurrió en una ocasión en que mamá estaba enferma. Papá se había ido al campo, y volvió trayendo consigo a una chica de dieciséis años, más dotada de músculos que de cerebro, para cuidar de la casa y atender a Hugh y Cecil. Y una mañana la muchacha se dirigió a mamá, que estaba en cama, y le dijo:

—Señora Porter, Cecil se ha comido ya siete huevos y se ha emperrado en que le dé otro. ¿Qué hago?

Dar de comer tres veces al día a sus siete hijos era, sin embargo, lo más insignificante para nuestra madre, quizá como confirmación del dicho: "El trabajo de una mujer jamás acaba". Una vez explicaba a cierta vecina:

—Nunca me acuesto satisfecha si antes no he confeccionado, por lo menos, una nueva prenda durante el día.

Guisar las comidas, hacer los vestidos para ocho, organizar funciones de iglesia y dar cursos de doctrina cristiana, aun le dejaban tiempo, a cualquier hora, para alimentar el alma de un hombre ingenuo. Su voz, dotada de un timbre vibrante y cálido como el de una campana, leyendo fragmentos de la Biblia, o cuentos de nuestro libro predilecto, creaba una atmósfera de seguridad en la que ninguna fuerza adversa del mundo exterior podía hacer mella.

Papá disponía de poco tiempo para la lectura. Ade-

más de que era el pastor de su rebaño, a cada momento se veía en el caso de atender a las necesidades de sus propias ovejas. La necesidad de asociar la limpieza a la devoción, le hacía suprimir todas las semanas uno de los días de su calendario pastoral. Los martes el papá, predicador, se transformaba en el papá lavandero. La costumbre tradicional, que hace del lunes el día de colada, había quedado rota, porque el lunes por la mañana papá necesitaba descansar del ajetreo dominguero, y por la tarde había de asistir a la Sociedad femenina de Misiones. Pero todos los martes, la red de alambres, colocada detrás de la casa parroquial, se cubría de ropa puesta a secar en cantidad suficiente para vestir a un regimiento. Y todo esto lo hacía papá. Dejar que mamá cargara con la faena de lavarla, además de los quehaceres que pesaban sobre ella, era cosa que él no podía tolerar; y, por otra parte, pagar una lavandera hubiera sido robar a Pedro para pagar a Pablo. De este modo y sin más ayuda que su propio esfuerzo, papá alternaba el lavado de la ropa familiar con la devoción. Flotando a modo de globo en el viento había diez pares de trajes interiores, de largas mangas y piernas; treinta camisas, diez vestidos, quince sábanas, veinticinco toallas, otras tantas servilletas, catorce fundas de almohada y las innumerables prendas de toda clase que constituyen la colada de una familia.

Cuando hizo su aparición esa bienhechora de la Humanidad, conocida con el nombre de máquina de lavar, papá le dió la bienvenida desde el fondo de su corazón, ya que con una sola generación de retoños había hecho el trabajo de tres de aquellas máquinas.

Entre los quehaceres domésticos de papá estaba también incluído el de vestirnos todas las mañanas para ir a la escuela, mientras mamá preparaba el desayuno. Su espíritu práctico pronto simplificó, racionalmente, el proceso de arreglarnos. Cada uno de nosotros se vestía según sus facultades, después de

lo cual nos dirigíamos hacia papá en el preciso momento en que estaba preparado para la revista. Si empuñaba cepillo y peine, y llevábamos la cabellera enredada, significaba que era el momento para peinarnos. Si lo que blandía era un abrochador, nos acercábamos calzados en el preciso momento para que nos abrochara las botas.

En cierto detalle, todos dependíamos de papá. Era en meter los extremos de nuestros calzoncillos largos de punto dentro de las medias. Consistía en ceñir dichas extremidades, bien apretadas alrededor del tobillo, y embutirlo todo rápidamente en la media antes de que se escapara. Papá era un verdadero brujo para hacerlo sin fallar, aunque su método estaba sujeto a censuras y comentarios.

Nos sentaba en sus rodillas, uno tras otro, y parecía perder toda noción de que la anatomía tuviera derecho alguno cuando se trataba de dejar bien arropada una pierna. Sin ningún reparo por el tronco, lo tumbaba de lado, bien sujeto bajo su brazo, y lo dejaba colgar formando un ángulo de cuarenta y cinco grados. Los brazos nadaban desesperadamente en el aire en busca de algún asidero, mientras la cabeza, hacia abajo, se balanceaba sin auxilio, cerca del suelo. Pero papá se salía con la suya; y después de volver nuestro cuerpo del otro lado, sujetaba la segunda media.

Cuando era otra la víctima, el espectáculo resultaba muy entretenido, y a él había de añadirse como especial atractivo las contorsiones que hacía papá con el rostro y sus movimientos de lengua.

—Papá, pronto vas a tener que dejar de predicar

—le dijo Edd un día—. Estás gastando la lengua en vestir a tus hijos.

Pero no todo el trabajo casero quedaba hecho por las mágicas manos paternales. "Una cabeza ociosa es la tienda del demonio." Papá había tomado esto al pie de la letra y procuraba siempre derrotarlo, manteniendo ocupados nuestros corazones, nuestras manos y nuestra cabeza con trabajos que sin ser demasiado duros, no por eso dejaban de serlo. Cada uno de nosotros tenía asignados sus deberes en la casa, además de los recados, a pesar de que éstos se les reservaban sólo a los chicos.

Los cuatro mayores se dedicaron valientemente a la agricultura cultivando la tierra. Cuando aún eran muy pequeños, papá arrendó un trozo de terreno para que lo trabajaran. Acostumbraba ser una pequeña parcela de algodón, que él mismo cuidaba de arar y sembrar, dejando que después ellos lo continuasen.

El dinero que producía la venta del algodón sólo a ellos les pertenecía y podían gastarlo como les viniera en gana, pero cuando, con el rabillo del ojo puesto en ellos, papá advertía que lo malgastaban, ponía remedio a la situación pidiéndoselo prestado a buen interés, y se lo devolvía con los intereses una vez que había pasado la tentación.

En una ocasión, cuando los chicos ya estaban bien impuestos en el cultivo del algodón, los pilletes de la ciudad se empeñaron en echarles a perder la cosecha. Todas las tardes, nueve chiquillos de mal aspecto, sucios y descarados, se metían en el campo, rompían y pisaban las plantas, ensuciaban el algodón ya recogido, y se entregaban a cuantos desmanes les dictaban sus malas cabezas.

Papá siempre había predicado el Evangelio que ordena presentar la otra mejilla, y así pedía que lo hicieran sus hijos. Sin embargo, una tarde vió por sus propios ojos las injusticias de la pandilla y aquella noche dijo:

—Muchachos, la próxima vez que os moleste esa cuadrilla en vuestra propiedad — sus ojos echaron chispas —, si no sois capaces de echarles, seré yo el que os eche a todos vosotros, desde el primero hasta el último.

La tarde siguiente, suprimidas ya las barreras de la prohibición, Hugh, Cecil, Raybon y Edd montaron guardia llenos de esperanza detrás de un montón de piedras. Tres de ellos, al menos, estaban optimistas.

—Qué mala suerte tendríamos si no se presentaran hoy — dijo Cecil.

—Esperemos que no vengan — dijo Hugh, que era pacífico por temperamento y no tenía deseos de luchar con nadie, con o sin permiso de papá.

Pero su esperanza resultó fallida. A la hora de costumbre apareció un pequeño Napoleón seguido de ocho guerreros.

—Camaradas — dijo —. vamos a divertirnos con esos. No querrán pelear.

Y acto seguido invadieron la plantación, como langostas en un campo de trigo.

—¿Quién quiere pelear? — dijo Edd, apareciendo en primera línea al lado de Cecil, aprovechando la ocasión que por una vez se le presentaba.

—¡Fuera del campo, largo de ahí! — gritó Cecil. Y acompañó sus palabras con una granizada de piedras dirigida a los golfillos.

—¡Mira los crios del predicador! — respondió el jefe —. ¡Vamos, chicos, duro con ellos!

Y se entabló una batalla campal, con piedras como proyectiles. Y aunque el pequeño Napoleón presentaba fuerzas superiores en la proporción dos por uno, conoció su Waterloo.

Papá se enteró de la lucha antes de cenar, como asimismo toda la ciudad. Pero no hizo ningún comentario. Ya en la mesa, durante la pausa que siguió a la bendición, Cecil exclamó:

—¡Ya le hemos dado esta tarde a la pandilla su merecido!

Todos miramos ansiosos a papá, para ver si se alegraba, ahora que estaba el hecho consumado. Cogió tranquilamente el pan.

—Mamá — dijo, mientras esperábamos ansiosos sus próximas palabras —, ¿no quieres pan blanco?

Y una sonrisa satisfecha apareció en su rostro.

El algodón, en sus diversas fases de crecimiento, daba mucho trabajo a los chicos. A medida que iban creciendo, y se hacían más conscientes, papá dejó de arrendarles terreno y les proporcionaba trabajo en campos más extensos. Durante las vacaciones veraniegas, siempre había que partir, cavar y cosechar el algodón. Partir era lo más rápido y agradable. Dos o tres semanas después de que el algodón empieza a crecer, es necesario podarlo, dejándole un solo tallo, para lo cual se cortan de seis a ocho ramales. Esto se hace al principio del verano; luego viene el cavar, y por fin la recolección, a fines del verano y en el otoño.

A menudo, papá contrataba el cuidado de algún campo y los chicos trabajaban a destajo en vez de a jornal. Así que, cuanta más prisa se daban, mayor era la remuneración.

Cuando trabajaban de esta forma, la importancia del terreno requería un capataz, y Hugh se echaba sobre los hombros la autoridad del campo, manteniendo el orden en los demás. Esto lo debía a ser el mayor, y a haber tomado la costumbre de ocupar el lugar de papá en casa cuando éste se hallaba fuera.

La vida de un chico siempre es buena, aunque sea en un campo de algodón, pues a distancia relativamente corta nunca faltaba alguna balsa donde poder bañarse; pero la manera de desaparecer para zambullirse en el agua era, por la vigilancia de Hugh, un ejercicio que requería mucha astucia por parte de los otros tres.

Un día abrasador, mientras se encontraban en una

plantación trabajando cerca del extremo de los surcos, apareció de pronto, ante sus ojos, un espejismo. Pero a medida que se iban aproximando, contrariamente a lo que ocurre con los espejismos, éste no se desvanecía, sino que a cada paso se hacía más claro. ¡Alegría de las alegrías! ¡Emoción de las emociones! ¡Los surcos corrían a lo largo de una fresca y umbrosa ensenada. Los tres pequeños trabajadores intercambiaron miradas sin esperanza, como los condenados. Recorrer un surco de extremo a extremo, y volver a emprender otro en dirección contraria, resultaba tan penoso como para el joven enamorado separarse de su amada.

Al llegar al fin de cada surco, la balsa parecía levantarse y hacerles una señal, como convidándoles. Hugh era el único que no la había visto.

Pero Dios, que velaba por los otros, lo advirtió, y dió a Hugh una sensación de ardor en la garganta. También hizo que aparecieran vacíos los cántaros de agua, y Hugh tuvo que irse a la granja para beber algo. Mientras se alejaba, quedando finalmente fuera de la vista, cayeron de repente al suelo los tres mangos de los tres azadones, como si obedecieran a una voz de mando, y los tres chicos se reunieron en concilio. No tenían tiempo ni para darse un chapuzón rápido; pero disponían de algunos minutos para discurrir.

—¿Qué haríamos para que Hugh no volviera antes de una hora? — preguntó Raybon a Cecil, pues éste encontraba siempre la manera de arreglar las cosas, principalmente cuando se trataba de echarse al agua.

—No lograremos detenerle — dijo Edd — como no sea rompiendo su azadón. Si al menos pudiéramos hacerlo...

—No es posible — agregó Cecil —, porque comprendería que intentábamos algo. Pero, ¡qué caramba!, podemos hacer que lo rompa él mismo.

Así se acordó. Se trajo una piedra de regular tamaño y se puso en el surco que cavaba Hugh, oculta

cuidadosamente bajo unas matas de hierba. Cuando el viento les llevó el silbido de su hermano, que regresaba después de refrescarse, los otros estaban tan afanosos en su trabajo, que ni se dieron cuenta de que volvía. Al poco rato, Hugh levantó el azadón con renovado vigor, y reanudó su trabajo. Durante algún tiempo, sólo se oyeron los cuatro azadones batiendo la tierra con regularidad. Luego llegó el momento esperado. La quietud fué turbada por un crujido repentino y el chasquido de una madera que se partía.

—¡Qué mala pata! — exclamó Hugh —. He roto el mango del azadón. — Las miradas de tres pares de ojos se cruzaron esperanzadas —. Voy a tener que volver para arreglarlo.

Y una vez más, mientras desaparecía Hugh en el horizonte, cayeron al suelo tres herramientas.

Al borde acogedor de la balsa se quitaron la ropa, rápidos como un relámpago. Pero no era cosa de acabar la fiesta acuática en un momento. Primero, y como entretenimiento, había que azuzar a las avispas. Cada uno de los chicos se armó de una larga vara, y de acuerdo con la costumbre establecida se dedicaron a hostigarlas en sus propios nidos, buscándolas entre los árboles. Mientras los insectos enfurecidos se lanzaban en todas direcciones, ellos, desnudos, iban escapando de sus embestidas de árbol en árbol, y acabaron por encontrarse acosados en la orilla de la balsa, hasta que les resultó imposible resistir más tiempo aquel frenético ataque. Entonces, con un grito de "¡Yip-pi-i-i!", se zambulleron en las aguas, y allí quedaron las avispas flotando, como en un líquido elíseo.

Por mucho que lo pensó, papá no pudo nunca comprender por qué los chicos tardaban tanto tiempo en acabar con aquella plantación.

—Voy a acompañarlos — dijo a mamá una mañana — y veré qué pasa.

Trabajó en un surco y cuando llegó a su extremo, se paró al borde de la balsa. Miró sus profundidades,

frescas y tentadoras, y entonces vió la cosa clara. Recogió su azadón, y se volvió a casa.

Durante el curso escolar había horas, sobre todo los sábados por la tarde, en las que el demonio podía muy bien haber establecido su tienda. Pero había abundancia de faenas que lo impedían. Nunca fué difícil para el hijo de un predicador encontrar trabajo entre los comerciantes que acudían a la iglesia. Y por tanto, siempre había repartos de comestibles que hacer, trajes que limpiar, césped que segar, heladoras que mover en la tienda de helados — con un salario que consistía en tres platos de mantecado helado y la posibilidad de lamer el cucharón —, semillas de algodón que cargar y otras ocupaciones llamadas a emplear facultades más varoniles a las que había de agregarse la portería de la iglesia. Si a los porteros oficiales de la familia les faltaba tiempo, se llegaba a un arreglo con otros feligreses para limpiar el polvo de los bancos; y cuando la lluvia penetraba en los sótanos, cosa que ocurrió en varias ocasiones, se necesitaba para sacarla el trabajo combinado de toda la familia, armada de cubos y palanganas.

Cada vez que papá obtenía trabajo del recadero de comestibles para cualquiera de los chicos, Edd pedía siempre el privilegio de que se le concediese. Pero estos trabajos no acostumbraban a durar mucho. Para repartir azúcar y harina, dieron a Edd un carrito arrastrado por dos mulas de cola muy tiesa, que se llamaban "Pat" y "Mike". Eran jóvenes e indómitas y no estaban dispuestas a dejarse dominar por un sencillo látigo de cuero, y, como todas las criaturas jóvenes, tanto animales como humanas, se esforzaban y tiraban hacia fuera tanto como se lo permitían las guarniciones. Edd se cansó pronto de este juego.

—Ya os enseñaré yo unas cuantas cosas — les gritó una vez, desaforadamente, mientras tiraba de las riendas y las paraba por fin delante de casa. Aunque

llevaba retrasado el reparto, desenganchó las mulas, y, entre halagos y tirones, acabó por sujetar a "Pat" en el lugar de "Mike".

—Ahora, podéis tirar todo cuanto queráis — dijo mientras se subía de nuevo en el pescante.

Así lo hicieron. Pero la costumbre de tirar en cierta dirección, sumada a su testarudez, resultó catastrófico para el carro y las municiones. Cuando Edd gritó "¡Arre!" y les sacudió con las riendas, empezaron a tirar en la dirección acostumbrada, es decir, una hacia otra, tropezando y empujándose y enredándose, rompieron la lanza del coche, e hicieron un lío de los arneses, sin cesar de patalear. Edd saltó fuera del carro y corrió hacia la casa, espantado:

—¡Papá! ¡Papá! — iba gritando —. ¡Ayúdame, papá!

Papá le ayudó a poner aquello en orden. Pero Edd tuvo que hacerse ante su jefe responsable de todo. Y perdió el empleo.

A medida que crecían, los chicos iban dejando estas ocupaciones sencillas y se dedicaban a cosas de mayor empeño. Un día en que Raybon estaba partiendo algodón se enteró de que un evangelista que le había oído cantar le ofrecía llevárselo consigo como cantor de himnos. Abandonó por tanto el azadón, y es de creer que aun se encuentra en el mismo lugar. Después de aquello más le valió la voz que las manos. Hugh, sin embargo, al igual que papá, disfrutaba siguiendo el camino de la enseñanza y alternó sus años de colegio con el profesorado. Después de haber seguido durante un año los cursos de pedagogía, aceptaron él y Cecil dirigir una escuela rural en los terrenos negros de Texas a fin de reunir el dinero necesario para poder ir a la Universidad. Hugh, que tenía entonces diecinueve años, era el superintendente y tenía a su cargo los cursos más altos y Cecil, que contaba a la sazón diecisiete, enseñaba a los más jó-

venes. Dos de los alumnos de Cecil en el tercer grado eran mayores que él, y todos los discípulos de Hugh también contaban más edad que su profesor.

Eran todos chicos decididos, y los alumnos tenían una rara costumbre de despedirse de sus profesores cada año, antes de que terminara el curso, para dedicarse a sus deportes favoritos. Hugh y Cecil mantuvieron su enseñanza hasta fin de curso, aunque no sin tropezar con alguna dificultad por parte de las familias.

Un día, Hugh descubrió que sus alumnos mayores, una docena de los más audaces, mascaban tabaco.

—Os quiero ver a los doce, después de la clase —les dijo.

Un silencio siniestro se produjo entre ellos, más siniestro aún para el maestro que para los discípulos. Estos se miraban entre sí cruzándose muecas y guiños, y recordando lo que habían hecho a otros profesores que se permitieron inmiscuirse en sus asuntos.

Después de la clase, Hugh les impuso el castigo con correazos a granel. Cecil acudió para prestar su ayuda moral. Se sentó en el montón de leña, acumulado al lado de la estufa, colocando ambas manos en forma significativa sobre sendos leños. Dos de los bravucones, que ya habían alardeado de "ya verán esos dos tipos lo que les vamos a dar", permanecían allí, limpiándose las uñas con sus navajas, como a quienes no les importa nada la cosa. Cuando les tocó recibir el castigo se fijaron, sin embargo, en las manos de Cecil, cada una de ellas agarrada a un leño amenazador. Entonces cerraron las navajas y se las guardaron. Hugh ofrecía un aspecto bastante cómico: su reducida estatura le facilitaba la tarea de zurrar en el lugar apropiado; pero sintió que sus energías se le escapaban como la arena de la mano mientras procuraba dejar una huella en la redonda contextura de los culpables. Una hora más tarde los castigados se fueron en una actitud demasiado dócil para presagiar nada bueno.

No hubo novedad durante el resto del día, pero Hugh y Cecil tenían la impresión de estar sentados sobre un volcán. Barruntaban el hervor y las sacudidas desde la superficie. Y a la mañana siguiente se produjo la erupción. Cuando se aproximaban a la escuela, doce chicos desharrapados y tres padres iracundos les esperaban delante del edificio. Un hombre de barba negra, alto como un castillo y de anchas espaldas, parecido al gigante Goliat, se separó del grupo adelantándose hacia ellos. Era Otto Cephas, el padre de Leo Cephas.

—¿Quién de vosotros es Hugh? — preguntó con voz de trueno, mientras levantaba en el aire una tranca a punto de dispararla.

Hugh palideció, pero se adelantó:

—Ese es mi nombre — respondió, con voz de falsete, cinco tonos más alto que de costumbre —. ¡Y no se atreva usted a tocarme!

Su inesperada resistencia no dejó de hacer mella en el ánimo del gigante. Retrocedió, pero a cada paso maldecía a Hugh. Dándose una palmada en el bolsillo, como si buscara su revólver, murmuró:

—Debería mataros a los dos.

El resto de los alumnos se había reunido en torno a ellos, pues ya era la hora de empezar la clase. Con el corazón en un puño, Hugh pasó lista, mientras Cecil montaba en el cabriolet y corría a casa de uno de los administradores. Los otros dos padres parecieron perder su interés en el asunto, porque se fueron a sus casas. Pero no así Otto Cephas, que siguió a Cecil, pegado a las ruedas. Por fin, Cecil encontró al administrador y le explicó lo ocurrido, dejando que Otfo Cephas se las entendiera con él. Luego, volvió a la escuela.

A los quince minutos llegaron en coche al patio de la escuela el administrador y el padre. Llamaron a Leo y se lo llevaron al otro lado del edificio para cerciorarse de las huellas que los latigazos habían dejado en su delicada anatomía.

El edificio tenía la forma de una "L" y, desde la ventana de su cuarto, Cecil pudo presenciar toda la escena. El padre tiró hacia abajo los calzones del chico para mostrar las señales; pero en aquel preciso momento Leo vió venir a una chica que llegaba con retraso y volvió a levantarse el pantalón. Terco en su empeño, el padre no había visto a la niña y volvió a echárselos abajo.

—¡Déjeme, padre! — berreó Leo, presa de irritación, mientras se volvía a tapar sujetándose enérgicamente la ropa.

—Pero, ¡se habrá visto! ¿Es esa forma de hablarme, mocoso? — vociferó el padre, enfurecido —. ¡Voy a enseñarte a respetarme!

Y padre e hijo se enzarzaron en una riña, que acabó echando mano aquél de la correa de su coche y sacudiéndole una paliza como Hugh no soñaba jamás administrar en toda su vida. Al fin se marcharon los dos, a caballo, lanzándose improperios e insultos.

Aliviado, el administrador llamó a Hugh y a Cecil:

—Si alguna vez vuelve a poner los pies en este patio — les advirtió —, dadle con lo que tengáis a mano.

Cuando terminó aquel año el curso, los dos chicos se encontraron frente a un verano vacío y lo emplearon vendiendo Biblias en la parte rural de Texas. Después de aprenderse de memoria una hermosa plática, sembrada de conmovedoras frases, y pertrechados de una "Rueda de la Vida", emprendieron su viaje, a pie, para sembrar la verdad por carreteras y caminos. Las melosas entonaciones de Cecil tenían especial virtud sobre los negros. Mientras daba. lentamente la vuelta a su "Rueda de la Vida", e iba hablando, les arrastraba en alas de la emoción y antes de que hubiera vuelto a tierra les hacía firmar un contrato de compra. Pero cuando, a últimos de verano, llegó el momento de las entregas y de los co-

bros, las emociones se habían marchado, y no se pudo dar con un cliente negro por ninguna parte.

Los vendedores de Biblias se alojaban donde podían: casas particulares, lugares rurales, o modestos hoteles en las ciudades pequeñas; y una vez a a la semana se presentaban en la Oficina de Correos para recoger la correspondencia. Hugh entró un día en la oficina central:

—¿Hay alguna carta para mí? —preguntó.

—Sí, chico, la hay —le contestó el encargado con alegría —. Tienes una tarjeta de tu papá. Quiere que vuelvas a casa este sábado. Toda la familia está bien.

Con los beneficios obtenidos en la venta de Biblias se compraron cada uno una bicicleta; y el verano siguiente volvieron a recorrer el mismo territorio, en sus máquinas, vendiendo mapas de los Estados Unidos.

Al mismo tiempo que así trabajaban los mayores, Gil y Candler se habían metido a negociar por su cuenta, instalando un puesto de limonadas, helados y gaseosas en un solar que había junto a la iglesia. El negocio iba prosperando, aunque no dejaba mucho provecho, y yo había tomado la costumbre de convidar todos los días a mis amigas. Nos las dábamos de señoras: "¿Y si nos fuéramos ahora a dar una vuelta por el puesto de mi hermano — sugería yo en tono de persona mayor — y nos tomáramos un plato de mantecado helado?" Como es natural, esta proposición caía en oídos bien dispuestos, y a los pocos minutos, Gil, el propietario, veía avanzar hacia su "establecimiento" un grupo de muñecas — media docena de chiquillas tocadas con sombreros de ancho vuelo adornados con plumas, faldas de larga cola que arrastraba y botas de tacón alto, empujando cochecitos de muñecas —. Con un suspiro, llamaba a su asistente y destapador de gaseosas en jefe, Candler, y atendía a mis invitadas, lanzándome unas miradas que significaban: "Ya nos veremos en casa." Pero el castigo nunca era tan severo como para que me

quitara las ganas de volver. Casualmente, el negocio acabó por quebrar.

Desde que cumplían los doce años, los chicos se vestían con el producto de sus propias ganancias, a la vez que atendían con ellas sus gastos particulares, y, más adelante, incluso llegaron a pagar los gastos de colegio.

Además, contribuían a partes iguales en la cantidad que teníamos asignada mi hermanita y yo.

Recientemente, pedí a Cecil que me dijera las ocupaciones que había tenido mientras iba al colegio. Confieso que no estaba preparada para recibir semejante alud.

—Verás — dijo —, aparte de las que tú ya conoces, ahí van unas cuantas que por ahora recuerdo: empleado en una tienda de legumbres y granos; lavaplatos en un restaurante; cargador de semillas de algodón en carros; vendedor de fruta en un puesto griego; ordeñador de vacas; cuidador de los chicos de un profesor de colegio; corredor de carbón a comisión, en pleno verano; sustituto de un cartero; botones de hotel; jornalero en un oleoducto; cuidador de rebaños en un rancho...

Le interrumpí rogándole que esperara un rato para volver a tomar aliento. Lo que había hecho podía ser variado, sí; pero era poca cosa comparada con las tareas de los otros cinco chicos.

"Sólo hay un bien: el conocimiento" — dijo Sócrates. Y como papá y mamá estaban completamente de acuerdo con él, decidieron que cada uno de sus ocho hijos deberían poseer un título universitario. Con este fin, se pasaron en el colegio, en conjunto, treinta años de la familia. Siendo imposible soportar el gasto de varios hijos en pensión, fuera de casa, papá renunció a varios ascensos que le correspondían para pasar a parroquias más importantes, con tal de no apartarse de la universidad y seguir teniéndonos a

todos en casa. Y a la Conferencia le pareció muy bien esta ambición, que le obligaba a quedarse en iglesias pequeñas, a condición de que tuvieran a su alcance el centro escolar.

Siempre había alguno de nosotros que tenía que examinarse de un grado u otro. Recuerdo cierto mes de junio en que Candler estaba preparándose para acabar el curso de gramática, mientras yo sacaba el diploma para la segunda enseñanza, Janette y Edd se examinaban de su curso de Bachillerato en el colegio, y Hugh se presentaba para su Preparatorio de Teología. Aun estábamos todos en casa, ayudando a papá a desempeñar sus obligaciones en la iglesia, a dos pasos de allí, y todos nosotros trabajábamos además en una u otra ocupación fuera de casa, incluso mi hermanita y yo: ella como visitadora profesional de la Iglesia, y yo como profesora de una clase de párvulos.

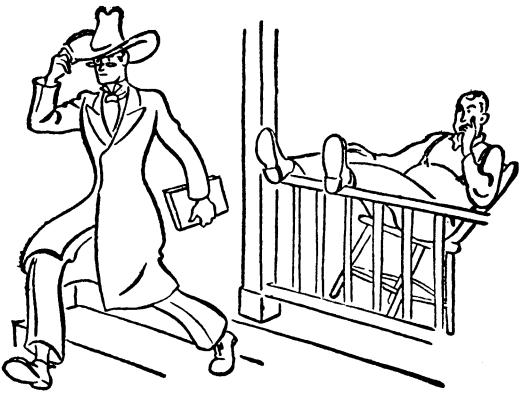
Fué aquel año, en junio, cuando el tío Tom vino a visitarnos desde el Mississipí. Venía a comprar algodón. Sólo trabajaba tres meses al año y el resto del tiempo se paseaba. No profesaba ninguna creencia; pero, ai lgual que los hindúes, dedicaba mucho tiempo a la contemplación.

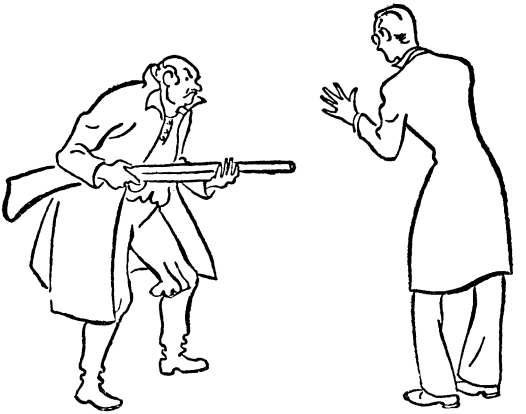
Durante su estancia entre nosotros se pasó la mayor parte del tiempo en la galería de delante, con los pies apoyados en la barandilla, mascando goma y pensando; pensando y observando la interminable procesión de una familia de diez miembros que se dedicaban a sus actividades cotidianas, yendo a la escuela o al trabajo, entrando, como una exhalación, para comer o mudarse, y corriendo nuevamente a la calle, para trabajar, jugar, o ir a la iglesia.

Cierta tarde, en que el movimiento en la galería no se había interrumpido ni un instante, oyó cerrar la puerta de una forma violenta. Esta vez era papá, con su Biblia bajo el brazo, que volvía a ponerse rápidamente el reloj en el bolsillo y se sujetaba el sombrero mientras cruzaba la galería. El tío Tom no pudo so-

portar más. Golpeó con los pies en el suelo y se levantó exasperado.

—¡Por todos los diablos, Edwin! —gritó a papá, mientras éste cruzaba el patio—. ¿Cuándo meditáis vosotros?





AMBOS SERAN UNO MISMO

"AQUELLOS que Dios ha unido, ya no podrán ser separados." Papá pronunciaba estas palabras con toda la dignidad que requería un altar cubierto de flores, y velas encendidas, y una novia con flotante velo. Pero aquí el conjunto no respondía a tan bella idea. La novia calzaba zapatos caseros, un kimono con flores bordadas y tenía la expresión de un gamo espantado. El novio llevaba botas altas, un guardapolvo y mostraba la cara del "gato que acaba de tragarse al canario". Papá estaba vestido de rigurosa etiqueta, aunque lo había hecho con las prisas de un bombero al oír la señal de alarma.

Era un día de febrero, a las tres de la madrugada. No había flores, y la única marcha nupcial que se oía era el castañeteo de los dientes de los tres personajes principales, temblando de frío al compás de la ceremonia, y los de mi hermanita y los míos, que también nos habían sacado de una cama calentita para servir

de testigos. La ley exigía que hubiera dos personas presentes en los esponsales y raramente las traían consigo los que habían de casarse. Esta pareja vino completamente sola y, según todas las apariencias, se habían fugado.

El novio metió prisa:

—Abrevie lo más posible, reverendo, también así será legal.

Y papá comenzó, diciendo:

—Queridos hermanos, estamos aquí reunidos...

Mientras proseguía la ceremonia, el novio, nervioso, en lugar de mirar amorosamente a su novia, mantenía los ojos fijos en la puerta, y el oído atento.

A las palabras: "Yo os declaro marido y mujer..." el novio, sin esperar la última bendición, puso dos dólares en la mano de papá, recogió a su raptada novia y se la llevó hacia el umbral.

Papá levantaba cuanto podía la lámpara en el pasillo a fin de alumbrarlos en el camino, mientras los observaba. El marido subió a su mujer al caballo, desató al animal y montó delante de su mujer, la cual le abrazó por la cintura apretando la cabeza contra su espalda y desaparecieron, galopando en la noche.

Apenas habíamos recogido las mantas, volviéndonos a meter en la cama, cuando se oyeron violentos golpes en la puerta, y gritos capaces de despertar a un muerto. Todos los de la casa, en pijamas y camisones de dormir, nos precipitamos hacia el vestíbulo y esperando angustiosamente, mientras papá descorría el cerrojo. Apareció una figura enorme, con un rostro apoplético, que llevaba una escopeta en la mano. Tenía la cabeza hundida en el cuello, la camisa de noche metida en los pantalones, éstos en unas botas de goma, y todo ello cubierto con un impermeable. Jadeando, preguntó si papá había casado a dos jóvenes locos, y él, temblando, reconoció que así era. Y mientras todos, apurados, buscábamos amparo en las faldas de mamá, el hombre levantó la escopeta y apuntó a papá.

—¡Párroco! — rugió —. Voy en busca de esa pareja, y le va a tocar a usted deshacer el nudo que acaba de atar — adelantó un paso —. Durante treinta y un años he impedido que cualquier vagabundo se llevara a mi hija, y que me ahorquen si permito ahora que Jasper Fox me pase la mano por la cara. ¡Aunque tenga cuarenta años!

Y sin más, cerró la puerta estrepitosamente.

Todos nos quedamos inmóviles, como petrificados, llenos de miedo.

—No volverá — dijo papá con calma, mientras cerraba la puerta. Y de nuevo volvimos a nuestras camas, suspirando tranquilizados al pensar que aun éramos demasiado jóvenes para casarnos, ya que esto representaba tanta preocupación, y había que pasar tanto frío.

"Por lo visto, los que están dentro de la institución matrimonial desean salirse de ella, y los que están fuera desean entrar." A los clericales ojos de la familia de un Pastor, les hace el efecto de que todo el mundo asalta las puertas del matrimonio.

Una ceremonia de casamiento, como si fuera una gracia divina, cae igual que una lluvia benéfica sobre la parroquia. Nadie puede predecir a qué hora se presentará el caso y es dos veces bendita: porque bendice al predicador que la otorga y a la pareja que la recibe. Al menos, así se dice.

Aproximadamente hace dos siglos William Cowper aconsejaba a los jóvenes enamorados que

No sólo escogieran pareja adecuada
sino que se casaran en momento propicio.

Unos pocos, que son gente sensata, se rigen por este consejo y eligen fechas razonables; pero muchos consideran el momento propicio cuando, por fin, lo-

gran de la amada el "sí" tan deseado y tienen un párroco al alcance.

Las ceremonias matrimoniales de papá iban desde el altar Mayor hasta el asiento de un coche; de mediodía a medianoche, y de una tarifa elevada a gratis.

Estábamos completamente adiestrados en la técnica de reconocer a las parejas aspirantes al matrimonio. No hacía falta gran esfuerzo para ello; por muy ordinario que fuera el hombre, y por muy vulgar que fuese la mujer, despedían irradiaciones inconfundibles al llegar el momento culminante, transformados como estaban por el amor.

Era nuestro deber dar a las parejas, por muy inopinadamente que se presentaran, la impresión de que papá las estaba esperando. Las invitábamos cordialmente a que se acomodaran a sus anchas, y luego pedíamos que nos perdonaran, pues habíamos de avisar a papá su llegada. Si al dar la vuelta por la otra parte de la casa no lo encontrábamos, nos dirigíamos a mamá que siempre sabía donde estaba. Enviaba entonces a alguno de los chicos, a toda prisa, por la parte de atrás, a la tienda de comestibles, o a casa de la abuela Steele, y antes de que la pareja pudiera impacientarse y salir en busca de otro párroco, papá entraba sonriente por la puerta de delante.

Unir a dos personas en un mismo lazo para el resto de sus días, era para papá un importante remiendo en su red eclesiástica. La gravedad de la ceremonia ponía tal expresión en su rostro, que cualquier inadvertido testigo hubiera pensado que él era el novio. Nunca supo tomar un matrimonio a la ligera. La señal de este estado de ánimo se notaba en su costumbre de prepararse de alguna forma especial para la ceremonia. Aunque estuviera vestido con la ropa del domingo cuando se presentaba la pareja, la hacía esperar mientras se entregaba a un rápido retoque, aun cuando no consistiera más que en cambiarse de corbata y pasarse el cepillo por el pelo.

Papá tropezaba con cierta dificultad para encon-

trar un asunto de conversación adecuado, que sirviera de enlace entre este mundo de cada día y las elevadas regiones en las que se mueve una pareja a punto de casarse. Primero, desde luego, hacía las presentaciones de unos y otros y a continuación empleaba los lugares comunes que sirven para todo. Empezaba diciendo:

—¡Qué buen tiempo hace hoy!

Y el novio asentía:

—¡Sí, hace buen tiempo!

Y después de una pausa, añadía:

—Parece que la cosecha será buena este año.

Algunos de los presentes decía que sí. Al fin, el silencio se hacía insostenible, y reuniendo todas sus energías, papá miraba vagamente a algún punto, entre el novio y la novia, y acababa por decir:

—Cuando ustedes quieran...

Pobrecitos, que habían tenido que esperar aquellos interminables minutos, tan preparados como ellos venían!... Se miraban uno a otro y, torpemente, se levantaban. Casi siempre, papá tenía que advertir al novio que se colocara al otro lado. Y entonces empezaba el solemne acto.

Contrastando con su dificultad para hablar antes de la ceremonia, después de pronunciar el último "Amén", papá se volvía locuaz. Una vez pasada la tirantez, con la bendición, insistía en que los contrayentes se sentaran a charlar un rato con nosotros. Pero ellos siempre tenían prisa en despachar el último requisito: pagar la tarifa y marcharse.

Recuerdo que un día, al llegar al fin de la ceremonia, papá dijo, como de costumbre:

—Y ya que John y Sara han consentido celebrar juntos el santo matrimonio... les declaro marido y mujer...

John, que hasta entonces había estado contemplando el suelo, miró a Sara de reojo. Ella sonrió a su mirada, y ya no tuvieron más ojos que para sí mismos durante unos cuantos momentos divinos. Estaban

tan arrebatados, que ni oyeron el "Amén" ni a papá que tosía ligeramente, para avisarles que la ceremonia había terminado.

—¡Ah! — pensamos los presentes —. Eso sí que es amor verdadero.

Papá cogió de la mano al novio y empezó a sacudírsela arriba y abajo, como quien saca agua con una bomba, en cordial felicitación. Esto volvió a la pareja a su estado consciente. Les pidió que se sentaran. Pero ellos ni se sentaron, ni se fueron. Siguieron dedicándose mùtuamente miradas de carnero.

—Les deseo que sean ustedes felices — dijo papá, aunque ya se lo había dicho cinco minutos antes.

—Sí, señor — repuso John, ya perfectamente dueño de sí y, disponiéndose, al fin, a soltar la pregunta que quedaba por hacer —: ¿Cuánto le debo, reverendo?

—¡Oh! — dijo papá con voz de circunstancias —. Lo que usted comprenda que vale su mujer.

Los testigos estuvieron a punto de desplomarse al oír la contestación del novio. Metiendo mano en su bolsillo, John hizo sonar unas cuantas monedas, separó de entre ellas una, y preguntó con toda seriedad:

—¿Tiene usted cambio de veinticinco centavos?

Muy distinta fué la contestación de otro novio. Al hacer la pregunta de rigor, y oír la misma contestación de papá, un relámpago pasó por sus ojos. Metió, hasta el fondo, las manos en sus bolsillos y con gesto rápido, les dió la vuelta, vaciando billetes y calderilla y sin contarla se la entregó a papá, hasta el último centavo.

—Ella vale todo lo que tengo — dijo.

Cierto atardecer, se paró un cabriolet delante de la casa. En él venían una Jeanie rural, de cabello sedoso y de color oscuro, y sentado a su lado un Harry, de pelo rubio. Daban la impresión de no tener rumbo

fijo. Las ruedas del cabriolet dieron una última vuelta y se pararon al fin. El hombre llamó a Edd, que estaba jugando en el patio y le preguntó:

—¿Es ésta la casa del reverendo?

—Sí, señor — contestó Edd, sonando ya en sus oídos las campanas de boda —. ¿No quieren ustedes entrar?

—No. Dile que venga aquí — repuso el otro —. Queremos casarnos, pero ha de ser en el coche.

Papá salió:

—¿No cree usted que resultaría mejor la ceremonia en casa? — les dijo —. Yo preferiría que se hicieran estas cosas con mayor dignidad, especialmente las bodas.

—No, nos quedaremos sentados aquí — dijo el novio. La novia al parecer no tenía nada que opinar en el asunto.

—Como quiera — asintió papá.

Mientras tanto, un tropel de chiquillos vecinos se habían reunido en torno al coche con la boca abierta.

—Edd — dijo papá —. Di a Hugh que encienda una linterna y que venga; está oscureciendo. Y tráeme mi ritual.

Nunca pude comprender por qué papá siempre tenía que leer las ceremonia de bodas en su Ritual. Me constaba que era el hombre más listo entre los vivos; y en todo caso, listo o tonto, debía de saberse a la fuerza de memoria una cosa que había repetido tantas veces. Bien es verdad que raramente echaba una mirada a las páginas, pero por una u otra razón, tenía que sostener el libro en la mano.

Acudió Edd con el ritual; vino también Hugh con la linterna encendida, y todos los demás nos reunimos a su alrededor, sin razón alguna.

—Queridos hermanos — dijo papá —: estamos aquí reunidos, en presencia de Dios y de los testigos—eran testigos improvisados, con caras sucias, pero solemnes —, para unir a este hombre y esta mujer en santo matrimonio.

El novio estaba, más que sentado, medio tendido, con un pie colgando descuidadamente por encima del pescante y las riendas arrolladas a un dedo. La novia miraba desde su oscuro rincón. En esta posición permanecieron hasta el "amén".

Un profundo suspiro escapó de los labios del novio, que se sintió aliviado al ver que terminaba la ceremonia. Y este suspiro encontró un eco en el juvenil auditorio. Los vecinitos pensaban que todo había terminado; pero no así los hijos del párroco. Nosotros sabíamos que aun faltaba algo.

—¿Tiene usted un cheque en blanco, reverendo? —tartajeó el recién casado.

—Sí, señor —respondió papá —. Aquí tenemos dos Bancos, ¿sabe usted? ¿Cuál prefiere?

—Oh, cualquiera —dijo el hombre, con desparpajo.

Se envió a Cecil a casa, en busca del cheque y el novio lo llenó, por una cantidad regular.

—Gracias —dijo papá, doblando el papel en una de sus manos, mientras con la otra felicitaba al novio y se despedía de la recién casada —. Les deseo una vida feliz.

El novio levantó las riendas y el carruaje desapareció de nuestra vista.

Hugh, que todavía sostenía la linterna, cogió el cheque de las manos de papá y lo acercó a la luz:

—Aseguraría que es falso —afirmó, porque no nos era permitido decir "apostaría" —. Ese no tiene dinero en dos Bancos.

—Hijo mío —le replicó papá —, no juzgues. Puede ser ahorrador. Y es bastante conveniente repartir el dinero entre dos Bancos, porque si uno de ellos quiebra, no es tanta la pérdida.

Hugh llevó el cheque a mamá, y al informarse también puso una cara de duda; pero no dijo nada.

Pocos días después, durante la comida de mediodía, el banquero local vino a ver a papá. Estuvo un rato hablando de cosas indiferentes, hasta que fué derecho al grano.

—Hermano Porter — dijo —, tengo aquí un cheque... pero, al parecer, no se encuentra la cuenta corriente.

Por encima de la mesa, los ojos de Hugh se encontraron con los de mamá, en mutuo acuerdo, y el nuevo vestido que ésta pensaba hacerse se perdió en la región de las cosas que podrían haber sido.

Un deporte favorito de la familia lo constituía el adivinar las gratificaciones de bodas. Casi sin excepción, los que caían en la red matrimonial se entretenían algo al salir del cabriolet, prolongando los últimos instantes de libertad que les quedaban. Si por el contrario se presentaban en la puerta dispuestos, siempre se perdía algún tiempo en los preliminares, buscando a papá o esperando que estuviera preparado para la ceremonia. Y este intervalo era suficiente para calcular las posibilidades de la pareja y especular acerca de la cantidad que podrían pagar. El predecesor de Emily Post había fijado el mínimo en tres dólares; pero pocos parecen haberse enterado de este libro de etiqueta.

Así nuestra opinión de un novio de tres dólares, era sencillamente: "Ha leído el libro." Cecil colgaba en el vestíbulo una pizarrita donde se apuntaba la cantidad que cada uno señalaba. Cuando se nos presentaba una pareja con brillo matrimonial en los ojos, todos cuantos estábamos en casa hacíamos nuestro pronóstico, y después de la ceremonia, al que había acertado o más se aproximaba, papá le daba una propina. Pero eso acabó por ser un problema, porque los chicos ya ganaban todos dinero para sus gastos, mientras mi hermanita y yo no teníamos esta compensación. Y así se decidió que lo que el novio diera por cada boda pasara por turno a mamá, a mi hermanita y a mí, siguiendo como hasta entonces aquel deporte.

Cuando papá tenía que quedarse en la iglesia du-

rante la noche, yo me iba a dormir sin protestar. Pero si estaba en casa, por nada dejaba de sentarme en sus rodillas, mientras él leía la Prensa de la tarde por encima de mi cabecita dormida. Una noche de invierno, después de una tormenta que son raras en Texas, cuando el hielo cubría las calles y crujía en los árboles, yo me encontraba bien recogida entre las piernas de papá para el resto de la velada, cuando se oyó una llamada a la puerta. Fuera estaban en pie dos mujeres y dos hombres.

—¿Podría usted celebrar un doble matrimonio ahora mismo? — preguntó uno de los hombres.

—Desde luego — contestó papá, y les invitó a que entraran y se calentaran al fuego.

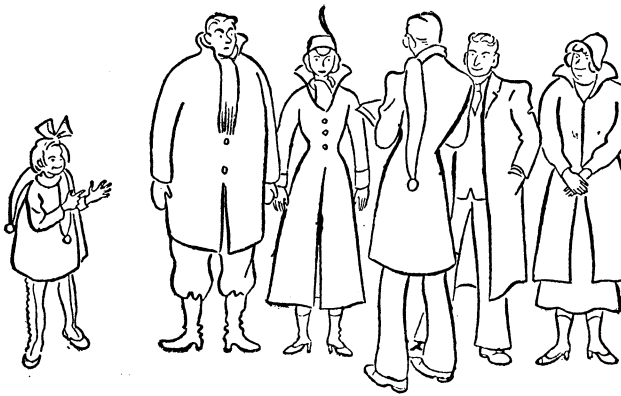
—Sabemos que hace frío y que la iglesia no tiene calefacción — dijo uno de los novios —, pero nos gustaría que la ceremonia se celebrara en ella.

No añadió, aunque todos lo entendimos, que los que se van a casar no temen el frío ni el hielo, ni cualquier otro inconveniente en el mundo.

Papá envió delante a Hugh para que encendiera las luces y se quedara allí como testigo, y como los demás chicos estaban estudiando, pedí que me dejaran ser el otro, pues recordé que esta vez me tocaba a mí lo que dieran y mamá consintió contra su gusto.

—Tengo miedo a que te enfríes — dijo —, pero de todas formas te abrigaré bien. — Hizo de mí un paquete, algo así como un osito forrado, y fuí hacia la iglesia balanceando la mano de papá.

Esperé el donativo de los novios con interés. Como no tenía más de ocho años, me costaba calcular exactamente a lo que podía elevarse. Pero sabía multiplicar y aquí había dos bodas. Si cada novio daba dos dólares, ¡serían cuatro! Y los que daban a papá mucha molestia para casarlos, a veces le pagaban el doble. Dos veces cuatro dólares serían... veamos: uno por dos son dos, dos por tres son seis, dos por cuatro son ocho... ¡ocho dólares! ¡Y todo eso para mí! Tendría para comprar una muñeca, dos nuevos li-



bros y aquel par de botas con caña encarnada. Este dinero era la realización de todos mis sueños de chiquilla.

En la iglesia hacía frío, y nuestra respiración despedía vaho. Yo me senté bien pegada a Hugh mientras servíamos de testigos.

Y llegó la parte de la ceremonia que siempre he temido: "Y por lo tanto, si cualquiera puede demostrar en justicia que existe alguna razón para que no puedan ser legalmente unidos, que hable, o de lo contrario que más adelante guarde secreto." ¿Qué ocurriría si en aquel preciso momento alguno dijera: "Yo conozco razones por las que no se pueden casar"? Nunca había ocurrido esto, pero con cada boda se presentaba una nueva posibilidad. Y además había aquel otro momento, aun más angustioso, en el que el novio o la novia se ven en el caso de confesar cuando papá dice: "Os requiero a ambos (y responderéis de ello en el terrible día del Juicio Final...) que si alguno de vosotros conoce algún motivo por el que no le sea permitido contraer matrimonio, lo confiese en el acto..." Esas palabras siempre me pro-

ducían un escalofrío a todo lo largo de la espina dorsal.

—¡Oh, que nadie confiese ahora nada, sea lo que sea!... — suspiré esta vez —. ¡Ahora que se trata de mis ocho dólares!

Nadie objetó, nadie confesó, y la ceremonia siguió adelante, como de costumbre, hasta su final.

La doble boda sellóse con un beso duplicado, y apretones de mano cuadruplicados. Esta vez, y a pesar de temblar de frío, no parecía que papá se preocupara por que se despidieran en seguida. No hubo la pregunta acostumbrada de "¿Qué le debo?". Pero mis ojos, que estaban alerta, se dieron cuenta de que cada novio ponía algo en la mano de papá, y mi oído desilusionado percibió un ruido metálico de monedas. Claro que aún podían ser dólares de plata en vez de billetes.

Una vez que se marcharon las dos parejas y Hugh se disponía a apagar las luces, tuve el tiempo justo de ver que eran... ¡cinco cuartos de dólar! ¡Un dólar veinticinco, y nada más! Me arrepentí de haberles deseado felicidades.

En cierto lugar, la casa parroquial era amueblada con excesiva lentitud. Las cosechas no habían sido buenas en los últimos tres años y las funciones teatrales organizadas por la iglesia y las cenas benéficas habían fallado en sus propósitos de reunir fondos para la "Sociedad de Misiones". Entonces se decidió que todos los donativos de bodas del año fueran a parar a manos de mamá para ser empleados en mejoras domésticas. Especialmente en el comedor, que era la habitación más mísera de todas, y la que más utilizábamos, pues las sillas estaban estropeadas hasta dar vergüenza.

Cuando mamá se informó que se aproximaba la boda de Lena Blanton con un hombre rico del Norte, su corazón dió un salto. Sin duda esto proporcionaría

un buen donativo que, unido a otros dinerillos que tenía ahorrados, arreglaría de una vez lo de las sillas del comedor. Al día siguiente de oír la noticia de aquel enlace, mamá se fué a la tienda de muebles para echar una mirada.

—Espero que podremos comprar unas sillas para la casa parroquial dentro de poco — dijo al comerciante.

Se hicieron grandes preparativos para la boda de Lena. En toda la ciudad reinaba la mayor expectación, pues poca gente sabía que ni siquiera tuviera novio, ya que lo había conocido y se había prometido durante un viaje que hizo a New Hampshire. Y ahora venía del otro extremo del país a Texas para casarse. El mismo día de la boda, por la mañana, las señoras de la Congregación cogieron flores de todos los jardines y las colinas próximas para adornar el altar. Era la temporada de las violetas y se reunieron enormes cantidades de ellas para componer un fondo digno a la ceremonia.

Se fijó para las cuatro de la tarde, y toda la ciudad se dispuso a presenciarla. Pero a las dos, el mozo de la estación llegó en bicicleta a nuestra casa y preguntó por papá.

—Her-er-mano Porter — tartamudeó —, acaba de lle-llegar un t-t-telegrama del novio de miss Lena... — sus ojos se le fueron abriendo cada vez más —. Parece que no-no va a casarse con ella.

Papá tomó el telegrama y se lo metió en el bolsillo interior de la chaqueta. Subió en su cabriolet y recorrió rápidamente las tres millas que le separaban de la casa de los Blanton, para dar la noticia a Lena, con toda prudencia.

Tan pronto como se marchó, el sensible corazón de mamá se enterneció y sus ojos se llenaron de lágrimas. Mientras daba vueltas por la casa, lamentando la fragilidad de las promesas masculinas, se encontró de pronto en el comedor. Y allí le vimos cómo se desplomaba en una de las sillas destrozadas.

—¡Pobre Lena! —decía sorbiéndose las lágrimas mientras se frotaba los ojos. Al poco rato se levantó distraída y recorrió la habitación—. ¡Pobre Lena! —dijo otra vez, sentándose, apesadumbrada, en otra silla en mal estado—. ¡Pobre, pobre chiquilla!

La pobre Lena sobrevivió, pero mamá se vió objeto de las bromas de todos, porque contamos a papá lo mal que le había sabido que dejaran plantada a la pobre novia, y a donde había ido a sentarse para llorarlo.

Una luna gigante brilla sobre Texas pues en ninguna parte fulge más clara, ni aparece mayor que en el estado de la Unica Estrella. Y con aquella luna brillante, durante los meses de primavera y verano, prosperó considerablemente la industria de bodas. Todos los sábados, tarde y noche, traían algún casamiento, y con bastante frecuencia se efectuaban varios a la vez.

Para los chiquillos vecinos, vivíamos en un mundo extraordinario, donde ocurrían acontecimientos sensacionales. A cada momento veían entrar en casa a un hombre y una mujer para casarse, que luego marchaban juntos en su coche. Los muchachos rabiaban por presenciar las bodas y a Candler se le ocurrió la idea de dejarles echar una mirada a este mundo maravilloso por una pequeña cantidad. Y así comenzó a funcionar el teatro de la ventana con cortina, que sólo representaba bodas.

Siempre que se celebraba una ceremonia, Candler acomodaba a los espectadores, y Gil cobraba diez centavos por cada uno. Después de haber pagado y bien colocados en la parte exterior de la ventana de la sala, dispuestos a observar, yo entraba en casa, daba una vuelta como quien no tiene nada que hacer, y apartaba las cortinas. En compañía de Gil, como autoridad suprema para mantener el silencio, la concurrencia asistía a la representación y al acabar el

solemne acto nos repartíamos entre los tres el ingreso, sin que papá se enterara de nada.

La noche de un sábado, unos novios se desposaban a la vista de un grupo de niñas y niños, que observaban agazapados desde sus puestos de la ventana. El novio seguía atentamente la ceremonia, pero la novia se mostraba muy distraída desde el principio, permaneciendo así hasta que llegó el momento de colocarle el anillo. El padrino de boda lo sacó del bolsillo, lo entregó al novio, quien se lo dió a papá, el cual a su vez se lo devolvió al novio, y éste, por último, lo introdujo en el dedo de su amada. La novia estuvo observando la escena con mucha atención.

—Tenga la bondad de repetir conmigo — dijo papá al novio —: "Con este anillo te desposo."

—Con este anillo te desposo — repitió, y en este mismo instante la novia no pudo contener más su entusiasmo. Estaba claro que era el primer anillo que tenía en su vida. Lo levantó alguna distancia de sus ojos y estuvo contemplándolo orgullosamente.

—¡ Sé que es oro fino — exclamó —, porque si fuera falso se habría deslucido con tanto manoseo!

¿ Se efectuó alguna vez una boda sin que ocurriera algo inesperado? ¿ Puede caérsele a la novia una prenda interior? Recuerdo a una chica de poco ánimo, que sufrió en cierta ocasión un percance desconcertante. Fué en uno de esos enlaces que se celebraban en nuestras habitaciones. Era una muchacha vergonzosa que vestía un traje de organdí. Tan apurada estaba que nos hizo el efecto de que se decía a sí misma:

—Espero que podré resistirlo.

El novio, como ocurría con frecuencia, parecía estar mucho más seguro de sí mismo.

Mientras papá recitaba: "... en santo matrimonio, que es estado honorable..." la mano de ella se deslizó disimuladamente hacia sus espaldas, y se dió un

tirón a algo, cerca de la cintura. La ceremonia continuó y cuando llegó la oración: "Oh, Dios Eterno... derrama tus bendiciones sobre estos servidores; este hombre y esta mujer...", la novia se llevó de nuevo la mano a la cintura, y dió otro tirón. La oración acabó: "... y vivan según tus leyes, con Jesucristo nuestro Señor."

Al decir papá "amén", la novia, creyendo que todo había acabado, cuando en realidad sólo era el fin de la oración, suspiró profundamente. ¡Fué algo catastrófico! A la aspiración, el cordón que ceñía la cintura se rompió, y el corsé cayó a sus pies, todo arrugado. Se le encendió el rostro de vergüenza, y mientras papá seguía adelante mamá se deslizó detrás de ella, cogió la prenda, la novia levantó un pie, luego el otro; y de este modo mamá pudo ocultar el corsé debajo de un cojín del sofá. ¡Bendita sea mi madre! Ahorró al novio la desilusión de comprender que en vez de casarse con un ángel del cielo, lo hacía con un ser humano que llevaba corsé.

A menudo, nuestra presencia en los enlaces consistía en algo más que actuar como testigos. Asistía en ocasiones una superabundancia tal de concurrencia, que era preciso entretenerla en la galería delantera y en el exterior de la casa. Esto último ocurrió cierto sábado por la tarde, en el que el novio colocó a sus seis hijos, a un lado del patio; y la novia, a cuatro de su propiedad al otro lado, con la orden de estarse quietos hasta que se les llamara.

Y al tiempo que dentro empezaba la solemnidad, fuera libraron los dos bandos una batalla campal. Mientras papá rezaba para que la pareja "pudiera vivir siempre en amor y paz", una voz aullaba desde el patio:

—¡Mamá, mamá, di a este bruto que me deje en paz! ¡Mamaaaaá!

Se interrumpió la ceremonia y ambos padres se

precipitaron hacia sus respectivos retoños para hacerles callar. Regresaron luego a la casa a fin de recibir la bendición final, y después se pusieron en marcha para reanudar las hostilidades en otro teatro de operaciones.

Mientras estábamos sentados alrededor del fuego, una noche de invierno, con nuestros libros escolares esparcidos por el suelo y las mesas, llamaron a la puerta. Papá la abrió y dejó paso al hermano Benedicto, un buen hombre que durante toda su vida había sido miembro de la congregación.

—Mi mujer, mi sobrina y su novio están en el coche — dijo —. Ya sabe usted que Mary y yo nos casamos en esta casa parroquial hace treinta y cinco años. Pues bien, a nuestra sobrina se le ha metido en la cabeza que quiere casarse esta misma noche en la misma habitación.

—Lo haremos con mucho gusto — contestó papá.

—No sabemos qué pensará usted de ello — continuó el hermano Benedicto —. Pero es el caso que cuando se hicieron obras en esta casa, hace nueve años, se le dió otra nueva distribución y la habitación en que nosotros nos casamos, es ahora su cocina.

Papá pareció preocupado. Nunca había casado a nadie en aquel lugar.

—Dije a Jenny que quizás se opondría usted, pero no me dejó en paz hasta conseguir que se lo preguntara.

—Dígales que entren — dijo papá —. Es privilegio de la novia que la ceremonia se celebre donde ella quiera. La efectuaremos por tanto en la cocina.

Mamá dejó su libro en la mesa, y con una mirada nos dió a comprender que necesitaba la ayuda de mi hermanita y la mía para hacer una limpieza y un arreglo relámpago en la cocina.

Toda la familia presenció la ceremonia. Se verificó

delante de un altar improvisado; se adornó la pila con ramas de yedra que colgaban a ambos lados; se puso un tiesto con flores en la ventana, y una vela encendida en cada vasar. La comitiva entró a los acordes del "tip, tip, tip" de un grifo que goteaba. El canario de mamá cantó: "Te quiero de verdad", y al concluir papá con las palabras: "El Señor os mire con misericordia y os colme de favores", el novio dió a la novia el beso de ritual por encima del fregadero. Si es verdad lo que dicen acerca del camino para llegar al corazón de los hombres, esta novia inteligente, pidiendo desposarse en la cocina, iba muy adelantada, y sin duda tuvo un gran acierto.

Después de celebrar papá cierta boda, la conversación de los invitados no se ciñó, como de costumbre, al vestido de la novia ni al comportamiento del novio, sino a lo que Cecil no había llevado y a lo que el novio había dejado de hacer.

Edith Meadows, que fué durante años una activa militante de la Iglesia, pues daba clase en la escuela dominical, y cantaba en el coro, iba a contraer matrimonio con un forastero llamado Charles Abel, al que muy pocos conocían, y el día de su boda invitó amablemente a todas sus amistades a que presenciaran la ceremonia que había de efectuarse en la iglesia.

—Este acto me parece una alborada de dicha para nosotros — dijo Edith a papá —; por lo tanto deseamos casarnos precisamente en el momento en que apunta el día.

Durante la tarde que precedió a la ceremonia, la pequeña iglesia quedó adornada como nunca lo había estado hasta entonces. El altar fué totalmente cubierto de follaje y de flores, entremezclados con guirnaldas de helecho traídas de una florista de la ciudad vecina. Así toda la noche, la iglesia estuvo preparada para en el momento del alba abrir sus puertas de par

en par, dejando paso a una de sus más amadas feligresas.

Aún era de noche, ya cerca de la madrugada, cuando papá se inclinó sobre la cama en que dormían Raybon y Cecil. Este era el portero oficial y a él le correspondía por tanto dar los últimos toques a los preparativos.

—Levántate, hijo — murmuró papá, sacándole de un sueño que no tenía relación alguna con su oficio—. Mejor será que vayas inmediatamente y enciendas las luces. Sólo faltan unos cuarenta minutos para la boda, y podrían presentarse algunos invitados.

—Está bien — contestó Cecil, medio dormido —. ¿Qué necesidad tenían de escoger una hora tan intempestiva para casarse?

Estábamos a fines de primavera, y siendo ya las noches cálidas, Cecil había renunciado a sus pijamas en favor de otra indumentaria nocturna más liviana: unos calzoncillos cortos. De nuestra puerta trasera a la iglesia no había más que un paso, la oscuridad era aún total y como Cecil tenía la idea de volver luego a la cama para los cuarenta últimos ronquidos, no se preocupó de vestirse. Somnoliento, se deslizó de la cama, fué a la puerta y pasó a la iglesia. Cruzó el despacho y se dirigió al otro lado del coro, donde estaba el interruptor general con el que se encendían a la vez todas las luces de la iglesia. En medio de la oscuridad encontró a tientas el mango, lo bajó, y la iglesia se inundó de pronto de un inmenso resplandor.

Mientras daba la vuelta por la nave bostezando para volver a casa, sus ojos semicerrados se le abrieron de repente a punto de saltar de las órbitas. ¡Era increíble! En varios bancos *¡había gente!* Eran invitados a la boda, que habían encontrado sitio en la oscuridad y esperaban la hora. Al verle se incorporaron con divertido asombro, ante aquel inesperado espectáculo. No se abrió la tierra como hubiera deseado Cecil, pero tampoco había una salida inmediata por donde pudiera desaparecer. Volvió a empu-

ñar el interruptor y hundió de nuevo al mundo entero y a sí mismo en una oscuridad absoluta, escapando a tientas por la puerta.

—¡Eh, Cecil...! —exclamó con voz burlona, un espectador masculino —. ¡No sabía que además de la boda hubiera cuadros plásticos!

Con las mejillas escendidas, Cecil se volvió a la casa y despertó a Raybon. Bajo la promesa de una generosa propina, éste se vistió y dirigiéndose a la iglesia, volvió a dar las luces.

A los treinta minutos, papá se encontraba en el despacho junto con el padrino de la boda, ya todo dispuesto para empezar la ceremonia. La iglesia estaba abarrotada. Edith, en el vestíbulo, aparecía radiante, con unos ojos como estrellas, que eran objeto de la admiración y de la envidia callada de sus damas de honor.

El pianista puso los dedos en las teclas, y el solista en pie a su lado empezó a cantar:

Cuando amanece en el cielo
Te quieroooo.

La música rompió el silencio produciendo un ambiente de expectación. Papá se dirigió nervioso al padrino:

—¿Dónde está el señor Abel? — inquirió.

—Eso es precisamente lo que yo me estaba preguntando, señor.

—Si no está aquí dentro de cinco minutos — dijo papá —, nos obligará a retrasar la ceremonia.

Pasaron dos minutos. El canto terminó. Había llegado el momento de la marcha nupcial de "Lohengrin" y de la entrada de las damas de honor.

—Seguramente estará por ahí fuera — dijo el padrino.

—Mejor será que vaya usted a avisar a la señorita Edith — indicó papá —. Dígale que espere hasta que lo hayamos encontrado.

El pianista empezó a tocar "Aquí viene la novia", y ya se dirigía una de las damas de honor hacia la nave lateral, cuando llegó el padrino a presencia de Edith.

—Charlie aún no se ha presentado, Edith. ¿Sabe usted dónde puede estar?

Las estrellas en sus ojos se ocultaron detrás de unas nubes.

—No, no lo sé. Anoche estuvo en casa hasta las doce. Se hospeda en el hotel.

—Bueno, pues no entre hasta que la avisemos — dijo mientras salía rápidamente a dar la vuelta a la iglesia para llevar la noticia a papá.

—Busque a cualquiera de mis hijos entre los invitados — le pidió papá — y mándelo al hotel a ver si está allí el señor Abel.

Edd, que estaba disponible, salió corriendo tres manzanas más arriba.

—¿Se hospeda aquí el señor Abel, hermano Wren? — preguntó al conserje.

—Sí, Edd; pero supongo que se encuentra en la iglesia. Ya sabes que se casa esta mañana.

—El caso es que allí no está. — Y al decir esto Edd subía por la mitad de la escalera. — ¿Cuál es el número de su habitación?

—El nueve, hijo.

Se precipitó hacia la puerta señalada y llamó con violencia:

—¡Señor Abel, señor Abel!

—¿Qué desea? — contestó una voz adormilada.

—Es la hora de la boda — jadeó Edd —. Los invitados esperan, la música está tocando. ¿Qué les digo?

—¡Por todos los...! — La voz sonaba ahora despierta. Se oyó el ruido de dos pies dando al suelo.

—Por favor, diles que esperen un poco. Estaré en seguida.

Edd recorrió las tres manzanas en un momento y cuando llegó a la iglesia el piano tocaba otra vez "Aquí viene la novia".

—Esperen un momento—dijo Edd a papá—. Ahora viene el novio.

El alba, siempre puntual, no quiso detenerse ni aun por tan romántico motivo. Y la luz del sol, que nada puede esconder, se esparció por el mundo antes de que Edith Meadows pudiera colocar su mano en la de Charlie Abel, y papá pusiera en ambas la suya diciendo: "Yo os declaro marido y mujer".

Mientras unos novios permanecían sentados cierto día en la casa parroquial esperando impacientes el momento de contraer matrimonio, mi hermanita y Gil les daban conversación, haciendo tiempo para que papá se cambiara de traje.

—Acabo de enyesar el ala a un pájaro que se ha caído del árbol — dijo Gil —. Supongo que quedará bien.

—Sin duda — le contestó la novia por puro cumplido.

—Cuando sea mayor tendré un hospital de mi propiedad — siguió diciendo Gil.

El novio estaba nervioso. Le importaba muy poco lo que pudiera ser aquel chiquillo al que no había visto nunca. Miró el piano.

—¿No sería hermoso — preguntó a su novia — que cantáramos algo antes de casarnos?

Mi hermanita, que contaba entonces once años, y estaba acostumbrada a no hacerse de rogar cuando le pedían que tocara o cantara, dijo suavemente:

—Lo haré con mucho gusto para ustedes.

Echó a andar con aire importante hacia el piano, se sentó en el taburete y arregló sus faldas. Y mientras mamá en la habitación de atrás daba a papá los últimos toques al peinado con el cepillo, oyó, con gran sorpresa, la dulce vocecita de mi hermana que cantaba "Ven a reunirte conmigo esta noche en el país de los ensueños".

CAMINOS DE PLACER

CUANDO los mayores de mis hermanos eran aun pequeños y las parroquias de papá se encontraban al oeste de Texas, su concepto de la vida estaba influído por la atmósfera salvaje que se respiraba en las ciudades del oeste. Las pequeñas poblaciones eran de importancia secundaria, comparadas con los enormes ranchos que las circundaban. En ellas unos picadores profesionales, de anchas espaldas, se paseaban arriba y abajo por las calles; los "cowboys" holgazaneaban delante de los bares, y los rancheros cabalgaban, dándose importancia, por la plaza, fumando puros enormes. Sombreros descomunales, espuelas y botas de tacones altos constituían obligado atuendo masculino. Los rancheros enviaban o traían ellos mismos sus potros a la ciudad, y los picadores los montaban y domaban allí mismo, en medio de la plaza. Los caballos se encabritaban dando coces, mientras los jinetes, apretadas las piernas e inclinados sobre el lomo, les gritaban en las orejas hasta terminar por someterlos. Todo aquello ejercía una fuerte atracción en el alma de los muchachos en sus anhelos

de grandes aventuras y en su culto al heroísmo. Y al igual que en los demás, produjo una gran impresión en los cuatro de la casa parroquial.

En cierta ciudad, mis hermanos podían quedarse sentados en su elevado nido y desde allí observar, a vista de pájaro, lo que sucedía en la plaza. Se fijaban en los picadores, estudiaban su técnica de montar y recordaban sus expresiones. Y luego lo ensayaban todo en el prado con las vacas.

La tarde de un sábado, en que la plaza aparecía llena de gente paseando, los chicos decidieron hacer una exhibición de doma allí mismo, que era el lugar apropiado.

Para ello no disponían más que de "Molly", la vaca que nos proporcionaba la leche, y de su becerro "Daisy". Empujando a "Molly" por el estrecho pasaje de la granja, y con muchos esfuerzos, consiguieron ponerle la silla. El becerro había de ser montado a pelo.

Hugh subió sobre "Molly", y Cecil se contentó con el rebelde "Daisy", mientras Edd y Raybon se dedicaban a interpretar en todo su sentido literal la expresión de "pinchar a las vacas". Así fueron dando vueltas y más vueltas alrededor del cercado, pinchando a los dos animales sin consideración, hasta que su furor alcanzó el punto deseado. Y cuando "Molly" empezó a mugir intentando deshacerse de la silla, y "Daisy" a embestir, se abrió la puerta, y aquella imitación del rodeo salió de estampía. Dieron la vuelta a la esquina, los chicos aullando y gritando, y las vacas sin cesar de mugir y dando brincos.

La muchedumbre que paseaba empezó a huir desparramándose cuando las dos reses enfurecidas desembocaron en a cale. Los chicos, entretanto, exhibían con orgullo sus nuevos conocimientos lingüísticos. Cecil gritaba en las orejas de "Daisy":

—¡Da la vuelta, ojo de marica! ¡Hija chiflada de un conejo orejipéndulo! ¡Maldita sea tu cuero de perro sarnoso!

Papá, que estaba en la esquina, conversando, se quedó sorprendido.

—¡Chissst! — exclamó mientras la alarmante escena pasó como un tumulto a su lado. E inmediatamente echó a correr tras ellos, en desenfrenada carrera, con los faldones de su levita flotando al viento —. ¡Parad, muchachos, parad! — gritaba persiguiéndolos alrededor de la plaza.

Divertido con la inesperada escena, el público se interesó y comenzaron a cruzarse apuestas; unas a favor del predicador y otras de sus chicos.

Las largas piernas de papá le permitieron alcanzarlos al fin. Cogió a "Molly" de un cuerno y a Hugh de una oreja, y ordenó a los jinetes y azuzadores que le siguieran. Así lo hicieron, lenta y sumisamente. El fracasado rodeo acabó de dar la vuelta a la plaza y desapareció, avergonzado, por la misma calle y por la misma puerta de la que unos momentos antes habían salido llenos de brío, a la conquista de la pública admiración.

Aunque la baraja y el dominó habían escapado a nuestro conocimiento, no nos lamentábamos por ello. Hubiera sido tan inútil para nosotros hallar un momento de ocio para jugar a las cartas, en medio de las infinitas ocupaciones diarias, como lo fué para Diógenes encontrar un hombre honrado. Entre la escuela, las reuniones de la iglesia, los invitados a casa y el trabajo y los juegos fuera de ella, los días estaban tan llenos de quehaceres que casi desbordaban.

Como los chicos mayores tenían cada uno su bicicleta, que compraron con las ganancias de las Biblias y los mapas, yo podía subirme a ellas cuando papá no lo veía; pero sólo de lado, por dentro del cuadro, ya que sentada a horcajadas, sobre la silla en una bicicleta de muchacho, mis cortas piernas no alcanzaban los pedales.

Por lo tanto pedí que me compraran una para mi

estatura. Pero por desgracia la cuenta del banco nunca daba para adquirir tal tesoro y, además, papá consideraba la bicicleta cosa exclusivamente de muchachos.

—Nunca más volveré a pedirte una bicicleta — le dije — si me permites tener un perro y unos patines.

Me fué concedido el perro y, poco después, apretaba contra mi corazón un cachorrito lulú, blanco, que parecía una borla de polvos. Los patines tardaron más tiempo en venir porque papá no les tenía mucha simpatía. Los feligreses miraban los *skatings* frunciendo el ceño; y a pesar de que se resistió, hice el propósito de utilizar mis patines únicamente a lo largo del paseo. La verdad era que pocos niños de la parroquia los poseían. Pero mamá no dejó de hacer un poco de presión, y el día de mi noveno cumpleaños logré llevar en un brazo un par de patines, y en el otro a mi perro. El lulú se llamaba "Donnie".

Mientras patinaba arriba y abajo por el paseo, y dando vueltas alrededor de la iglesia, mi dicha no conoció límites. Hasta que un día la mala disposición de papá hacia este deporte tomó forma humana en un feligrés que tenía dispepsia en el cuerpo y gota en la imaginación. Entró en el patio donde mi compañera y yo estábamos sentadas en los peldaños de la escalera delantera, preparando, con estrépito, nuestros patines para la tarde, se aproximó y con mirada de desaprobación gruñó:

—¿Podría ver a tu papá? Tengo un asunto personal que tratar con él.

Dejé mis patines en un escalón.

—Entre y siéntese, por favor — dije, procurando ser cortés, aunque adiviné que el asunto personal no debía de ser muy agradable —. Voy a ver si encuentro a papá.

Lamenté encontrarlo en casa, y lo dejé con el hermano Jonás, mientras yo volvía reunirme con Fay. Aun seguíamos sentadas en la escalera apretando las correas de los patines, para asegurarlas bien, cuando

oí las voces que venían a través de la abierta ventana:

—Hermano Porter — dijo el hermano Jonás con voz doliente —, ya sabe usted que la Biblia nos ordena evitar hasta la apariencia del mal.

—Así es — contestó papá.

—Bien. Fíjese en que no dice tan sólo: "evitar el mal", sino que expresa terminantemente: "evitar hasta la misma apariencia del mal" — siguió con énfasis.

—Es verdad — asintió papá.

—Y los patines, como todos sabemos, son instrumento del demonio — agregó, tosiendo para aclararse la voz —. ¿No cree usted que no es propio de la hija de nuestro predicador estar siempre con ellos?

Nosotras nos indignamos.

—¡Vaya un hijo bizco de sapo! — gruñó Fay.

—¡Chist! ¡Escucha! — le dije en voz baja, pues papá estaba contestando y de sus palabras dependía toda mi futura alegría.

—Tiene usted toda la razón, hermano Jonás — exclamó, al tiempo que la esperanza exhalaba su postrer suspiro dentro de mi pecho.

—¡Ojalá tuviera ese tío verrugas en todos los dedos de las manos y de los pies! — murmuré, mientras mis ojos se llenaban de lágrimas y sentía un nudo en la garganta.

Fay y yo estábamos a punto de soltar el trapo y ahogarnos en una inundación de lágrimas, cuando la voz de papá siguió:

—Y en verdad le digo que procuramos en todo momento evitar la apariencia del mal. Sin embargo, nuestra hijita está delicadilla y el doctor nos ha aconsejado que aprovechemos todo lo que le permita tomar el aire y hacer ejercicio.

¡Hurra por papá! No cedía. Estaba diciendo la verdad y pensamos que había quedado muy bien, recordando aquella opinión del médico en su momento oportuno. Mi amiga y yo nos abrazamos y no quisimos oír nada más. De un largo impulso, nos desliza-

mos, y pronto estuvimos lejos. ¡Hurra por el juego libre!

Sabiendo que el mismo hermano Jonás tenía también su salud algo quebrantada, se comprende que sintiera más tarde por mí una simpatía nacida de la hermandad en el sufrimiento. Y desde entonces quedé bajo su protección.

—¿Qué tal te sientes, pequeña? — me preguntaba cada vez que nos encontrábamos.

Y como era farmacéutico tomó como una obligación el informar a papá de todos los reconstituyentes que aparecían en el mercado y ¡Dios le bendiga! hasta llegó a regalarme muchos frascos, tabletas, levaduras, preparados de hierro y tónicos, que si los hubiera tomado todos, a estas horas sería un espíritu.

Papá era muy sociable; le gustaba la sana y honesta alegría, y siempre procuraba mantener este ambiente a nuestro alrededor. En general, era activo para conseguirlo. Siempre estábamos organizando juegos fuera de casa, en los que tomaban parte todos los niños de la comunidad, y a los que papá y mamá aportaban su colaboración cada vez que necesitábamos algún consejero adulto.

En cierta ocasión que habíamos trabajado mucho preparando una función benéfica — entrada dos centavos, a beneficio del fondo de leche para los niños de pecho —, papá y el superintendente de la escuela dominical pidieron prestada en alguna parte una gran tienda de campaña del ejército y la instalaron en el solar que había al lado de la iglesia. Con aquel equipo dimos una función muy celebrada — tan celebrada que hubo de repetirse dos veces más —, proporcionando así a los niños desamparados más fondos de lo que hubiéramos podido soñar.

Ninguna de las casas en que habitamos estuvo mucho tiempo sin un campo de tenis y otro de *croquet* y éstos se transformaron pronto en lugar de reunión

para toda la juventud de la comunidad. Papá no hacía distinción alguna entre Judy O'Grady y la esposa del coronel y a veces se reducía algo nuestra alegría por mostrarnos tan sinceramente democráticos como papá deseaba que fuéramos. Nosotros teníamos nuestras preferencias entre los compañeros de juegos; pero él siempre decía:

—El hijo de un predicador no debe dar muestra alguna de preferencia.

Y estábamos obligados a sujetar nuestra conducta a esa ley.

Una vez, Hugh y Cecil fueron criticados por no haber invitado a dos chicas de la ciudad a que vinieran a jugar al tenis. Pertenecían a una de las familias importantes de la parroquia, y cuando la cosa llegó a oídos de papá, llamó a los chicos a capítulo.

—Si no traéis a las señoritas de Smith, y jugáis con ellas se ha acabado el campo de tenis — dijo en forma de ultimatum.

Cecil y Hugh prometieron invitarlas al día siguiente, y se atuvieron no sólo al espíritu de la ley, sino a la letra.

Por la mañana, Cecil se dirigió en bicicleta a casa de los Smith:

—Lucy, ¿querrían, usted y Jenny, venir hoy a jugar

al tenis con Hugh y conmigo? — dijo amablemente.

Sin consultar a su hermana, Lucy contestó:

—Con mucho gusto. ¿A qué hora?

—Pues... si les parece, a las dos — dijo Cecil marcando una pausa, como si improvisara y no estuviera todo previamente planeado con Hugh.

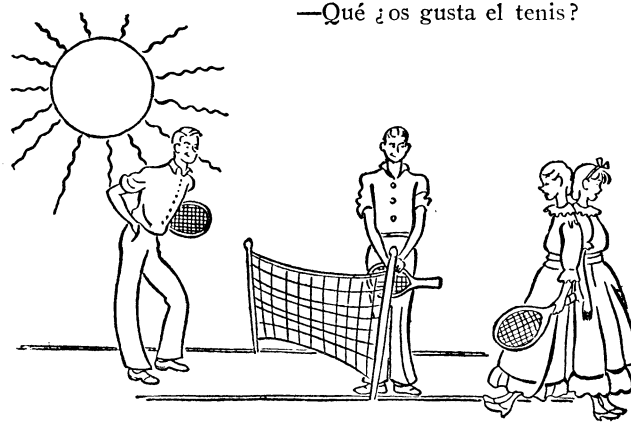
—Bien, iremos. Cuenten con nosotras — asintió Lucy alegremente.

A las dos. ¡Una tarde de agosto en Texas, cuando el calor es tan terrible que aun los propios indígenas no sienten más deseo que el de quitarse la carne de encima, y sentarse con los huesos al aire!

Lucy y Jenny llegaron con toda puntualidad a la hora acordada, sonrientes y frescas, vistiendo unos trajes suizos de crespón, a rayas. Como nunca habían jugado al tenis, Hugh les explicó pacientemente las reglas del juego y, cuando se figuraban que ya sabían bastante, empezó la partida. Ellos jugaban rápida y briosamente, haciendo correr a las chicas de un extremo a otro del campo, y a todo lo largo de la red.

Cuando terminó el primer encuentro Hugh y Cecil preguntaron:

—Qué ¿os gusta el tenis?



—¡Ya lo creo! — contestaron entusiasmadas las muchachas, haciendo un esfuerzo.

—Entonces, seguiremos jugando — insistió Cecil.

Y todos volvieron a ocupar su sitio en el campo para seguir devolviendo pelotas y aguantando oleadas de calor.

Sin pararse a descansar, fueron jugando otro y otro, y otro partido más. Al finalizar el sexto, Jenny, empapada de sudor, despeinada y con el rostro encendido, se reunió con Lucy, que presentaba el mismo aspecto. Y los chicos oyeron decir lo que habían estado esperando, preparando y trabajando de una manera tan denodada:

—Mejor será que nos volvamos a casa...

Hugh y Cecil les dieron las gracias por haber venido, y las acompañaron galantemente. Se las volvió a invitar más adelante, pero desde entonces las señoritas Smith dejaron de mostrar el más mínimo interés por el tenis. Al menos, por el campo de la casa parroquial.

Exactamente de la misma manera que los chicos mayores incluyeran en sus juegos el del rodeo, Candler arrastró también a nuestra vaca a una exhibición privada.

La historia se repite, tanto en nuestra casa como en cualquier otra parte.

Un día de esos, perezosos y cálidos, tan propios del verano de Texas, mamá tenía reunida en casa a la "Sociedad de Misiones" y como de costumbre, a nosotros nos incumbía obsequiar y entretener a los hijos de sus miembros. Candler, que era entonces un chiquillo muy bien plantado de diez años, estaba sentado a mi lado en los peldaños de la galería delantera, en unión de los otros muchachos, aburrido e ideando algún juego, cuando sus ojos tropezaron con "Maude", nuestra vaca lechera, que estaba sujeta a un palo en el solar de al lado.

Sin desviar su mirada de la res, y con un gesto significativo, se incorporó, dándose una palmada en el pantalón para sacudirse el polvo al tiempo que exclamaba:

—¡Vamos, chicos, seguidme!

Y mientras en la casa se rezaba una oración en favor de los herejes chinos, la pequeña pandilla siguió los pasos de su dictador en dirección al solar. Inconsciente del principalísimo papel que en la función le estaba reservado, "Maude" seguía rumiando con su acostumbrada mansedumbre.

—Echaos atrás, muchachos — ordenó entonces Cander.

Todos se retiraron a prudencial distancia. Y tomando carrera, mi hermano sorprendió la tranquilidad de "Maude" arrojándose de un salto sobre sus lomos con un terrible golpe. Y luego, mientras la pandilla de chiquillos le gritaba y jaleaba, le hundió los tacones en los ijares, dándole al mismo tiempo con una mano en las ancas:

—¡Yippppi! — gritó.

Enloquecida, al verse tan mal tratada, "Maude" emitió un mugido digno de un toro mejicano, y se precipitó hacia el cercado, en busca de su seguridad. En dos saltos, la cuerda a la que estaba atada la impidió avanzar, frenándola, y ante los ojos desorbitados de los espectadores Candler salió por los aires, aterrizando vertiginosamente.

En aquel momento, las señoras reunidas aparecieron en la puerta de la casa.

—¡Se ha matado! — gritaron —. ¡Pobre chico! ¡Oh, pobre chico! ¡Se ha matado!

Y se apiñaron alrededor de él, abanicándole, golpeando sus muñecas y palpando su cuerpo en busca de huesos rotos.

Candler permaneció tendido e inerte un corto rato, regocijándose al oír tantas lamentaciones. Luego, de un brinco, se puso en pie. Hizo un profundo saludo y con aire desenvuelto dijo:

—¡Gracias, señoras, muchísimas gracias!

Y "Maude", satisfecha de recobrar al fin su tranquilidad, volvió a rumiar en el mismo lugar donde la habían sobresaltado de aquella manera un momento antes.

SALIERON CANTANDO Y BAILANDO

MAMÁ decía con frecuencia: "Si el púlpito no hubiera llamado a vuestro padre, se habría hecho actor."

Papá disfrutaba mucho en el teatro. Ha tardado bastante en transigir con el cine; pero las funciones con personas de carne y hueso siempre han sido su constante alegría. A menudo instaba a algunos de sus feligreses aficionados a representar para que prepararan algo porque era el modo más fácil de conseguir dinero para cubrir cualquier déficit en el presupuesto de la iglesia, y, a su entender, un buen espectáculo constituía el mejor modo de observar la Pascua, el Día de la Madre, el del Hijo, el de acción de gracias y el de Navidad.

La organización y dirección de las funciones caía, generalmente, sobre los hombros de mamá. Y no era nada fácil descubrir diamantes en bruto, y, gracias a un pulido diario, lograr que brillaran ante las familias y los amigos, mientras se mantenía a raya todo sentimiento de envidia o de celos en el reparto de los

papeles y de conformidad entre los que quedaban sin actuar. Tampoco era grano de anís preparar los decorados — desde el portal de Belén para un cuento de Navidad, hasta una catedral en la obra. "Por qué tocaron las campanas" —, ni fácil, con medios tan limitados, confeccionar el vestuario — desde la brillante armadura de un caballero del medioevo, hasta el regio manto de armiño de un rey oriental —. E, identificados con el espíritu de cada función, cooperaban en ella los feligreses en unión de nuestra propia familia.

Nos sentíamos muy orgullosos de que mamá fuera la organizadora e hiciera la mayor parte de los trajes y durante aquellas semanas de preparación flotaba en la atmósfera rutinaria de la casa parroquial el ambiente sugestivo y pintoresco del escenario. Esparcidas por la habitación de mamá había telas de diversos y llamativos colores, cortadas para transformar a una alumna de segunda enseñanza en una Madona, o a un adolescente en un hombre sesudo, y en un rincón, rígidas y relucientes, estaban las alas de un ángel, a punto para ser fijadas en las espaldas de alguna afortunada rubita.

En mi carrera teatral fué una desilusión no haber desempeñado nunca el papel de ángel. Y es que jamás

se le ocurrió a nadie que una mocosa de ojos negros y piel de aceituna pudiera ser etérea. Las figuras celestiales han de ser sutiles e ingrávidas. Sin embargo, de cuando en cuando me servía de consuelo coger las alas y presumir con ellas puestas por toda la casa, convertida en querubín extraoficial. Y al revés de las visitas de los demás ángeles, que acostumbran a ser cortas y deslumbrantes, las mías duraban buena parte de la semana. ¿Qué son algunos momentos en escena, comparados con toda una semana de batir las alas a discreción?

Una vez, por puro accidente, mamá permitió que su vida, completamente alejada de los bastidores, apareciera ante las candilejas. Fué cuando la "Sociedad de Misiones" organizó la representación de una de aquellas comedias de poca categoría — "La reunión de las solteronas" — para la cual las señoras de la congregación se afanaron en reunir la más ridícula indumentaria que pudieron encontrar a mano: sombreros con plumas altas; botas que se abrochaban hasta media pantorrilla; faldas con cintura de avispa; bolsos y otras diversas cosas que guardaban en sus buhardillas llenas de polvo. El asunto, poco gracioso, consistía en una reunión de solteronas de todas las partes del país, que se unían para lamentarse colectivamente de sus penalidades. Sobre este argumento fué casi improvisada la obra, y a cada ensayo se le añadía algo.

La misma noche de la representación, la que interpretaba uno de los principales papeles — el de delegada de la reunión — no pudo actuar por estar enferma y mamá se puso las botas altas y los trapos viejos para substituirla. Nadie de nosotros estaba informado de ello ni nos dimos cuenta de nada hasta que salió al escenario. Y ella, que acostumbraba a ser la mismísima esencia de la seriedad y de la circunspección, aquella noche se entregó por completo a la

hilaridad que imponían las circunstancias, en una forma que divirtió a los feligreses, nos dejó boquiabiertos a nosotros y enteramente anonadado a papá.

Con la cabeza echada hacia atrás y un gesto despreocupado, se movió con desenvoltura en el escenario, y, en cierto momento, llegó hasta las mismas candilejas y *flirteó* con papá. Ella, que era madre de ocho hijos, fué la solterona más atrevida de la reunión. Cuando llegó el momento de la canción, se plantó en medio del escenario, levantó la voz en un tono de lamentación y cantó fuera de registro y con gestos desolados:

¿Por qué permití que me besara?
¡Oh, que me bese otra vez
porque, aunque yo misma me culpara,
Dios mío, me pareció tan guapo!

Y así sucesivamente, hasta doce estrofas diferentes.

En casa, después de la función, todos nos agrupamos a su alrededor. Ahora tenía para nosotros otra aureola. ¡Nuestra madre sabía actuar en escena!

—¡No suponíamos que fueras capaz de hacer eso, mamá! — dijimos —. ¿Por qué no intervienes en todas las funciones?

—¿No sientes vergüenza, papá — dijo Raybon —, por haber privado a la escena de tan estupenda actriz?

Papá miró a mamá con sonrisa indulgente y un "¡Chist!" fué su único comentario.

Casi siempre se daba a Candler algún papel en las comedias que organizaba la Iglesia, especialmente por las Navidades. Pero él se escapaba del compromiso cuantas veces podía, ya que su carácter poco formal se resistía a aprender el texto y soportar después los ensayos.

Cierta Navidad, en que mamá tuvo que abandonar

la dirección, miss Donald, que le substituyó, dió a Candler un papel de un pastor. Este, como de costumbre, rechazó el honor alegando que tenía demasiado trabajo en la escuela, pero papá se enteró, e inmediatamente aceptó el papel en su nombre. Y desde el primer ensayo, Candler recitó complacido:

—¿Qué es esa gran luz que inunda la tierra? ¡Vamos a verlo allí!

Después de lo cual, estaba indicado que en compañía de los demás pastores debía aproximarse al pesebre y permanecer en pie, apoyado en su cayado, sin pronunciar palabra durante los treinta minutos que seguían.

Si le hubieran permitido que llevara otro traje de colores más vistosos y calzar sandalias, habría acogido con más gusto su papel. Pero se le exigía que vistiera una zamarra de franela gris que le estaba ancha, que se liara un trapo alrededor de su cabeza — como una vulgar criada — ¡y que fuera descalzo...! Era el colmo. Estaba en edad consciente, y verse obligado a pisar descalzo arriba y abajo por las frías naves le parecía bastante duro. Sin embargo:

"No se podía razonar el por qué,
sólo cabía obedecer, y morir."

Y así lo hizo, aunque a cada ensayo se helara un poco más de lo que debía. A medida que se aproximaba el momento de la función, sólo un último vestigio de respeto a sí mismo y la idea de cuánto afectaría a papá su defección, le impidió rehuir el compromiso. El honor le sujetó los pies, y pocos minutos antes de que se levantara el telón, ya se encontraba entre los reunidos en la habitación que servía de vestuario, hecho un envoltorio en su zamarra gris, sin zapatos, sin calcetines y sin ánimo. Sometió a un último retoque su caracterización, dejando que le adornaran la cara con una barba de crepé y que reforzaran sus cejas con lápiz negro.

Luego, con el corazón en un puño, oyó sonar el cántico:

"Noche silenciosa, noche santa..."

que era la señal para hacer su entrada en la iglesia con los demás pastores. Estaban de pie en la oscuridad que reinaba entre bastidores, frente a la escena. En medio de ésta había un portal de Belén, de escenografía, sobre el cual colgaba una estrella brillante. Entonces el foco se dirigió sobre la parte de atrás de la iglesia, por donde habían de entrar los pastores. En voz queda, Candler susurró: "Vamos, chicos, hay que pasar por allí" y mientras echaba a andar, declamó su frase:

—¿Qué es esa gran luz que ilumina la tierra? —dijo—. Vamos allá, y veamos.

Avanzaron, cruzando la nave y subieron a la plataforma, donde se instalaron, esperando el resto de la función. Se descorrió la cortina y apareció el pesebre con María sentada detrás, mirando fijamente a la oscuridad, y su lado, en pie, José, con gran apostura. Desde el fondo de la iglesia salió un canto a tres voces:

"Somos tres reyes de Oriente
trayendo regalos desde países remotos..."

y cantando, aparecieron también en escena los tres reyes Magos.

Todo iba bien. Los pastores descansaban tranquilamente sobre sus cayados y los Magos contemplaban con admiración el pesebre. Uno de ellos, de rodillas, hacía su respetuosa ofrenda cuando, de repente, a aquella María de diecisiete años le retozó el regocijo en los labios. Lo que seguía le correspondía a ella

—Dios te bendiga—dijo al rey Mago, arrodillado—por tu regalo al niño.

Y acabó con una risita contenida. El hombre sintió

también un irreprimible deseo de reír y, en su apuro, miró a José para recuperar la serenidad; pero no pudo hallar remedio, porque también él, con la vista fija en el suelo, hacía esfuerzos por contener la risa. Uno tras otro, cuantos estaban en escena fueron sucumbiendo al regocijjo, y mientras soltaban sus frases, todos procuraron disimular las sonrisas que estaban a punto de romper la solemnidad de la escena. Todos excepto Candler, aunque también él tenía la vista fija en el suelo, contemplándose los pies como si le avergonzara que los demás perdieran la dignidad de sus papeles de aquel modo.

Como solía ocurrir en tales ocasiones, la iglesia estaba abarrotada de público. Papá se movía nervioso al observar que la función amenazaba hundirse con tanta risita y los padres de los improvisados actores, diseminados en medio de la concurrencia, empezaron a preparar la reprimenda que iban a soltar a sus respectivos "prodigios" cuando volvieran a casa. Por fin llegó la última escena, en la que compañía y público cantaron el coro "Alegría en el mundo..."

Reunidos luego en nuestra sala comentamos la representación.

—Hijo — dijo mamá a Candler como felicitándolo —, me siento orgullosa de ti por haber sabido mantenerte serio y no seguir aquella risita sacrílega. Pero ¿de qué se reían?

Este era el misterio que ninguno de los actores había divulgado en la iglesia.

—Verás, mamá — fué la explicación avergonzada de mi hermano —. Yo no sé mentir. — Y al decir esto, se quitó los zapatos y los calcetines y puso sus pies desnudos sobre el suelo a la vista de todos. Encima de cada uno de ellos, y en líneas negras bien marcadas, había dibujado una caricatura, de forma que moviendo los músculos la hacía cambiar de expresión. Había ejecutado estas obras de arte con el lápiz de las cejas, el "rouge" y los polvos del maquillaje. Ahora lanzó miradas suplicantes a papá:

—Francamente — dijo —: no creí que provocaran aquel escándalo. Me fastidiaba tanto estar de pie, sin hacer nada, que decidí recurrir a esto para distraerme; pero todos acabaron por darse cuenta.

Y así se despidió Candler de las funciones bíblicas.

No sólo terminó bruscamente de esta forma la carrera de actor de Candler, sino que sus actuaciones improvisadas tuvieron también un fin desastroso. Durante toda su vida, algo dentro de su alma se vió fascinado por los gestos grotescos y descoyuntados de los negros cuando expresaban su satisfacción. Era asiduo espectador de todas las reuniones sagradas de los hombres de color, y nos ofrecía una interpretación de las mismas a la mañana siguiente, cuando desayunábamos nuestros copos de avena. Además, siempre que podía, tenía un compañero de juego de color que constantemente le servía de instructor en las costumbres negras y en las actitudes primitivas.

Durante los días de su asistencia al colegio de segunda enseñanza, hizo amistad con Zeke, un muchacho negro que, en contradicción con el significado profético de su nombre, no tenía nada de santo. Se

pasaba los días vegetando, lustrando los zapatos y distrayendo su holgazanería con la práctica del *buzzard lope*, una danza de ritmo lento y primitivo.

Candler estudiaba los movimientos de Zeke a cada momento y los repetía a puertas cerradas. Con un adiestramiento tenaz logró perfeccionarse en el *lope*, y sólo en raras ocasiones se avenía a hacer alguna demostración de su talento entre los de su pandilla, aunque de ello la familia sólo tenía conocimiento por rumores indirectos.

Cierto día, un profesor le detuvo en el vestíbulo y le dijo:

—Candler, he oído decir entre los estudiantes que es usted un verdadero actor. ¿Qué le parecería si le incluyéramos en el programa del lunes próximo?

—¿Qué tendría que hacer? — preguntó Candler.

—¡Oh, lo que usted quiera! Todo es improvisado. Haga algo gracioso.

—Bien — dijo Candler.

El profesor había dicho "lo que usted quiera", y a Candler le gustaba el *buzzard lope*, como asimismo a sus amigos.

A papá le enviaron una invitación especial para la función, ya que su hijo tomaba parte en ella, y se le pidió que la iniciara con una oración. Papá rezó. El programa siguió adelante con números de varios géneros: el duo: "Suspiros de esperanza" por las hermanas Lacy; una conferencia humorística, titulada "Maggie y Jiggs", por el orador de más talento de la escuela, y una canción de *cowboy* a la guitarra, en la que se cantaba: "Oh, no me entierres en la soledad de la praderaaaa". Todos se divertían mucho. Luego llegó el número de Candler. Nadie sabía lo que pensaba hacer.

Se presentó en escena con toda calma:

—El profesor White me pidió el otro día que tomara parte en el programa — dijo —. Y voy a complacerle.

Se fué al extremo del escenario y se paró. Pasóse

las manos por la cara, dejándola vacía de toda expresión; luego dió un estirón a sus pantalones, por delante y por detrás, se arremangó los puños a medio brazo, y empezó la danza negra. Lentamente, fué deslizándose por la escena con un movimiento silencioso y sin esfuerzo, como un gusano gigante que se hubiera levantado en posición vertical. Cuando llegó al centro, volvióse para completar la danza, mientras sus compañeros de colegio se retorcían de risa al contemplar su cuerpo sin huesos, ondulando silenciosamente antes sus ojos. Papá no tenía la menor idea de que su hijo fuera capaz de hacer semejante baile, y con su agudo sentido del humor se doblaba hasta la rodilla de tanto reír. Sólo lamentaba una cosa: que mamá no estuviera presente.

Después de la actuación de Candler se marchó inmediatamente porque tenía que atender otro compromiso y en casa, más tarde, dijo a mamá:

—Candler nos ha ocultado hasta ahora sus habilidades. Dile en cuanto venga que lo haga otra vez delante de ti.

Cuando el bailarín de *buzzard lope* volvió a casa aquella tarde entró, sin embargo, cabizbajo.

—Papá — gimió —, me parece que desde hoy voy a hacer compañía a mamá en casa. ¡Me han expulsado!

—¡Expulsado! — exclamó papá, que no daba crédito a sus oídos —. ¿Qué es lo que has hecho?

—Algunos profesores del colegio — aclaró — dicen que interpreté una danza lujuriosa y pagana en la función de hoy. Me borran del cuadro de alumnos.

El programa de papá para el día siguiente quedó alterado en el acto. Celebró una larga conferencia con el director del colegio y los profesores, y al salir de ella, su benjamín — el bailarín pagano — estaba readmitido.

Años más tarde, cuando todos vivíamos ya fuera de casa, nos reunimos en una ciudad donde papá acababa de ser nombrado pastor de una iglesia meto-

dista. La expulsión de Candler, y la alegría inocente con que papá había acogido su danza, fueron recordadas. Y una cuñada, recién ingresada en la familia, dijo:

—¿Recuerdas el *buzzard lope,* Candler? Por favor, báilalo para nosotros.

Todos los demás nos unimos a la petición y Candler se levantó para complacernos. Cambió la expresión de su cara por algo enteramente pasivo, se dió un tirón a los pantalones y empezó a deslizarse. Y como en aquella otra ocasión, nos retorcimos de risa.

Papá, que pasaba en aquel preciso momento por la habitación brillantemente iluminada, se paró en seco e hizo una observación que nos dejó estupefactos.

—Muchachos — dijo con una voz potente que apagó nuestras risas —. ¡Chist! ¡Las cortinas no están corridas!

PAZ EN LA TIERRA

Oh, ¿qué significan esas voces cantando?
Oh, ¿qué significan esas campanas tocando
en medio de la noche?

¡Las campanas de Navidad! Qué alegría más pura inunda el corazón de los adultos cuando en su memoria vuelven a evocar la magia de las navidades de la infancia, viviendo en el recuerdo aquellos tiempos pretéritos. Porque durante nuestra juventud, no sólo observábamos la fiesta, sino que la realizábamos por nuestra cuenta. Confeccionábamos nuestros regalos, los

envolvíamos, arreglábamos el árbol y organizábamos nuestras diversiones. ¡Qué felices eran las Navidades!

Ir de tiendas por Navidad estaba prácticamente fuera de uso; pero el confeccionar y preparar los regalos llenaba las semanas anteriores a las fiestas de misteriosa excitación.

—Esto haciéndote algo que es aproximadamente *así* de alto, y *así* de ancho — me decía uno de mis hermanos semanas antes de Navidad, marcando las dimensiones en el aire.

—¿Es una cama de muñecas? — preguntaba yo.

—No.

—¿Una estantería para mis libros?

—No.

—Oh, ya lo sé, ya lo sé — decía yo, a ver si con mentira sacaba verdad.

—No, no, no lo sabes, ni trates de adivinarlo, porque es una cosa que nunca has visto y de la que jamás has oído hablar.

La curiosidad me roía viva; pero no me quedaba más remedio que esperar. Y el día de Nochebuena bajaba, por fin, del árbol de la iglesia, la tan esperada cama de muñecas.

Semanas antes se traían a casa lanas de colores brillantes para hacer mitones y bufandas; paño para nuevas prendas, madera para fabricar juguetes, destinados a llevar alegría a corazones infantiles, y todos los días se restaba algún tiempo a las horas de estudio para trabajar en la confección de los regalos. A cada uno de nosotros nos tocaba preparar nueve, sólo para la familia, antes de empezar a pensar en los amigos.

Pero ofrecer regalos y colgar las medias para que Santa Claus nos los hiciera a nosotros, no constituían sino una pequeña parte de nuestra celebración de las Navidades.

¿Quién mejor que un hijo de reverendo para aprender el verdadero sentido de la fiesta? En esta oca-

sión es cuando la Iglesia ha de cumplir más que nunca su misión de traer alegría al mundo. Hay que hacer regalos y dar comida a los pobres de la comunidad; cantar "Noche Santa" a los presos, y atender a las gentes de todas las religiones y aun a las de ninguna creencia que acuden a los servicios para honrar la memoria del día del nacimiento. Navidad es una fiesta de inefable alegría que ha de ser compartida por el mundo entero.

En nuestra infancia, ver un árbol de Navidad en casa era cosa inaudita pues todos los años se levantaba en la iglesia uno, de gigantescas proporciones, para alegría de la comunidad en pleno. Sólo el cedro más noble de la selva era digno de llegar a ser árbol navideño. El lunes antes de la fiesta, varios feligreses se reunían en la iglesia, sacaban el piano y el púlpito de la tribuna, desatornillaban de sus soportes todos los asientos del coro y los bajaban junto con los bancos.

Luego iban al bosque, escogían el árbol y una vez en la iglesia lo clavaban en el centro de la plataforma. Era tan frondoso y alto que la copa tocaba en el techo.

Ya transplantado de esta forma el árbol del Señor, empezaba su ornamentación. Cada sección de la escuela dominical cuidaba de una parte del decorado, y cada muchacho, al serle permitido ensartar maíz o hacer cadeneta de papel de colores y colocarlos en forma de guirnaldas, se hacía la ilusión de que aquel árbol era también suyo. A cada grupo se le asignaba una hora para que se reuniera en el lugar y diera los últimos toques. No había limitación para toda clase de adorno ingenioso, y el árbol era lo bastante grande para acoger toda fantasía creadora.

Durante la temporada de fiestas, vivir al lado de la iglesia tenía sus ventajas. Yo asistía a todas las sesiones de adorno y temía tanto que pudiera hacerse

algo en el árbol sin que me enterara, que al volver de la escuela no me preocupaba de pasar por casa, sino que, directamente, entraba en el templo con mi bufanda encarnada ondulando al viento. Y así, todas las tardes mi camino era de la escuela a la iglesia.

—Tienes que entrar en casa, para que yo sepa que has vuelto del colegio — me decía mamá.

—¡Oh mamá! ¡Es que no puedo! — le contestaba yo —. Miss Lucy dijo que precisamente me necesitaba hoy para ayudarla. Además, podría llegar tarde al ensayo.

El ensayo era lo más importante en el programa de las fiestas de Navidad, porque durante la semana se celebraban muchas funciones. Así, las horas culminantes de la víspera de Navidad eran: la de la representación y la del árbol de la iglesia.

Mientras algunos de mis hermanos se resistían a tomar parte en las funciones, otros estaban siempre dispuestos a participar en ellas. Y yo figuraba entre éstos. Navidad no lo hubiera sido nunca para mí de no haber tomado parte en la función de una u otra forma. Mi recuerdo más lejano es el de haber subido al escenario y permanecer en pie delante de un árbol enorme, iluminado con velas, y recitando:

Jesusito, ¿fuiste alguna vez vergonzoso
y pequeño como yo soy ahora?
¿Y qué sentías entonces, ruboroso,
fuera del cielo, igual que yo?

Al año siguiente hizo falta una niña que cantara un solo y yo, colocada de pie en la semioscuridad, mirando a una estrella de hojalata que colgaba de un hilo y que me hacía el efecto de que centelleaba de verdad, elevé mi voz para cantar:

Dime, estrella que luces allá arriba,
pequeña, lejana y fugaz,
¿oiste cómo los angeles cantaron:
paz en la tierra a los hombres de buena voluntad?

Después de cada función el auditorio, iluminado sólo por las velas del árbol, cantaba suavemente: "Oh, pequeña ciudad de Belén" y "Oíd: Los heraldos celestiales cantan", acabando con "Noche silenciosa, noche santa".

El tiempo no empalidece la sagrada emoción de aquellos momentos.

Las funciones siempre se representaban delante del árbol, que parecía sonreír, y cedía bajo el peso de tantos y tantos regalos para todos los fieles de la congregación, pues era costumbre que los obsequios se llevaran al árbol de la iglesia, ya fueran para la familia, los amigos o los pobres. Así el cedro aparecía cuajado de toda clase de objetos: desde cajas de madera, hasta pañuelos; desde columpios hasta palas de *basse-ball*; desde bicicletas hasta muñecas, dejando aparte los sacos de frutas secas y nueces que para todos los presentes regalaba la escuela dominical. Muchas cosas se acumulaban al pie del árbol, pero no antes de que hubiera desaparecido todo el espacio disponible entre las ramas. Cada uno veía lo que otro recibía, y quién regalaba a quién.

El momento de mayor emoción era el que seguía inmediatamente a la representación, en el que esperábamos, conteniendo el aliento, la llegada de Santa Claus. Se presentaba pronto, con la mayor diligencia, y no teníamos ocasión de verlo en las tiendas antes de Navidad. El único lugar donde se le podía ver el día de Nochebuena era en la iglesia.

A la hora exacta se oía fuera un resonar de cascos de caballos y gritos de "¡Hooo!", "¡Truenos y relámpagos!", "¡Bien, Bailador!", "¡Hola, quieto, encabritado!" Mientras Santa Claus bajaba de su trineo, los niños daban gritos de alegría, ocultando las caritas en el cuello de las madres, pues la excitación de ver su jovial presencia y su rostro de facciones sobrehumanas, casi era demasiado para ellos. La alegría

de su llegada, mezclada con el miedo de su realidad, llenaban de gozo el corazón de los niños. Se abría la puerta y entraba impetuoso un Santa Claus alegre que reía a carcajadas, con su traje encarnado, sus botas negras y lleno de campanillas y cascabeles, que sonaban a cada uno de sus pasos. Venía desde el fondo de la nave, sacudiendo la nieve de sus botas y soplando en sus manos frías.

—¡Hola todo el mundo! —gritaba—. Aquí estoy, ya lo véis. —Y al fijar la vista en algún chiquillo se detenía—. ¡Vamos, vamos, aquí tenemos a Johnny Green! ¿Has sido buen chico? —¡Santa Claus conocía nuestros nombres!

Antes de armarme del suficiente valor para arrimarme lo bastante a él, pedía a mi madre:

—Prométeme, mamá, que no nos sentaremos cerca del pasillo.

Era una dicha inenarrable ver a Santa Claus; pero mucho más descansado estar a distancia que no demasiado cerca de su presencia todopoderosa.

Después de dar la mano a unos y a otros mientras pasaba, Santa Claus se dirigía al árbol para la esperada ceremonia de la distribución de regalos. Entonces venía el placer supremo de recibir y abrir los obsequios y de enseñarlos a los que nos rodeaban, mientras Santa Claus seguía nombrando:

—¡Gladys Short! —llamaba, moviendo encima de su cabeza un paquete de colorines—. ¿Estás ahí, Gladys? Ahora viene algo para Carol Roundtree. ¿Dónde estás, Carol?

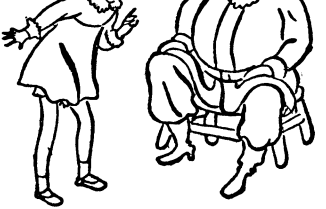
Algunos se inclinaban al extremo del banco, por miedo de que dijera su nombre y no lo oyeran. Y así continuaba la llamada de nombres y la entrega de regalos hasta cerca de media noche. Incluso los niños más pequeños estaban completamente despiertos.

De vez en vez Santa Claus descansaba un ratito y sus ayudantes seguían. Los niños más osados podían entonces adelantarse hasta la plataforma, donde estaba sentado bajo el árbol, y hablar con él en voz baja.

Y fué allí donde yo supe la verdad sobre Santa Claus. El viejo y corpulento hermano Mahoney, que se sentaba todos los domingos en el mismo rincón de la iglesia, añadía a una profusión de "amenes", una manía crónica de sorber. Esto siempre me había intrigado, por lo extraordinario: sorbía cuatro veces en una. Cuando papá estaba predicando acerca de mí, o repetía un sermón que ya había oído, me entretenía escuchando y contando los sorbos del hermano Mahoney. Eran rítmicos: uno largo, al que seguía una pausa de dos tiempos, y luego tres sorbitos en "staccato"; un sorbo largo, una pausa contando uno, dos, tres rápidamente, y volver a empezar. Nunca fallaba en su ritmo exacto, ni dejaba de hacer el número justo.

Durante una de esas charlitas íntimas con Santa Claus cerca del árbol, en la Nochebuena, de repente percibí en su nariz un sorbo sumamente familiar. ¡Hola!, pensé pero sin la menor sospecha, lo hace como el hermano Mahoney.

—Ojo — me susurró la razón, empezando a discutir con mi inocencia —. Querrás decir "exactamente igual". — Y un angustioso escalofrío corrió a lo largo de mi espalda. En seguida me aparté para que otro hablara con él. "Voy a contar", pensé, "y así saldré de dudas". Y empecé a contar. Un sorbo largo,



pausa, uno, dos, tres y... ¡oh amarga verdad!, siguieron uno tras otro los tres sorbitos en "staccato". Cegada por las lágrimas, llegué hasta mamá y escondí mi cara en su hombro, dolorosamente desilusionada. En casa, aquella misma noche, le pedí una explicación en medio de mi llanto. Me fuí a la cama algo consolada por las palabras de mamá:

—Cualquiera que ame a los niños y les proporcione una alegría en la Nochebuena, puede ser Santa Claus — dijo —. También puedes serlo tú. ¿Te gustaría hacer su papel para Candler y los demás, llenando sus medias?

Y me desperté a tiempo para ayudar a mamá en esta tarea.

Pues como todos los años las medias de mis hermanos colgaban de la chimenea.

La celebración de la Nochebuena en la iglesia solía tener su emoción patética, al mismo tiempo que sus alegrías. Ha quedado grabada en mi memoria aquel año en que una de mis amiguitas de colegio, sentada a mi lado, observaba ansiosamente los regalos a medida que se bajaban del árbol y se entregaban, en espera de que citaran su nombre. Su padre tenía fama de ser el hombre más rico y más tacaño de la ciudad, y por la Navidad, era terrible. Tenía varios hijos, pero los mayores no acudían al árbol, quizás conscientes de lo humillante que resultaría para ellos. La madre, inválida, tampoco podía ir, pero la pequeña Penélope, llena de fe, estuvo presente aquel año. En las dos horas que duraron las llamadas, sus esperanzas fueron creciendo y menguando. Le tocó un saquito de frutas y nueces que distribuyeron a la redonda los ayudantes de Santa Claus, y hasta recogió un pañuelo que alguien dejó caer como sorpresa en su falda; pero su nombre no fué pronunciado. Ya hacia el fin, cuando sólo quedaban unos cuantos paquetes en el árbol, no pude seguir contemplando la

expresión de su rostro. Me acerqué a mamá y le conté lo que pasaba:

—No la han llamado ni una sola vez, mamá, y está a punto de llorar.

—No vamos a dejarla desamparada — dijo mamá. Cogió un frasquito de perfume que yo había puesto en el árbol para ella, lo envolvió nuevamente, escribiendo en él: "Penélope Warren" y se envió a Candler para que lo colgara de nuevo y llamara la atención de Santa Claus. Y en el preciso momento en que la esperanza se había desvanecido del corazón de la niña, Santa Claus llamó con voz potente: "Penélope Warren". Saltaba de alegría:

—¡Me ha llamado, me ha llamado! — exclamó —. ¡Tengo un regalo!

No importaba lo que éste fuese, lo esencial era que que había sonado su nombre, claramente, delante de todos.

Otros niños estuvieron a punto de verse desilusionados cierta Nochebuena por culpa del propio Santa Claus. Un caballero fornido, de aspecto imponente, fué escogido para desempeñar el papel, y lo eligieron por más de una razón: tenía el aspecto necesario para el papel, y, además, era un nuevo miembro de la Iglesia. Si se le daba la ocasión de desempeñar un personaje importante en la fiesta, sentiríase más íntimamente ligado a su nueva fe. Era el hermano Damon, que durante el verano anterior se había convertido y salvado del fuego eterno en una reunión de Renovación. Gordo como un tiburón y alegre como un marinero, hacía un Santa Claus perfecto, además de que él mismo se regocijaba representando su papel celestial.

El árbol, como de costumbre, fué iluminado con velas. En una de las ocasiones, Santa Claus, inclinado hacia la concurrencia, preguntó a voz en grito:

—¿Para quién es este regalo? Vamos a verlo.

Pero e arrimó tanto a una de las luces que a la imitación del armiño de su casaca, que era algodón, se prendió fuego. Dos de los hombres que estaban en el banco delantero se dieron cuenta de la catástrofe antes que el interesado y se precipitaron hacia él para ahogar las llamas, en el mismo momento en que Santa Claus, al sentir el calor, comprendió lo que estaba ocurriendo.

Y como el hermano Damon había renunciado a las tentaciones del mundo sólo desde el pasado verano, las recordó en aquel instante, y algunas expresiones del abandonado lenguaje volvieron a sus labios sin que pudiera evitarlo:

—¡Maldita sea...! —gritó asustado—. ¡Socorro, que me quemo...!

Afortunadamente, el pianista fué lo bastante listo para soltar un torrente de acordes y seguir tocando música navideña, mientras algunos de los hombres escamoteaban al desprestigiado Santa Claus por el vestíbulo posterior. A papá le tocó salvar la noche y las ilusiones de los jovencitos. Acercándose a la puerta por donde desapareció el hermano Damon, dijo:

—Sí, se lo diré, Santa Claus —y volvió al centro de la plataforma —: Me encarga que os diga a todos, niñas y niños, que tiene otra chaqueta nueva en su equipaje, pero ahora ha de marcharse aprisa, pues

de lo contrario no volvería a tiempo esta noche para llenar vuestras medias en casa.

La congregación cantó el himno final acostumbrado: "Alegría al mundo" y todos volvimos a casa en espera de otra Nochebuena más afortunada.

Santa Claus debía quedarse aturdido cuando dejándose caer por la chimenea se encontraba abajo con diez pares de medias de desiguales dimensiones, colgando en expectante fila a lo largo de la cornisa. Siempre ponía una moneda de plata en el fondo de cada una, que iba a caer precisamente en el hueco del dedo gordo, y luego las llenaba de nueces, frutas y caramelos de menta. Las naranjas eran tradicionales en Navidad, y si habíamos sido buenos chicos siempre nos dejaban dos de ellas en cada media. Como los regalos de mayor importancia se daban durante la fiesta de Nochebuena, en el árbol de la iglesia, sólo pequeños recuerdos y cositas de broma iban a parar a nuestras medias.

La mañana de Navidad, papá no tenía necesidad de ponerse, como de costumbre, en medio del vestíbulo para dar el grito familiar de "Venid, arrastrados", pues cuando él salía ya estábamos todos reunidos en la habitación de estar, gritando:

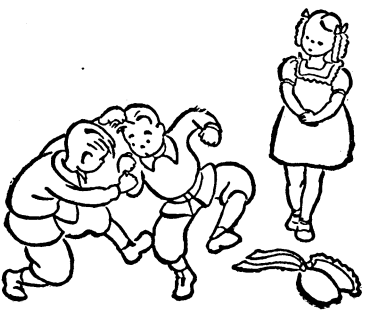
—¡Felices Pascuas, mamá! ¡Felices Pascuas, papá! ¡Felices Pascuas a todos!

Raybon, al piano, tocaba "¡Tintinead, campanitas!" mientras nosotros nos paseábamos por la habitación, enseñándonos los regalos, jugando con nuestros nuevos juguetes y cantando trozos de la canción.

Si la casa parroquial acostumbraba a tener su puerta abierta para todos en los demás días, con más motivo aún la tenía el de Navidad. Mamá había preparado con tiempo pasteles de carne, embutidos en adobo y pasteles de fruta en gran cantidad, y de la misma manera que los domingos siempre había en la mesa un ave de corral, en Navidad nunca faltaba un enorme pavo, regalo de algún feligrés. Este día no

había limitaciones en la cantidad de invitados y nosotros convidábamos a comer a cuantos queríamos. Y Dios nos bendecía a todos.

Aunque el tiempo cambia las costumbres, y las iglesias han dejado ahora de preparar un servicio especial en la Nochebuena, esa noche yo siento siempre que mis pasos y mi corazón se dirigen hacia el templo, ya que dentro de la paz que reina en la casa de Dios, es donde logro oír cantar mejor a los ángeles: "Paz en la tierra a los hombres de buena voluntad".



LAS AGUAS NO LOGRAN APAGAR EL AMOR

—¡PAPAÍTO, papaíto, papaíto! — Una voz notablemente parecida, aunque extrañamente distinta a la de Raybon, que tenía entonces sus dieciocho años, salió de la cocina. Como ninguno de nosotros se dirigía nunca a papá más que de un modo formal, me resistía a creer lo que oía; pero cuando empujada por la curiosidad abrí la puerta de la cocina, me pareció increíble lo que vi. Sobre la tabla de planchar había una camisa a medio planchar y detrás de ella estaba Raybon en pie, levantando los brazos suplicantes, entornando los ojos, y suplicando con voz de niño:

—¡Llévame, papaíto, llévame! — luego dió la vuelta al otro lado y pidió nuevamente con voz lastimera —: ¡Papaíto, llévame! — y por fin, colocado en medio, lloriqueó a lágrima viva —: ¡A mí, papaíto, a mí!

Alarmada por aquella extraña conducta, procuré hablar con mamá, que estaba ocupada en el fogón

detrás de él; pero levantó un índice hasta sus labios en señal de imponerme silencio mientras la escena continuaba. Hubo una larga pausa, durante la cual la expresión de Raybon dió a comprender que unos piececitos de niño estaban corriendo en su imaginación, y volvió a suplicar con voz infantil:

—¡Papaíto, papaíto, papaíto! — Luego, el iluminado cayó sobre un taburete, apoyó los codos en la tabla de planchar y la barbilla en las manos y suspiró —: ¡Oh, mamá, no puedo esperar tanto hasta que mis niños me llamen "papaíto"!

Aliviada al ver que estaba en sus sentidos, pero muy disgustada, intenté otra vez hablar, y mamá me indicó de nuevo que me callara. Nunca se permitía interrumpir con una palabra o una mirada los ensueños de cualquiera de nosotros, ni nos permitía que los demás lo hiciéramos.

—Mamá — siguió diciendo Raybon —, ¿cómo se sabe cuando se está realmente enamorado?

Fastidiada por la conversación, salí de la cocina por la puerta trasera; pero la contestación de mamá llegó hasta mí.

—No pienses en casarte hasta que en el fondo de tu corazón comprendas que te es imposible vivir sin ella.

En el curso de nuestros traslados parroquiales, seis de los nuestros habían encontrado, en uno u otro lugar, compañía para el futuro. Sin embargo, antes de disparar su saeta final, Cupido había pasado muchas horas apuntando y recuperando bastantes flechas lanzadas como ensayo.

Un poeta escribió:

Vi por doquiera que miré,
cosa o ficción, vida o comedia,
que siempre con el mismo trío topé:
A. y B. en juego amoroso con C.

Cecil y Raybon siempre se enamoraban de la misma chica y apenas salían de un apuro otra saeta se partía en el aire, y los dos trozos herían a la vez sus corazoncitos de mozalbetes.

Cierto día, una amiga de mamá vino a pasar la tarde en casa y trajo a su hija, una niña de cuatro años, de cabello rizado. Nada más verla, los dos chicos se sintieron esclavos de ella, disputándose durante toda la visita su exclusiva atención. Y cuando más tarde se disponían a marcharse y ya se decían "adiós" delante del cabriolet, se descubrió que el gorrito color de rosa de la pequeña Cleopatra se había extraviado. Marco Antonio y César, reencarnados en Raybon y Cecil, se precipitaron para encontrar la sagrada prenda y volvieron a salir de casa, agarrados cada uno a una de las cintas, a punto de destrozarlo. De mutuo acuerdo, lo tiraron al suelo y entablaron entre sí un fiero duelo por su posesión con los puños por armas. Mientras se decidía la lucha, mamá recuperó el gorro, y la madre de la niña se lo colocó a ésta de nuevo. Al tiempo que se alejaban, Su Alteza, bajo el gorro rosado, sonrió dulcemente e hizo señas con las manos a los dos niños, que alternativamente se metían sus camisas entre el pantalón y correspondían al saludo, confiados cada uno de ellos, en ser el favorito.

Cuando mamá terminó de decir adiós, miró a los chicos y se alarmó al ver que Cecil trataba de ocultar una herida que se había hecho en la sien derecha al chocar contra una piedra durante la batalla. Raybon fué enviado en busca del médico, pero de nada valió su rápida llegada. Cecil se negó, testarudo, a que le dieran puntos en la herida, incluso ante la promesa de que le regalarían una gallina de "bantham". Todavía lleva la cicatriz de aquella batalla.

A medida que el tiempo pasaba, la cicatriz iba palideciendo; pero no la rivalidad. Una chica con la

que ambos tuvieron amorosas entrevistas el año anterior, durante su estancia en el colegio, escribió a Cecil dándole la grata noticia de que llegaría en tren el viernes siguiente para conceder a la ciudad el honor de pasar en ella un fin de semana, y diciéndole que le gustaría saliera a recibirla. Raybon se enteró casualmente de su llegada por amigos mutuos y renunciando aquella noche a toda pretensión sobre el coche familiar, pidió prestado el de un amigo, vistióse de punta en blanco y se dirigió a la estación. Mientras subía la escalera de dos en dos, su alegría cayó por tierra al reconocer arriba una silueta familiar que se le había adelantado.

No había tiempo para preguntarse mutuamente "¿qué estás haciendo aquí?", pues la encantadora viajera ya estaba a la vista. Raybon se apoderó de su maleta y bajó la escalera, mientras Cecil, quedándose a su lado, charlaba con ella alegremente. Después de trasponer la puerta de la calle, la llevó al coche familiar, que había dejado en frente del que había traído Raybon. Este se dirigió hacia el suyo con la maleta; pero al descubrir la divergencia de sus caminos, el impulso que le había llevado a coger el equipaje cambió de actitud. Haciendo una maniobra rápida, la dejó caer en medio del camino y luego apretó el paso para alcanzar a la pareja. Al pasar a su lado, gruñó malhumorado al oído de Cecil:

—Si vas con ella, también puedes llevarle la maleta.

Buscando consuelo para su corazón destrozado, aquella noche Raybon permaneció fuera más tiempo del acostumbrado. Cecil ya estaba en la cama cuando oyó sus pasos que daban la última vuelta por los dormitorios antes de entrar en el que ellos dos ocupaban en compañía de Hugh y Edd. El afecto de Raybon no sólo lo prodigaba al sexo débil, sino que lo hacía extensivo a la familia entera, y mientras vivió en casa se inclinaba todas las noches sobre cada cama y besaba en la frente a papá, a mamá y a mis

hermanos y hermanas. Hacía tiempo que a Cecil le fastidiaba verse besado de esta forma por su afectuoso hermano, y aquella noche le gustó aún menos que de costumbre. Se dió prisa en acostarse al revés, poniendo la cabeza en el lugar de los pies, y cuando Raybon, en plena oscuridad, se inclinó cariñosamente sobre la almohada, su beso no fué a parar a la frente, sino a uno de los pies de Cecil.

La habitación que compartían los cuatro chicos contaba con todas mis preferencias. Era el "museo". Por todas partes había retratos de muchachas. Chicas y más chicas adornando las paredes, la mesa de despacho y la de estudios.

Acostumbraba a aprovechar el momento en que estaba segura de que ninguno de mis hermanos entraría en la habitación, para dar una vuelta por el "museo" y echar una mirada a los retratos. ¿Por qué estaba Edd tan chiflado por Felice? Yo me preguntaba: ¿Sería por la nobleza de su rostro? ¿Por la expresión de su boca? ¿Por el brillo de sus ojos? Y sacando el retrato de Felice de la mesa de estudios, lo llevaba a la del despacho, cerca del espejo. Y entonces, con la barbilla en la mano, me aproximaba a la cartulina, y, afinando mi sentido crítico, procuraba desentrañar aquel misterio. Cuando creía haber hallado la solución, volvía la cabeza hacia el espejo, y durante media hora me entregaba al estudio de posturitas por el estilo de las de Felice, y de palabras adecuadas para acompañar sus gestos.

Era motivo de constante interés observar cuáles de las chicas aguantaban más tiempo la prueba, pues de vez en vez, alguna fotografía femenina desaparecía en el cajón de la mesa del despacho, mientras otra nueva, el último capricho, ocupaba su lugar. Ignorante por completo de la psicología de los muchachos, no entendía esa política de "fuera lo viejo y venga lo nuevo". Precisamente, en el momento en

que empezaba a sentir simpatía por alguna de esas chicas de cariñosa expresión — aunque nunca la hubiese visto —, cuando menos lo pensaba me la encontraba relegada en el cajón, y otra caprichosa, de miradas atrevidas, usurpaba su puesto.

Sin embargo, esto me sirvió de lección, pues me enseñó a no regalar mis retratos a los chicos mientras no estuviera segura de que no me encerrarían luego en un cajón. ¿Qué otra mujer no hubiera hecho lo mismo?

Cecil era el más reticente de los chicos y el que menos espacio necesitaba para sus fotografías. Además, su círculo abarcaba todas las creencias, aunque papá prefería las chicas metodistas. La colección artística de Cecil, siempre numerosa, estaba instalada en un lugar oculto en la iglesia: un recinto que el púlpito tenía en forma de armario, con una puerta detrás. Ese espacio se utilizaba, generalmente, para guardar viejos libros de himnos o archivar los papeles de la escuela dominical. Allí recluídos, los retratos de Cecil vivían en amistosa promiscuidad, y en cualquier momento en que él se sintiera extraordinariamente solo, le era dado deslizarse hasta la iglesia y contemplar a sus anchas algún rostro amado.

Pero cierto domingo, el "museo" privado apareció inadvertidamente abierto al público. En medio de un entusiasta sermón, papá empezó a recitar un himno que no supo acabar:

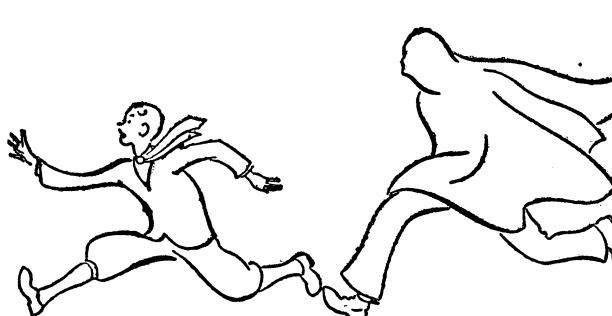
"Soldados de Cristo, levantaos
Y poneos vuestra armadura..."

Presuroso, abrió la puertecita del púlpito buscando algún libro de himnos. Después de un momento apurado, logró coger uno, pero no salió sólo el libro, sino que arrastró con él un puñado de fotografías de chicas sonrientes que se desparramaron alegremente por todo el coro, mostrando a los ojos de los feligreses, ardientes dedicatorias por el estilo de:

"A Cecil con todo cariño"; "Te quiero", y "Tuya para siempre"...

Hugh no sufrió percances tan humillantes, pues no iba más que con una sola chica y a ella concedía la totalidad de sus atenciones. Tomaba esto de una forma tan individualista, que la rígida ley paterna de estar en casa a las once de la noche, fué desobedecida por él repetidamente y como de nada servían las advertencias ni las regañinas, papá tuvo que recurrir a otros procedimientos para imponer la disciplina.

Cierta medianoche en que todos dormían en casa, excepto Hugh, que aún no había vuelto, papá cogió una sábana, salió de puntillas y se dirigió a un puente por el que Hugh había de pasar, de regreso a casa. Allí, en plena oscuridad, se envolvió en la sábana, y, convertido en un fantasma, se escondió esperando oír los pasos de su hijo. Pronto le vió venir caminando rápidamente, y cuando estaba cerca del puente, se levantó la silueta fantasmal, surgiendo de la oscuridad en el claro de luna. Al advertir los ojos espantados de Hugh la espectral aparición, su trote se transformó en un galope desenfrenado. Jadeante, vió cómo la figura se movía y empezaba su persecución



y ambos a galope tendido fueron bajando el camino. Los oídos de Hugh le advertían que a cada paso siguiente iba a ser preso del abrazo del fantasma y este temor le ayudó a mantener la distancia de un paso de ventaja. Ya cerca de casa, y agotado por el cansancio, gimió:

—¡Oh, papá!, ¿eres tú? Creo que sí; pero, por favor, si lo eres, dímelo.

Papá, sin embargo, no le tranquilizó hasta años más tarde. Pero a las once, la noche siguiente, y todas las sucesivas, Hugh aparecía en casa como todos los demás.

Cierta vez, una de las novias que tuvo Hugh, y a la que conoció más tarde siendo ya estudiante-predicador, durante una reunión de Renovación en verano, empezó a temer que no fuera la única en reinar en su corazón. Se había cansado sencillamente — pues algo que se posee, raramente mantiene el encanto — y hacía semanas que no le escribía. Ella le envió un telegrama preguntándole: "¿Por qué no escribes?", y Hugh, que estaba enfrascado en sus libros de texto, contestó sinceramente: "Me he casado con mi Alma Mater". Aquello pareció dar fin al asunto.

Pero dos semanas más tarde llegó un paquete para él. Todos nos apiñamos en torno a la mesa del comedor mientras lo abría, para ver qué regalo podría recibir sin ningún motivo aparente, y al desenvolver el último papel y levantar la tapa de la caja, vimos un juego de seis magníficas cucharas de plata, junto con una tarjeta de la chica del telegrama, que decía: "Con mis mejores deseos de felicidad para ti y Alma."

De la mayor parte de nuestros asuntos amorosos se informaba toda la familia. Nos extrañamos a menudo de cómo podría arreglárselas un chico solo cuando cortejara a una muchacha. ¿Quién hace de

cartero de los billetes amorosos sino un hermanito? ¿Quién sirve de mediador en las querellas amorosas? ¿Y quién monta guardia cerca del lugar de una entrevista por si se presentan los padres?

Cuando una de las empresas amorosas de Edd, iniciada en la Escuela Superior, llegó a ese momento en que necesita combustible diario, lo de salir de casa diariamente habría constituído un problema si no hubiera sido por nuestro lema: "Uno para todos y todos para uno". Tres de los chicos eran sus cómplices, y no hubo ninguna complicación.

Todas las tardes, una hora antes de la cena, Candler tomaba como un deber ponerse a jugar en el patio delante de casa; Gil se apartaba de la esquina, haciendo lo propio con un amigo, y manzana y media más allá, Raybon se ensayaba a la pelota. Mientras tanto, Edd conversaba con su novia sentado en la escalera delantera de la casa de ella. Todos estaban confabulados para actuar en su respectivo radio de acción, tan pronto como el silbido de papá se oyera en el aire. Candler, al oírlo, se lo repetía a Gil, quien lanzaba su eco a Raybon, y éste último avisaba a Edd que su coloquio amoroso tenía que terminar. Edd resistía entonces como mejor podía el disgusto de la despedida y se reunía con Raybon; ambos alcanzaban a Gil, y, a los pocos minutos, todos entraban juntos en casa para cenar.

Y es que cuando papá quería verse con alguno de sus hijos, no lo llamaba por su nombre. Se limitaba a salir a la puerta trasera y lanzar un silbido distinto de todos los demás. Al oírlo, los muchachos acudían de todas direcciones.

Esa diligencia en atender los silbidos, no era más que un aspecto del cariño que todos nos teníamos. También teníamos nuestras sesiones en los árboles. Mi hermanita reconocía que nunca hubiera alcanzado a Harry, más tarde compañero de su vida, con quien

empezó a tener relaciones en la Escuela superior, si no hubiéramos estado Gil, Candler y yo siempre subidos en lo alto de un árbol para atisbar el momento en que se aproximaba. Entre ese instante y el de la llegada, tenía tiempo suficiente para cambiar de vestido y empolvarse la nariz. Cuando los dos tenían que encontrarse clandestinamente, pues papá consideraba a mi hermanita demasiado joven para noviazgos, espiábamos por si se acercaba cualquier acúsica y poder dar la alarma. Desde lo alto de nuestra posición, veíamos, oíamos y lo sabíamos todo, y para evitar que nosotros mismos lo divulgáramos, mi hermanita y su novio nos dieron no pocas monedas de plata.

Ellos no corrían peligro alguno, pues desde el momento que se iniciaban las vacaciones hasta que empezaban las clases, nosotros vivíamos constantemente en el árbol. Habíamos clavado entre las ramas unas tablas y subimos libros, almohadas, juguetes, botellas de agua y fruta. Mamá nos ponía la comida en una cesta y la ataba a una larga cuerda que colgaba del árbol para este fin. Nos subíamos a nuestra casa aérea a primera hora de la mañana y no volvíamos a bajar al mundo de los demás hasta la noche, a la hora de ir a dormir. En aquellas alturas jugábamos a las casas y a las tiendas; leíamos en voz alta, escribíamos poemas y sosteníamos conversación con cualquiera que pasase cerca del camino de la ciudad. Sin que fuera ésta precisamente nuestra intención, proporcionamos a mamá con ello largos días de paz y reposo, pues no tenía necesidad de tener los tres niños menores siempre metidos en sus faldas.

Pero a la edad de doce años, Gil se volvió tan independiente que acabó por construirse en otro árbol un nido de amor para él y su novia. Escogió el más alto y hermoso del patio. Con el dinero que ganaba haciendo recados, los sábados por la tarde, en la tienda de comestibles compraba caramelos y gaseosas para la semana. Atraídos por ellos Candler y yo bajábamos frecuentemente de nuestro árbol y subía-

mos al suyo en calidad de visitantes. Pero cuando permanecíamos demasiado tiempo en él, o consumíamos más de lo que permite la buena educación, Gil se volvía huraño:

—¡Volveos a vuestra casa! ¡Quedaos en vuestro árbol!

Años más tarde y siendo nosotros ya mayores, la afición a estar en los árboles se popularizó. Se organizaron por entonces en alguna que otra parte competiciones Marathon y mamá y papá conocieron la época en que el campeón del mundo de permanencia en árboles logró su máxima popularidad. Durante varias semanas los amigos de curiosidades acudieron de cerca y de lejos para darse una vuelta alrededor de nuestros árboles y observar en lo alto, instalado cómodamente entre las ramas, aquel chico de quince años. En el suelo, a los pies del árbol, se habían clavado varios anuncios: "Comidas selectas servidas por el Café Guy". "El habitante del árbol toma helados Daniel". "Consume leche de la Granja Beecham".

Semana tras semana, el chico seguía allí arriba, comiendo cubiertos del café Guy y bebiendo leche de Beecham. Papá lo llamaba Zachaeus.

—Sólo la llegada del Señor lo haría bajar — decía.

Durante el tiempo que duró esta extraordinaria efervescencia, mamá siguió atendiendo sus quehaceres cotidianos como de costumbre, y ni una sola vez dió la vuelta a la esquina para ver el fenómeno.

Un día entró precipitadamente una vecina:

—Señora Porter — dijo tan excitada que sus palabras tropezaban unas con otras —, nuestro habitante del árbol ha ganado el campeonato del mundo. Dentro de diez minutos va a bajar. ¿No quiere usted verlo ahora?

Sin inmutarse, mamá se sonrió.

—¿Y, por qué he de ir? — preguntó —. Yo tengo en casa el habitante *original*. Sólo que — añadió irónicamente — no fuí lo bastante prevenida para ponerle anuncios.

Fué en aquella época de habitar los árboles cuando por primera vez quedé locamente enamorada. Antes había dado mi corazón en la escuela de primer grado; luego en la de segundo, y otra vez en el tercero; pero siempre con la sensación de que sólo era temporalmente. Ahora era diferente. Habiendo llegado a la madura edad de nueve años, y aproximándome al quinto grado, me sentí segura de haberlo dado esta vez en serio.

Pero al objeto de mi amor no le daba por vivir en los árboles. Aquello era para él demasiado cándido.

—Me gusta vivir en las alturas, sí — decía —, pero tiene que ser en un avión, volando a gran velocidad.

Hasta la palabra "avión" constituía una reciente adición a nuestro vocabulario, aunque yo, personalmente, nunca había puesto los ojos en ninguno. Quise preguntar a Jack si había subido en algún aparato, pero hablaba con tanta seguridad de la sensación que producía el volar, que me pareció superfluo. Aquellas conversaciones de altura me hicieron perder pie. Todos los días paseaba por delante de mi *casa* y me llamaba. Yo, cerrando mi libro, bajaba entonces del árbol y me sentaba con Jack en las escaleras de la iglesia. Hablaba de hacerse aviador.

Un día brillaba en sus ojos y en su expresión tal decisión, que tuve que apartar un pie de puro terror.

—Papá va a regalarme un avión si salgo bien de los exámenes en la escuela superior — dijo, procurando no darle importancia —. ¡Y al día siguiente volaré hasta Marte!

Después de un respetuoso silencio, bien merecido tras tan estupenda afirmación, pregunté débilmente:

—¿Eres realmente capaz de hacer eso?

—Pues claro. El que nadie lo haya hecho hasta ahora no quiere decir que yo no pueda...

—¿Por qué no te contentas con volar por encima del Océano? — sugerí.

Su contestación estaba llena de desprecio.

—¡Vaya una idea! ¡Propia de una mujer! ¿A

quién se le puede ocurrir volar por encima del océano? ¡Ya sabemos lo que hay al otro lado!

Cuando se abrieron las clases y pasábamos juntos de una aula a otra, él seguía hablando de volar hasta Marte, y yo le escuchaba, convencida de que después de ese vuelo no lo vería nunca más y acabaría mi vida en la más absoluta soledad.

Sin embargo, llegó un día en que el mundo entero cambió. Andando descuidado, Jack dió distraídamente un puntapié a una piedra, mientras decía:

—Alyene, tengo que volar hasta Marte, pero no quiero dejarte. ¿Querrías... querrías casarte conmigo? Así podríamos ir a pasar allí nuestra luna de miel.

¿Una luna de miel en Marte? ¡Qué suerte la mía! ¿Quién mejor que yo conoce la sensación de Lindbergh mientras preparaba su vuelo con el "Aguila Solitaria"? Es inútil decir que acepté su proposición antes de que hubiera acabado de hacerla. Luego, en la escuela, detrás de los libros, se encontraron nuestras miradas, mientras Jack, sugiriendo la idea de un avión con su mano derecha, la hacía subir tan alta como podía sin pasar del límite marcado por su atlas.

Un día nos sentimos encendidos de curiosidad. La maestra había puesto como tema de la lección el planeta Marte. En ninguna parte hubo estudiantes más preguntones que nosotros mientras hablaba, y cuando sonó la campana, quedó registrada en los anales de la escuela la protesta desilusionada de dos chiquillos.

Al salir de clase, Jack se me adelantó en la escalera.

—Vamos a entrar y explicaremos a miss Boutwell lo de nuestra luna de miel — me dijo al oído.

La encontramos sola en el aula arreglando su pupitre y nos aproximamos a ella con timidez, uno a cada lado.

—Miss Boutwell — dijo en tono misterioso —, tenemos que decirle un secreto.

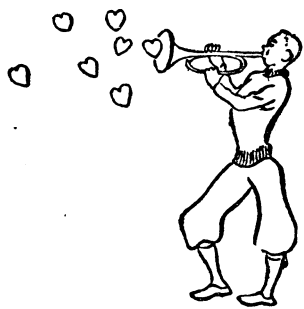
—¿Un secreto? — dijo, abrazándonos a ambos —. ¿De qué se trata?

—No lo adivinaría usted ni en cien años — dijo Jack —. Así que se lo diré. — Se aproximó a su oído y en voz baja le confió: —Vamos a casarnos y volaremos hasta Marte.

Sea dicho en su favor, miss Boutwell no se inmutó después de oír noticia tan extraordinaria.

—¡Magnífico! — dijo al participar de nuestro secreto. Y durante unos cuantos minutos discutimos los tres con toda seriedad la aventura, hasta que al fin nos despidió dejándonos encantados. ¡Eso sí que era una maestra! Recogió con delicado tacto el ensueño de dos jovencitos llenos de entusiasmo, lo tuvo un momento tiernamente en su poder, y nos lo devolvió brillante y sugestivo. ¡Bendita sea! Tampoco traicionó la confidencia poniéndola en conocimiento de nuestros padres.

Como mamá y papá habían de soportar en casa y al mismo tiempo las reacciones de otros seis asuntos amorosos más en distintos estados de evolución, celebré que el mío no llegara siquiera a su conocimiento.



El caso de mi hermanita era, sin duda, el que presentaba más problemas. Su temperatura amorosa exacta nunca fué un secreto para nadie, pues su novio poseía una trompeta con la que le expresaba sus sentimientos. La música era para ella el alimento del amor, y él no cesaba de tocar. Si

estaban peleados, se colocaba en la galería de su casa, y desde allí enviaba a través de nuestra ventana las lamentaciones melódicas de "Siento haberte hecho llorar", que venian a revolotear por encima de la mesa del comedor mientras cenábamos. Entonces mi hermanita rompía a llorar y, excusándose, se retiraba a su habitación. Si por el contrario todo iba bien entre ellos, tocaba, para que la ciudad entera se enterara: "Te quiero sinceramente". Mientras duró el noviazgo, tanto la familia como los vecinos estuvieron musicalmente informados, a todas horas, del desarrollo de sus relaciones.

Papá y mamá fueron tolerando este y aquel amorío, y más tarde sinceros amores, hasta que poco a poco uno solo de sus hijos quedó en casa: Candler, que aún iba al colegio. Y no teniendo a su disposición quien le avisara de los silbidos de papá, ni vigías en los árboles, se vió mucho más apurado. Pero la necesidad estimuló la inventiva. Su dormitorio se encontraba en el primer piso, y, con la excusa de estudiar, se retiraba a él todas las tardes después del colegio para sostener una voluminosa correspondencia con todas aquellas chicas a las que sólo podía ver una vez a la semana. Antes de subir tenía la costumbre de estampar un beso en la mejilla de sus padres dándoles las buenas noches, y más tarde cuando papá se retiraba a dormir subía para dar a su hijo un beso en la cama.

Durante semanas, mamá se maravilló de oír todas las noches sin faltar una, al débil tintineo de una campanita que llegaba a sus oídos en el preciso momento en que papá empezaba a subir las escaleras. Una mañana preguntó a Candler:

—Hijo, ¿no oyes sonar una campanilla por las noches en alguna parte?

—Sí, mamá, claro que la oigo; es la que avisa la llegada de papá.

—¿La llegada de papá? — preguntó ella.

—Sí, mamá. Verás. Como papá subió una noche a mi puerta antes que yo pudiera esconder la carta que estaba escribiendo, dejé arreglada esa pequeña señal para que no volviera a suceder.

La señal de Candler consistía en una campanilla sujeta a su pupitre y provista de un cordel. Este cordel lo mantenía tirante y corría por debajo de la puerta hasta el vestíbulo, donde seguía a todo lo largo de la pared de la escalera, sujeto con chinchetas. A él iba sujeto un bramante oscuro, que a su vez terminaba en un hilo negro, y éste estaba extendido, bien tirante, sobre el segundo peldaño de la escalera. Inconscientemente, papá, al pasar, tropezaba con él y al romperse hacía soltarse el bramante; éste desataba el cordel que sostenía la campanilla y la hacía caer sobre el pupitre de Candler avisándole con su tintineo. Al llegar papá a la puerta la carta ya estaba en el cajón y los libros del colegio aparecían abiertos sobre el pupitre. Uno de los chicos mayores hubiera sido castigado por esta treta, pero tratándose del benjamín, ya era otra cosa. Papá aun se ríe recordando los inventos de Candler.

A medida de que cada hijo iba encontrando aquel o aquella, sin el cual comprendía en el fondo de su corazón que le era imposible vivir, papá se preparaba, algo lloroso, a celebrar la ceremonia de la boda. Todos habíamos sido bautizados por obispos; pero todos fuímos casados por papá. Las ceremonias variaron desde pequeños enlaces en casa, hasta solemnes funciones de iglesia; y todas ellas se celebraron en ciudades distintas. La de Hugh fué dolorosa, por ser la primera. Y luego, por alguna razón, siempre fué penosa la despedida de unos y otros. La de mi hermanita porque era la hija mayor, y así con todos.

Mientras pronunciaba las fórmulas de ritual en

cada enlace, el rostro de papá se volvía pálido y se advertía que la emoción llenaba su alma. Cuando más se afectó fué en el momento de celebrar la boda de su benjamín. Candler había suspirado por muchas, aunque no quiso nunca más que una, y no pudo esperar a acabar sus estudios para casarse. No tenía trabajo ni perspectiva alguna de alcanzarlo, pero el matrimonio se realizó como quería, y en presencia de las dos familias.

Pocos momentos antes de celebrarse la ceremonia, mamá descubrió a Candler en el dormitorio de atrás, ocupado en envolver alrededor de un bastón un paquete con tres camisas, una corbata y unos calcetines.

—¿Qué estás haciendo, hijo? — preguntó.

—Verás, mamá: esto es para cuando yo diga: "Te doto con todos mis bienes en este mundo".

Durante la ceremonia, el hijo de Gil, que tenía ya ocho años y que por haber entrado en la habitación de mamá había presenciado aquella escena, estaba sentado ahora a su lado, quieto y como dándose cuenta de la solemnidad del momento. No chistó durante la ceremonia, hasta que Candler dijo esas palabras: "Bienes en este mundo". Entonces se inclinó hacia mamá y le dijo un chiste que había oído en la radio.

—Ahí va su camiseta de fútbol.

Quiso decirlo en voz baja; pero lo oyeron todos y hasta papá no pudo reprimir la risa.

BENDITA LA MEMORIA

El matrimonio de Hugh marcó el fin de un período importante en nuestra vida familiar: los años que habíamos vivido juntos los ocho hijos en el hogar paterno de la casa parroquial. Como Candler sólo tenía seis años cuando Hugh se marchó, fué en realidad un período corto. Aunque cada uno de nosotros se siente ligado a todo lo que ocurrió en la casa antes de que viniéramos al mundo, después de habernos lanzado a él por cuenta propia, guardamos el más tierno recuerdo de aquellos años de cariño en que fuímos creciendo juntos.

Si sólo nos fuera dado recordar uno de esos momentos para acariciarlo con nuestro amor, sería elegido el de las bodas de plata de nuestros padres, en el que volvieron a renovar la ceremonia de su propio enlace, con la asistencia de los ocho hijos que les servimos de corte de honor.

Más de cien amigos acudieron para participar de nuestra dicha. A medida que iban llegando, Edd, siempre digno, y Gil, nuestro "héroe de información", les hacían pasar, indicándoles sus sitios respectivos.

Cuando todo estuvo preparado, Janette se sentó al piano, como lo había hecho en tantas y tantas otras bodas, y tocó la "Serenata" de Schubert. Luego Cecil leyó unos versos de Robert Browning.

¡Envejeced a mi lado!
Lo mejor aún está por llegar.
Lo último de la vida, para lo que se hizo lo primero...

La voz era la de Cecil, sí, pero fué como si aquellas palabras mamá misma las hubiera pronunciado, pues durante semanas estuvo ensayándole para que las recitara. Cuando Janette empezó un preludio musical, me adelanté para recitar el popular poema de James Whitcomb Riley: "Un antiguo novio mío". Vestida con un traje largo de crujiente tafetán, ensueño de cualquier chiquilla, y ruina para el bolsillo de un predicador, me erguí con la solemnidad propia de mis diez años. Raybon siguió luego. En pie al lado del piano, cantó:

"Oh amor, es mucho sentir tu suave mano;
sí, es mucho sentirte a mi lado."

A continuación sonó la marcha nupcial. Hugh, con sus veintitrés años, y hecho ya todo un reverendo, subió a colocarse en el altar, que estaba adornado con espadañas de color de rosa y helechos. Candler marchaba detrás, solemne, portando un cojín de satén blanco sobre el que llevaba el anillo: la misma alianza con la que habían celebrado sus votos un cuarto de siglo antes.

Mamá entró del brazo de papá, y ambos se detuvieron delante del altar, en el que oficiaba Hugh. Papá miraba orgullosamente a su "novia", que vestía un traje de "chiffon" gris, sobre fondo nacarado. Tenía el cabello ligeramente canoso, y su hermosura de camafeo resaltaba iluminada por las llamas de los cirios.

—Edwin, ¿quieres a esta mujer como esposa?

—La quiero—contestó papá tiernamente.

Luego, dirigiéndose a mamá, Hugh hizo la misma pregunta, y ella, levantando una dulce mirada hacia papá, contestó:

—Sí, quiero.

Después del "Amén" final, Hugh se quedó en su lugar, adquiriendo la misma expresión de dignidad que siempre ponía papá para pronunciar su primer sermón en un nuevo lugar, y habló algunas palabras a nuestros amigos.

—Se ha dicho que siempre parecemos jóvenes a los que son más viejos que nosotros, y viejos a los que tienen menos años. Veinticinco me parecen muchos, pues son más de los que he vivido. Pero, a pesar de ello, nosotros vemos a nuestros padres como jóvenes aún, porque han oído la voz del gran Educador, que decía: "Vamos a vivir CON nuestros hijos". Hay padres que viven por sus hijos; pero los nuestros viven CON nosotros. Siempre han participado de nuestros juegos, de nuestro trabajo y de nuestros estudios. Y así hemos ido creciendo juntos. Hemos tenido nuestros problemas y nuestras dificultades, como ocurre en todas las familias. Pero como hijo mayor, hablo en nombre de los demás, diciendo que nuestra vida en la casa parroquial ha sido siempre dichosa. ¡No la cambiaríamos por todas las riquezas de un rey!

A los pocos meses, Hugh se casó y, con demasiada rapidez los demás le fueron siguiendo.

Y llegó un día en que nuestra madre se apartó de nosotros para emprender un camino nuevo y desconocido. Los años que pasaron tan intensamente debilitaron su corazón. Pero siguió desempeñando su papel en la vida hasta el día en que, habiendo sonado su hora, se hundió en el Gran Silencio, con la misma serenidad con que había vivido.

Y ahora que está en la Gloria, su corazón sigue latiendo valiente en ocho corazones más jóvenes. Su amor ha quedado en nuestra memoria y su fe es nuestra herencia ilimitada.

Papá sigue haciendo el trabajo que siempre ha querido. Sus cumpleaños demuestran que ya ha pasado de la edad del ejercicio activo; pero en ánimos y en forma de pensar parece no tener edad. Puesto que hay escasez de predicadores, atiende todos los deberes de una parroquia: es pastor de su rebaño; reconforta a los afligidos; celebra matrimonios y bautiza a los recién nacidos.

Y atendiendo el púlpito los domingos, y los servicios de noche los miércoles, aún es parte vital de la vida americana.

Uno de sus nietecitos le visitó hace pocos domingos. Mientras volvían a casa, desde la iglesia, papá no se fijó en el envoltorio que llevaba Billy bajo el brazo, o si lo vió se creyó que serían los papeles acostumbrados de la escuela dominical.

Cuando papá se instaló en su sillón, Billy se le subió a las rodillas.

—¿Sabes, abuelito? — dijo —. Eres el mejor predicador del mundo entero. ¡Tus sermones son estupendos!

—¿Es verdad eso, Billy?—preguntó papá, al tiempo que se le ensanchaba el pecho.

—Sí — dijo Billy —. Me gustan. Son muy buenos ¿Sabes por qué?

Papá no lo sabía.

—Duran lo bastante para leer tres periódicos infantiles.

Adaptándose inconscientemente al paso de las tendencias modernas y manteniendo la bandera muy alta, papá sigue siendo aún predicador.

INDICE

	Pág.
Prefacio	7
Ve a predicar	9
Recuerda el día de fiesta	23
Somos labradores junto a Dios	37
Rezad sin cesar	57
Renueva un espíritu noble en mí	66
Mirad, subimos a Jerusalén	81
La gente tenía intención de trabajar	103
Ambos serán uno mismo	121
Caminos de placer	144
Salieron cantando y bailando	155
Paz en la tierra	166
Las aguas no logran apagar el amor	178
Bendita la memoria	195

LA HISTORIA
DEL
BUEN
HUMOR

PORTER

PAPA ERA PREDICADOR